1

LA DÉBIL fogata apenas destacaba los rostros de don Mite, el Tejón y don Guayamabe. Sólo cuando éste succionaba su cigarro se definían más los rasgos de los tres. De rato en rato, alguno se sacaba el sombrero, para espantar a los mosquitos. Lo agitaba en todas direcciones y a veces hasta se golpeaba con él. La noche se extendía exasperante con sus sombras. Don Mite insinuó:

—¿Ya podemos irnos?

El Mayordomo negó con la cabeza. El Tejón explicó:

—Estamos esperando al Zambo Aguayo.

El Viejo miró a uno y otro lado. Tosió, convulso, desesperado. Expresó, como para sí mismo:

—Es tarde. Y el viento me está mordiendo espalda y pecho. Parece que fuera de purititas muelas y colmillos.

El Tejón lo miró con afecto.

—Usted debiera quedarse en casa. Ya no está para estos trotes.

—¿Y qué voy a comer? ¿Aire? ¿Y mis hijas? ¿Quién las va a mantener?

—Las muchachas podrían salir a marisquiar y pescar.

—¿Y si, primero, las pescan a ellas? ¿Si les inflan la panza? ¿Si después me vienen con el cuento de que fue un animal del mar que se subió a la canoa, les abrió las piernas, se dio gusto con sus jaibas. . . y, al final, yo resulto abuelo de un pescado?

Don Guayamabe aclaró:

—A ellas nadie les tocará el fundillo si no quieren, Don. Saben defenderse como manda Dios.

—¿Y si están cansadas de defenderse? ¿Si ya les pica demasiado lo que les pica, y se dejan hacer, no más?

El Mayordomo no respondió. Echó la cabeza para atrás. La movió en varias direcciones, venteando.

—Por allí viene el Zambo. Lo huelo clarito. Y, ¡qué raro!, también me huele a tigre.

—Aquí nunca lo hemos oído ni mentar.

—Es que los Jode-Todo son de *arriba,* don Mite. De tierra dulce y montaña alta.

—Entonces, ¿cómo puede venir hasta acá, a tierras de *abajo,* sobre todo a estas islas separadas por el mar?

—Algunos resultan muy buenos nadadores. Y otros, de siete sentidos para navegar, se montan sobre cualquier cosa que flote. Dizque a veces se hacen compadres de algún lagarto y éste los lleva en el lomo, de un lado para otro.

El Viejo tosió de nuevo. Pasado el acceso, gruñó:

—¿Y usted cree que quiera llenarse la panza con los que vivimos por acá?

—El otro se alzó de hombros.

—Hay manchados caprichosos. Les gusta la carne de cristiano, y la buscan donde les da gana.

—Por eso es que el Zambo. . .

—Y si no está aquí, no debe andar muy lejos. Me sigue oliendo a tigre. Un olor muy raro. Pero no sólo de tigre. Como si estuviera metido en la cabeza de un hombre, y de allí me llegara el vaho. Claro, eso no puede ser. ¿O, por el contrario, será que el tigre lleva metida en la panza la cabeza de un hombre? ¿O será que las dos cabezas, la del tigre y la del hombre, están muy juntas, tan juntas que se pegan entre sí, para formar sólo una?

Su cigarro, grueso envoltorio de hojas de tabaco, volvió a iluminarlos. Don Mite, angustioso y desencajado, daba lástima. La piel, casi sin carne, se le pegaba a los huesos, marcándoselos. ¿Estaría muerto y sólo andaba en este mundo para cuidarles lo-que-sabemos a las hijas? Según las malas lenguas, desde que se ahogó

su mujer, les olía la verija todas las mañanas para ver si aún tenían puro olor a hembra. Allí sólo él podía meter nariz y manos. A los demás, no debía dejarlos ni acercárseles: la fruta madura atrae hasta a los sin ganas. ¡Pobre Viejo! Daba la impresión de un armazón de huesos pegados con saliva. Si no estaba muerto, le faltaba poco. ¿O la Huesuda le había dado permiso para darse unas vueltas, antes de estirar la pata? En fin, allá cada cuerpo con sus mermas. Echó varios chiflones de humo. ¿También los lanzó por orejas y pupilas? Miró la montaña impenetrable, tratando de descifrar lo que escondía. ¡Qué bueno que entre tantos bichos y fieras no hubiese ni una sombra de mujer! Las mujeres le erizaban el pellejo y le daban ardores de espinazo. Una bocanada de brisa marina, tal vez venida desde el golfo, se llevó las espirales de humo. Volvió a levantar la cabeza y aspiró hondamente.

—De verdad, ¿no lo huelen?

—¿A quién, don Guayamabe?

—¿A quién va a ser? ¡a «ése»!

Se oyeron los pasos trémulos y rápidos del Zambo Aguayo. Poco le faltaba para volar a ras del suelo, un suelo que, por la forma en que lo pisaba, parecía lleno de espineros, carbón ardiendo o puntas de machete. No saludó. Al principio quizá ni los veía. Una nueva chupada del Mayordomo a su cigarro pareció reintegrarlo a la realidad. Se volvió, tembloroso:

—¡Don Guayamabe! ¡Don Guayamabe!

Éste frunció el entrecejo. Se impacientó. Fue un segundo. Su rostro volvió a la apariencia pétrea. Con todo, la voz se le enronqueció más que de ordinario:

—¿Qué te pasa?

El Tosigoso se agarró la garganta, como para evitar que el acceso le tornara.

—¿Te asustaron las ánimas, tal vez?

—No, don Mite.

El Tejón, siguiendo la corriente:

—¿O fue el mismísimo Diablo? Dicen que el Coludo anda haciendo de las suyas en las islas. Agarra a las gentes con sus brazos, rabo y piernas y se las lleva en canoadas al Infierno. Pero antes se da sus divertidas. Las pone de cabeza para abajo y les clava leños encendidos en el culo. A su luz, les baila al frente mujeres con los huecos tapados y les chorrea aguardiente en botellas llenas de agujeros.

—No, Tejón. No es nada de eso. Es que. . . ¿y por qué no atizan la candela?

—Sólo te esperábamos para irnos.

—Mientras nos vamos, hay que atizarla. Así ahuyentaremos al Manchado y puede que nos deje regresar tranquilos.

Unió algunos de los palos que aún ardían. Se acercó, casi hasta besarlos. Sopló, primero con la boca y después con el sombrero pajizo de alas desflecadas. Las llamas crecieron. Al impulso de la brisa, iniciaron un mínimo baile chisporroteante. Proyectaron, al mismo tiempo, contra la montaña, el baile mayor de las sombras humanas. El Tejón tamboreó la espalda de Aguayo.

—¿Qué tienes, Zambo?

Éste miró con zozobra a la maraña negra de los árboles y arbustos. Fue una mirada de red que quisiera atraparlo todo. Un temblor repentino le agitó las mandíbulas. Le lloraron las tripas. ¿O fue más que llanto? Habló con acento desolado, en una mezcla de miedo y maldición:

—¡El Tigre!

La interjección del Mayordomo partió la noche en dos. «¡Carajo!» Debido a la pleamar del estero, su eco empezó a multiplicarse. «¡Carajo! ¡Carajo! ¡Carajo!» Como si empezaran a carajearse entre sí muchas otras voces venidas de sitios muy distantes. Después sonó una gran carcajada:

—¡Jajajá! ¡Jajajá! ¡Jajajá! ¿Y eso, no más, era?

Aguayo se levantó. Se le aproximó cuanto pudo.

A través de las sombras, trató de adivinar sus gestos e intenciones. Con todo, le reprochó:

—No es lo mismo hablar que verlo, Don.

—¿Qué te crees vos, Zambo?

—Él me ha venido siguiendo paso a paso. Es muy bien dado. Sonaba sus garras al compás de mis pies. A ratos, bostezaba. ¿De hambre? ¿De sueño? Pisaba, y yo lo miraba como si en vez de atrás viniera al frente.

—Son cosas tuyas.

Sin hacerle caso, hundido en su angustia y su recuerdo, con la cabeza empapada de los humores del Tigre, Aguayo continuó:

—A ratos, burlón, me pelaba los colmillos. Cada colmillo parecía un puñal. Su respiración me envolvía. Su olor se hizo tan fuerte que me estaba mareando. Si él hubiera querido, me habría clavado las garras en el cuello o habría empezado a jugar conmigo. Hay manchados que son juguetones, que hacen con los cristianos lo mismo que los gatos con las ratas. No estoy muy seguro de que a veces me golpeara los hombros, ni de que me pasara la lengua por la nuca, ni de que me palpase todo el cuerpo, como para darse cuenta de la cantidad de carne que tengo. De lo que sí estoy seguro es de que con frecuencia me restregaba los bigotes en la boca, muriéndose de risa.

—¿Por qué no te paraste y le diste la cara, Zambo?

—Sólo llevaba hacha y machete.

Terció el Tejón:

—Y si hubieras tenido escopeta, ¿qué? Por ahí cuentan que cuando se habla de tigres, le tienes miedo hasta a tu sombra, que has venido a las islas huyendo del Manchado, que cuando lo oyes nombrar tienes que buscar enseguida un tronco para sostenerte y bajarte los calzones, porque te vas en curso, como una regadera.

Reaccionó. Sin mirarlo, expresó con algo de resentimiento:

—Hablan así sólo porque tienen boca.

El Mayordomo lo miró breves segundos. Se decidió. Lo sacudió por los hombros, con ambas manos. Dio una profunda chupada a su cigarro. Envolvió al Miedoso en los chiflones de humo. Lo soltó. Cerró los puños. ¿Iba a golpearlo? ¿Qué sacaría con eso? Sería como darle palo a un apaleado. Se controló. Expresó, nuevamente impasible:

—Yo soy de *arriba*, de montaña adentro, bien adentro, Zambo. Allá donde comienzan los arroyos que después serán ríos. Y nací bien hombre, para que tú lo sepas. Mi madre me parió cuando ya estaba dando las últimas boqueadas. Me crió mi padre, que tenía dureza, agilidad y filo de arma blanca. Me enseñó cuanto sabía. Pero a ser verraco con las mujeres y templado con los hombres no me enseñó nadie. Eso lo traigo adentro. Desde muchacho tuve los huevos rayados. A seguir, he andado por tierras donde se muere y resucita a cada rato. Los más bravos me han hecho los mandados. He montado tigres y lagartos, con montura y a pelo. Me he amarrado los pantalones con culebras.

—No digo que no, Don.

—He arrastrado mi poncho en todas partes, desafiando: «El que ronca, mama, y el que saca la cabeza, muere». Jamás me lo ha pisado nadie. Es que donde para un cristiano bien hecho ningún hombre ni animal escupen.

Aguayo no arguyó nada. Se encogió, igual que si quisiera enroscarse. Las tripas se le hacían nudo, entre balidos. Don Mite trató de calmarlo.

—Ve, Zambo. Haces mal en temerle al Jode-Todo. Lo mejor, según dicen, es desafiarlo. Reírsele en las barbas. Si es posible, arrancarle las más largas. O sobarle el sobaco hasta que le dé cosquillas y él, también, se retuerza de risa. Mirarlo a la cara. No apartarle los ojos. Si te pela los dientes, pelárselos más. Si te brama, bramarle más fuerte. Si te da con las garras, crucificarlo a machetazos. Nunca recularle, ni darle la espalda,

ni tomarlo en serio. Porque si a él se le agria el genio, te sigue el rastro, se mea en tus pisadas y ¡te jodiste!

El Zambo se enderezó. Tenía los ojos turbios y destilaba pesimismo. ¿No lo entendían? ¿No se daban cuenta de que era algo superior a sus fuerzas? ¿Creían que él no hacía nada por vencerse?

—Bien jodido estoy ya, don Mite.

—Porque quieres, porque tú, que siempre te amarraste bien los pantalones, ahora los cargas sueltos y a punto de caerse. . .

Lo interrumpió otro acceso de tos. Todos callaron. El Mayordomo continuó inalterable fumando su cigarro, como ausente. El Tejón observaba al enfermo, preocupado. El Zambo volvía a mirar inquieto hacia las sombras. Se acercó nuevamente a la fogata. Se encuclilló. La sopló con su sombrero. Las llamas volvieron a crecer. De pronto, miró en determinada dirección. El miedo lo invadió, otra vez.

—¡Allí! ¡Allí!

Miraron hacia el sitio que mostraba.

—¿Dónde?

—Sobre esa rama.

—No veo nada.

—Ni yo.

—¿Y vos, Zambo? ¿Qué es lo que estás viendo?

—Yo. . .este. . .yo. . .

¿Qué, pues, qué?

—¡El Tigre!

Don Guayamabe movió la cabeza, contrariado. ¿Tendría pena del Zambo? ¿Lo había conmovido, por fin, aquel temor inexplicable? ¡Quién podría atravesar su piel de granito y descubrirlo! Lo cierto es que de cuantos casos recordaba, ninguno era como éste. Los que tenían miedo del Tigre casi siempre eran miedosos, incapaces de enfrentarse a nada. En ocasiones, para que avanzaran ante un nido de culebras tenía que darles plan con el machete en el trasero. El Zambo Agua-

yo era distinto. Capaz de agarrarlas por la cabeza, rascarse la barba con sus colmillos y después cagárseles encima. Por eso, pues, no podía explicarse un miedo tan extraño. Succionó varias veces su tabaco enrollado, que pareció encenderse más aún. Los ojos le brillaron. Como para estimularlo, le espetó:

—¡Carajo que estás maricón, Zambo!

Éste intentó rebelarse. No pudo. Si fuera de día, claro y con sol, ¿le aguantaría esas palabras? Por otra parte, lo que decía el Mayordomo era verdad. Se estaba volviendo maricón sin darse cuenta. No maricón porque se dejara montar por algún hombre, ni porque le disgustase lo que llevan debajo del ombligo las mujeres, ni porque se le encogieran los huevos y el culo ante el peligro, ni porque temiera a cualquier picha-tiesa que enfrentara. No. Maricón, sólo por el Tigre. Aparte del Tigre no tenía miedo a ninguna cosa de esta vida o de la otra. Siempre se portaba como un macho. Aun ahora, si no fuese porque el Manchado andaba cerca, le haría comer al Mayordomo sus palabras o se dejaría matar por éste, si fuese necesario. Claro que enfrentarlo, con el machete o con el hacha, ¡nunca! Eso, nunca. ¿Cómo le haría entonces? ¡Vaya a saberlo Dios! Él lo admiraba, lo respetaba y lo quería como a un padre. ¿Para qué seguir rumiando pendejadas? Es por culpa del Jode-Todo. ¿Y vos qué? Es como si otro Zambo Aguayo se estuviera metiendo en el Zambo Aguayo que soy yo. Hizo un esfuerzo. Tenía que controlarse. ¿Estaría cenizo, como cada vez que se encabritaba el Zambo que llevaba dentro? Con voz ronca, por decir cualquier cosa, advirtió:

—No es bueno hablar así, Don.

—¿No lo eres?

—Se le puede dañar la boca, Don.

El Mayordomo volvió a dudar. ¿Le digo o le hago algo? Se alzó de hombros. Mejor voy a entendérmelas con el otro. No hay derecho a que éste joda tanto al

Zambo. Y qué curioso, carajo. Ya no siento lejos el olor a tigre. Parece que lo tuviera aquí, bajo mi nariz. ¿Estaré yo mismo oliendo a tigre? ¿O será el Zambo Aguayo? Sin agregar una palabra, saltó hacia la selva. En esos momentos semejaba más venado que hombre. No. Venado, no. Mejor, más tigre que hombre. Al primer salto se agregaron otros. Penetró en la tupida maraña vegetal. Rompió los montes que salieron a su encuentro. Los millones de ojos de la selva se encendieron para verlo. Sus pasos y los golpes de su machete para abrir camino, se fueron alejando.

Los mosquitos empezaron a marcharse. La brisa, en cambio, sentíase más próxima. Ahora, venía desde la orilla del estero, allá donde estaban las tres casas y se mecían las dos balandras. Don Mite, encogido, se había puesto los brazos sobre el pecho apretándose el cuello, tratando de abrigarse.

—¿Y a qué hora nos vamos? Ya llegó el Zambo. Estamos completos.

El Tejón arguyó:

—Estábamos, Don. Ahora nos falta el Mayordomo. Y a ése tenemos que esperarlo, pase lo que pase.

—¡Ah!, es verdad.

—Apenas él llegue nos largamos.

—Ojalá.

—Además, no podemos llegar tarde. Esta noche es la fiesta.

Aguayo preguntó, con inquietud:

—¿Qué fiesta?

—La de Domitila. Es su santo, ¿no te acuerdas?

—Me había olvidado, palabrita de Dios. Es que el Tigre me ha dado vueltas la cabeza.

—Mejor que nadie se lo cuente. Si no, te va a costar muy caro. Tú la conoces bien cómo es. . .

Don Mite rezongó:

—¿Y quién se lo va contar? Ese es asunto de ellos.

Callaron. Pusieron oído alerta. No se escuchaba el menor ruido. Ni vuelo ni canto de pájaros, ni deslizarse ni silbido de serpientes, ni croar de ranas, ni remecerse de hojas, ni correr de mamíferos. Se dijera que la selva entera estuviese estatizada. ¿Sería porque empezaba a tener sueño? ¿O por la expectación ante don Guayamabe? Seguramente, era por esto. Ninguna planta, ningún bicho viviente querían perderse el espectáculo que se avecinaba. El Viejo, después de breve pausa, comentó:

—¡Pobre del Tigre si lo encuentra!

—El Tejón asintió:

—El Manchado ya debe huir con el rabo entre las piernas.

—Es mucho hombre para un tigre.

—Mucho. Nadie, vivo, fantasma o lo que fuera, le daría la cara. Y menos esta noche. ¿Le vieron el cigarro?

Aguayo trató otra vez, de superarse.

—Parecía una linterna ¿no?

Hubo otro silencio en que trataron de adivinar lo que estaría pasando entre los árboles. Vano intento. La montaña continuaba impenetrable y silenciosa. Don Mite tosió. Cuando se calmó, sus palabras continuaron remoliendo el tema:

—¡Qué hombre!, ¿no? Y todo porque el Zambo ha venido con sus cosas.

—El Tigre es el Tigre, Don.

El ambiente se estremeció con un bramido largo, desafiante. El eco lo alargó en un coro de bramidos alejándose. ¿O eran cientos de tigres que se unían al desafío? Aguayo se prendió del brazo de don Mite. Los dientes le castañeteaban.

—¿Eseses . . . tatarán . . . pepeleando?

Otro bramido. Era diferente. Ya no de desafío o amenaza sino, más bien, de derrota y amargura. Era tan débil que al reproducirse en el eco pareció, más

bien, un lamento diluyéndose. Después, ruidos de arbustos remecidos, de ramas quebradas, de cuerpos agitándose. La montaña, sin embargo, continuaba inmóvil. ¿Todos los animales seguirían observando, tensos, en la oscuridad? Los tres hombres trataron de horadar las sombras con sus ojos. De todos modos, aunque estaban casi convencidos de que el Mayordomo daría cuenta del Tigre, era mejor estar seguros. ¿Y si esta vez fallaba el Mayordomo? ¿Si en lugar de que el hombre matara al tigre, era el tigre quien mataba al hombre? Don Mite se moría de impaciencia.

—¿Y si fuéramos a ver qué pasa?

—¿Para que la agarre con nosotros? Ni que estuviéramos locos. A él le gusta hacer las cosas solo. Sin nadie que le estorbe o lo distraiga. Lo mismo que cuando anda tras una hembra. Por lo menos, eso es lo que dicen. Yo nunca lo he visto con ninguna. Siempre les hace fiero a todas.

—De verdad de verdad, ¡que pronto haga picadillo al Tigre!

—¿Por qué tanto apuro? Mejor que se tome el tiempo que le dé la gana. Lo importante es que acabe este negocio, ¿no? Hay cosas que no pueden dejarse hechas a medias.

—Es que tenemos que llegar temprano al baile, ¿verdad, Zambo?

—Claro, Tejón.

Un nuevo bramido, casi irreconocible. Semejaba, más bien, un sollozo. ¿Le habían clavado al Jode-Todo tres cuartas de machete? ¿Le habían cortado la cabeza de un tajo? ¿O se estaría cagando y meando sólo de puritito miedo? ¡Quién sabe si la cara del Mayordomo le había causado pánico! No pudieron seguir cavilando. Se repitió la inmensa carcajada del Hombre-del-Cigarro, helándoles los huesos. La carcajada. Sus ecos se multiplicaron más allá de los esteros y las islas. El Viejo se puso en pie:

—Bueno. Esto se acabó. El Jode-Todo ya está descuartizado, o con la panza abierta, o va huyendo como alma que lleva el Diablo.

—Ahora sí: a bailar, a comer y a beber, como Dios manda. ¿Verdad, Zambo?

—Sí, Tejón.

—Pero anímate, hombre. Domitila y las demás nos están esperando. Tienen tres días preparándolo todo. Y después de ésta, no hay otra.

—Así es, Tejón. ¡No hay otra!

2

Don Parrales —sombrero de paja, casi bonete por la falta de alas, cuatro pelos ralos remedando barba y bigotes, ojos de lechuza, patizambo y con ropa remendada en tal forma que era difícil descubrir la tela original —se presentó muy temprano, como siempre. Se justificaba a su modo: «Al que madruga, Dios lo ayuda», «al vergonzoso y al huevón no les toca ni un bolón», o utilizando algunos otros refranes de esa laya. Traía —¿cuándo no?—, su guitarra y toda su familia, constituida por doña Juanita, su mujer, y por Florita, su iguana. Traía, también, una sed atrasada. No de agua, desde luego, sino de cualquier líquido ardiente hecho de caña de azúcar fermentada, así fuera el peor de todos, ese que llamaban «mata-burro». Traía igualmente, para no faltar a la costumbre, un hambre de boa con un mes de ayuno. Aseguraba que los cristianos deben comer lo que pueden, cuando pueden y donde pueden, como si no fueran a alimentarse nunca más. «Sólo Dios sabe lo que vendrá mañana», «Dios dijo ayúdate, que yo te ayudaré», «Dios es bueno, pero no pendejo.» Cada vez que mencionaba a este Dios relacionado con su panza —tan sagrados el uno como la otra para él— se sentía obligado a persignarse con aparatosa reverencia.

Cuando acoderó su canoa, doña Juanita —gordita, bajita, sebosita y cubierta sólo con un vestido corto que dejaba traslucir sus pequeños senos colgados como alforjas, su redonda barriga y sus entrepiernas sin calzones— tomó la cadena de la proa y la amarró en un

tronco. Por su parte, Florita, reptil feo pero dulce, ya había alborotado con su presencia a todos los perros. Éstos, furiosos aunque un tanto desconcertados, se acercaron cola al viento, dispuestos a vestir con dentelladas el cuerpo verduzco y manchado de amarillo de aquella especie de dragón enano. La perspectiva de tan sonora y calurosa bienvenida no fue muy del agrado de Florita. Sin meditarlo dos veces, se trepó de un salto al hombro derecho de su amo. Y, para estar más segura, se apretó con garras y rabo al cuello de éste. En tanto, don Parrales, que se las sabía de todas, todas, sustituyó canalete por guitarra. Sentóse en el asiento de popa y con un acento capaz de volver a matar a un resurrecto, aunque él se creía un canario exiliado en esos rumbos, empezó a cantar, haciéndose presente.

A las primeras notas, se asomaron las mujeres, especialmente quienes estaban en edad de merecer y sobre todo en la casa donde se realizaría el jolgorio. Aunque las interfectas sabían que él se anticiparía a otros invitados —ya le tenían apartados botella y plato propios— aparentaron que se sorprendían. Esto era parte del modesto protocolo isleño.

—Pero si es don Parrales.

—¿No?

—Sí.

—¿De verdad?

—El mismísimo que canta y charrasquea.

—¿Y trajo la guitarra?

—¿Cómo no? Y a doña Juanita.

—Y a Florita.

A las dos últimas sólo las soportaban a cambio de las voces destempladas del Tragón y su instrumento, médula y sazón de todos los bailes en las islas. De no haber estas razones —¡ay, tan poderosas!—, tal vez harían rodar a la gordita hasta la orilla, para que se fuera por donde había venido. Aunque se había regenerado —según todos decían— la sucia fama aún la

envolvía. Pero un acuerdo tácito hacía que la aceptaran en sus casas. Claro que siempre que viniese con el imprescindible don Parrales. Sin su voz y su guitarra, ¿cómo pondrían ritmo y fuego a los meneos? En cuanto a Florita, con el noble fin de que no sufrieran nostalgia la una por la otra, la amarrarían con su propio rabo a una patita de la dueña. Con todo —¡la Virgen Santísima se los tendría muy en cuenta!— tenían que resignarse. Controlando aquellos encontrados sentimientos, mostraban sus perfectas dentaduras de masticadoras de plátano y maíz. A seguir, espantaron a los perros.

—¡Pasa, Vencedor!

—¡Pasa, Leal!

—¡Pasa, Princesa!

Sus gritos fueron obedecidos a regañadientes. Los canes, sin bajar la cola, gruñendo y ladrando, aunque con la conciencia del deber cumplido, se retiraron de la orilla. Entonces, las mujeres hablaron a los recién llegados. Por su conveniencia —¿a su pesar?— veíanse en el caso de dar miel en vez de hiel a la doña y a la iguana.

—Suba, don Parrales.

—Y usted, también, doña Juanita, ¡suba!

—Y traigan a Florita.

—¡Tan linda que está Florita!

Desde luego, la recomendación era superflua. El matrimonio se acercaba a pasos rápidos y la inefable iguana continuaba adherida como un parche al hombro del cantante. Con todo, las insinuaciones continuaron:

—Aquí lo está esperando un tente en pie, don Parrales.

—Y un traguito, para que no le haga daño.

—Suba.

El principal elemento de la «orquesta» florecía de dicha.

Ahí vamos, muchachas. ¡Ahí vamos!

Ellas almibararon más sus lenguas y superando ple-

namente sus vacilaciones y reparos, se dirigieron a la menuda acompañante:

—No se quede atrás, doña Juanita.

—También le tenemos su guardado.

—Y un poquito de chicha para que lo remoje.

—¿Por qué no suben?

—Ahí vamos, muchas gracias.

La impaciente pareja, que habría subido aun sin invitársele, se encaminó a la casa de don Mite y trepó por la rústica escalera. A la cabeza, doña Juanita. Detrás, don Parrales, con su iguana al hombro y su guitarra al brazo. Al subir se dio cuenta de dos cosas: primera, que su mujer, al mirarla desde abajo, tenía cada vez más acentuado su aspecto de rana encogida, con su panza abombada y sus patitas cortas; y segunda, que el piso de tierra estaba acabado de barrer. Largas tablas encima de cajones se alineaban a los lados. De cada puntal pendía una lámpara. Con inexplicable rabia súbita, pensó que la fiesta iba a ser pobre. Se recriminó. ¿Qué te creías, Parralitos? ¿Que iba a ser una reunión de bombos y platillos? Si así fuera, ¿no habrían traído una orquesta a toda madre? A ti ni siquiera te habrían invitado, y mucho menos a Juanita. Bien sabes que, aunque aparenten lo contrario, no le perdonan sus debilidades, felizmente ya pasadas. Por otra parte, los tiempos van de mal en peor. Bueno, don Cojudo, ¿para qué piensas en cómo fueron antes, hace algunos años, cuando llegaste con el Zambo desde la ciudad? ¡Carajo! ¿Y por qué no voy a pensar? Entonces, mi guitarra estaba nuevecita, no sorda y llena de orificios como ahora, el aguardiente no me había despedazado la garganta, no me había pasado lo que me pasó y todavía no me había hecho cargo de Juanita. Además, ¿qué más quieres? Don Mite y sus hijas son unos muertos de hambre —como tú, pendejo, como tú— y están haciendo lo que pueden. Ni yo mismo me explico por qué tienen esta fiesta. De seguro que los han ayudado todos los

habitantes de la isla, especialmente los peones. Están que se lamen por las chicas. Date por bien servido. Comida y trago no te faltarán. ¿No te basta y sobra? Ya te hincharás de gusto viendo mover la nalga a las nalgonas y cruzando cuentos y palabrotas con los calzonudos. Después de los saludos habituales, preguntó:

—¿Y la Santa?

Contestó Márgara, hermana menor de Domitila:

—Arreglándose. Como estuvo preparando todo hasta hace poco, recién se fue a vestir. Ya mismo viene a saludarlos.

Todas olían a limpio. Sus cutis morenos destacaban entre las ropas blancas. Al caminar, les trinaban las telas bien almidonadas. Dentro de éstas, los cuerpos macizos parecían vibrarles. No llevaban joyas. Cuando más, se adornaban con un collar de moluscos o semillas policromas. Las cabelleras largas, lacias y negrísimas, a veces amarradas con un lazo de listón, les caían sobre la espalda, casi a plomo. Los ojos café-oscuros miraban insondables, llenos de noche, mar y lejanía.

—¿Y por qué no se sientan? Siéntense.

—Gracias, Márgara.

—Muchas gracias.

Se acomodaron en los pequeños bancos de madera. De inmediato, les trajeron sendos platos llenos de cebiche de cangrejo, con el plátano asado presidiéndolos. El mínimo protocolo continuaba:

—Perdonen la insignificancia.

—Ha de estar de chuparse los dedos.

A continuación, los tragos:

—Para que se remojen.

Cuando entró Domitila, los Parrales ya habían dado buena cuenta de sólidos y líquidos. Al mirarla, el casi músico no pudo menos que decirse: «¡Qué buena jaiba va a comerse el Zambo! y esto si no se la ha comido

ya». Volvió a reconvenirse. «No pienses así, don Cojudo. La muchacha se sabe cuidar. Y, por si fuera poco, ¿dónde dejas a don Mite? A don Mite no se le puede dar jaiba por cangrejo. Además, Domitila tampoco es una mosca muerta, ni sólo un buen fundillo. Además de esto, también es muchas otras cosas. Con ella, el Zambo va a tener todo completo: buena cama, buena comida y muy buen cuero. ¡Ay, qué cuero, mamacita linda! Sólo de imaginarlo, se me hace agua la boca. Bueno, ya cálmate. ¿A ti qué te va ni qué te viene con lo-que-sabemos de la chica? ¿Podrías hacer algo, algo de verdad completo, con ese cuerpo más duro que una estaca? Piénsalo, Guitarrista. Si estuvieras sólo con ella, te daría hasta miedo. Hombre, claro que eres hombre, pero no tan hombre como para hacerte el hombre con esa hembra. Tienes que conformarte con tu Mondonguito-en-dos patas. Este mondonguito que te llega apenas al sobaco, pero al que debes todas las cosas buenas y malas de tu vida.» La Santa, la única que vestía falda floreada, reía frente a él.

—¡Don Parrales! ¡Don Parrales!

—¿Qué? ¿qué?

—¿No me oía?

—Claro, Domitila, pero también te estaba viendo. Y cuando se te mira se nos quita el habla. ¡Qué buena estás, Diosito Santo! Como pitahaya madura para hincarle el diente. Si no te casas pronto, es mejor que te escondas debajo de la cama. Si no, todos peligramos. A menos que nos amarren cada vez que dejes que te vean.

Una franca sonrisa iluminó la faz morena.

—No diga eso, Don. A sus años y con doña Juanita al lado. . .

—El gusto sólo se pierde bajo tierra, cuando a uno se lo están comiendo los gusanos.

—Está bien. Después de todo, yo conozco sus buenas intenciones. Gracias por haber venido. . .

—Nunca podía faltar un día como éste.

—. . . y por traer a la guitarra. ¿Sabes nuevas canciones?

—¿Nuevas canciones? Mejores son las de antes. Y hasta ahora no han fallado en ningún baile.

—No faltaría más, don Parrales.

Hubo una pausa. Las mujeres aprovecharon para ahuecar el ala. Fue Márgara quien explicó:

—Vamos a seguir dándole a las ollas. La comida aún está verde.

Doña Juanita se levantó, platos en mano. Florita, que había seguido la escena muy tranquila, con ojos entrecerrados, fingiéndose dormida, saltó del cuello del cantor al de su ama. Ésta expresó:

—Voy a ayudarlas.

—No, doña Juanita.

—Quédese con el Don.

—No se moleste.

—No es ninguna molestia. ¡Voy!

Don Parrales, al quedarse solo, se asomó por la ventana larga que daba al estero. El crepúsculo encendía, con sus bermellones y anaranjados, los perfiles de las cosas. El agua parecía de oro sangrante y lo mismo las balandras que, como gigantes monovalvas, seguíanse meciendo. Una tarde así, años atrás, vino a las islas. Curiosamente, lo acompañaba el Zambo. Ambos eran de *arriba,* aunque éste venía de más al norte. Habían trabajado juntos en la tala de bosques. Pero les pagaban miserias, trabajaban como burros y sus deudas crecían. Por otra parte, el Zambo tenía razones personales que él aún desconocía. Un día no aguantaron. Se escaparon, bajando los ríos hasta encontrar trabajo en esas islas, que para ellos resultaban fin del mundo. Era un archipiélago lleno de esteros laberínticos. Para llegar allí —les dijeron— se requería conocer el rum-

bo. Si no, se salía por donde se había entrado o no se salía nunca. Allí apareció por vez primera una de las razones de peso para Aguayo.

—Aquí no hay tigres.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Para mí, mucho.

—No entiendo.

—Es una vieja historia de cuando yo era chico. Pasó en mi tierra, bien al norte.

—Cuéntamela.

—¿Para qué, don Parrales? A lo mejor ni me la cree.

—Palabrita de Dios: te la creeré.

Sólo después de insistirle mucho, el Zambo accedió. Fue cierta noche que habían ido a Guayaquil, a entregar unos durmientes. Estaban en una cantina de la Tahona, comiendo y bebiendo. Naturalmente más bebiendo que comiendo. Seguramente al Negro se le había subido el aguardiente. Su pelo achicharronado se esponjaba. Tenía los ojos amarillentos. La bemba carnosa se le abría como corneta, a punto de tocarle la nariz aplastada. Andaba en camiseta. Las gruesas venas y los músculos marcados le templaban la piel. Cualquiera diría que se trataba de un boxeador en vacaciones. Comenzó tuteándolo.

—¿Alguna vez oíste hablar de la balsa de ña Nicasia?

—No. Nunca.

—La balsa era muy grande y la vieja muy puta. Capaz de darles fuego a las vergas de tres hombres a la vez.

—¿Estás seguro, Zambo?

Al interrogado se le enchinó el cuerpo. Lo quedó mirando, como si quisiera atravesarlo. Se puso cenizo.

—¿No me crees, don Pendejo?

—Claro que te creo.

Le rechinaron los dientes. Levantó la voz.

—Yo nunca miento, carajo.

Se levantó. Enarboló su infallable machete. Gritó para todos.

—¿Algún desgraciado cree que estoy mintiendo?

Lo miraron impasibles. Sin duda era un negro cimarrón pasado de tragos. Tal vez en las afueras de la ciudad le hubieran respondido. Habríanlo atacado en grupo. Habrían roto unas botellas y con sus cascos estrellados lo hubieran marcado para siempre. En el centro, frente al río, en medio de tanta gente, ¡qué va! Allí tenían que hacerse los desentendidos y dar la impresión de que era un mono que buscaba pleito. Nadie le contestó. Ni siquiera lo miraron. Don Parrales insinuó:

—Mejor siéntate, Zambo. Y sigue con ña Nicasia.

Aguayo se calmó.

—Pues, como te contaba, esa vieja condenada podía zarandear las pichas de tres hombres a la vez. Y esto sin usar las manos.

Don Parrales seguía sin creer. O, por lo menos, dudaba. ¿Cómo podía ser eso? A lo mejor cuanto decía el Zambo era producto de su imaginación. Cuando bebía mucho se ponía como loco. No sabía lo que hacía ni lo que hablaba. Claro que ahora sólo dudaba por dentro. Sabía muy bien que Aguayo podía hacerle pagar a él sus malos tragos. No con plata, desde luego, sino con golpes o cortes de machete. Y con el machete parecía un bejuco manejando otro bejuco. ¿Para qué buscarle punta al filo? El otro continuó:

—Sin usar las manos. Para «eso» le bastaban trasero, jaiba y boca.

—Cómo son algunas, ¿no?

—Lo sabía todo el mundo. Y el marido —¿qué iba a hacer el pobre?— se hacía el chancho rengo. Tal vez, hasta tenía su parte en el negocio. Porque la Vieja, aunque parecía darse mucho gusto con las meneaderas, lo hacía todo por negocio. ¿O para ella negocio y putería

eran lo mismo? Posiblemente era así. ¿Quieres que te diga una cosa?

—Dímela.

—El marido estaba tísico. Se la pasaba tosiendo y escupiendo sangre todo el santo día. Claro que esto no le impedía administrar a ña Nicasia, con sus pliegues, y a la balsa. Era una balsa con ramada y piso. Grandota, como te conté. Andaba por donde la llevara Cristo, arriba o abajo, según la arrastrase la marea. Como sus dueños eran viejos, solos y sin fuerzas —él estaba más cerca del hoyo que del bollo y ella había concentrado todas sus energías en sus huecos —nunca palanqueaban ni remaban. Vendían comidas y bebidas a cuantos pasaban por la orilla o atracaban sus canoas. Cuando traían parejas, alguien tocaba la guitarra y se bailaba. La Vieja no cobraba por la música ni el baile. «Eso lo ponen ustedes —comentaba— pero lo demás, lo pongo yo y tienen que pagármelo.» Todos sabían lo que ese «demás» significaba. Aunque los bailadores podían entusiasmarse con sus hembras, sólo era para verlas y tocarlas, cuando más, fuera de la ramada y a la luz de los candiles. En cuanto a la pelea de los meaderos, ña Nicasia no cedía ni una pulgada ni un minuto a nadie. Dentro de la ramada, ella era la única hembra disponible, y las otras podían ir con su hervidero en la verija por donde habían venido.

—¿Y tú, cómo lo sabes?

—¡Oh qué carajo! ¿Lo cuentas tú o lo cuento yo?

—Tú, Zambo, tú. ¡Síguele!

—Lo sé, porque esos viejos me criaron. Según ña Nicasia, me habían encontrado en un mierdero —¡vieja desgraciada!—, sólo mi cabeza aparecía moviéndose, como un coco negro. El Viejo le peleaba porque me decía estas cosas. Era un buen Viejo, pero estaba tísico y nadie le hacía caso. Cuando más, ella le daba un puntapié en alguna parte blanda y con eso terminaban las peleas de pura lengua. Él rezongaba: «¡Ah, si yo fuera

el gallo de otro tiempo!» La verdad es que si fue gallo alguna vez, ya no le quedaban ni las plumas. Yo tendría unos tres años. O cinco. O siete. ¡O quién sabe cuántos! Andaba desnudo y me llamaban Carbón. «Carbón, haz esto. Carbón, haz lo otro.» Carbón, para todo sitio, hora, uso y abuso. Yo, Carbón, cumplía las órdenes de la Vieja día y noche, sin descanso. A veces, como premio, me dejaba asomar a la ramada, para que viera lo que ella hacía con los hombres. Al principio tuve miedo y no entendía. ¿Por qué se meneaban como pescados en un pozo? ¿Por qué parecían querer hacerse daño? ¿Por qué se desnudaban y se apretaban unos contra otros, como desesperados? Esto fue al principio. Después me acostumbré. De tanto ver lo mismo, me empecé a aburrir y muchas veces hasta me dormía.

—¿Y el Viejo?

—Lo aguantaba todo. No podía hacer otra cosa. Casi estaba en puros huesos y pellejos. Cuando soplaba un viento fuerte, tenía que amarrarse para que éste no se lo llevara. Y sangre. Siempre estaba escupiendo sangre. Conmigo era bueno. Ya te lo dije, ¿no? Cuando ña Nicasia me ordenaba alguna cosa fuera de mis fuerzas, él me daba una manita. Muchas mañanas compartía su comida conmigo. Por mi parte, lo cuidaba. Cuando lo veía ponerse malo, le impedía levantarse. Le pasaba las cosas. Lo obligaba a dormirse y le velaba el sueño. Así iban las cosas, sin altos ni bajos, hasta que un día. . .

—¿Qué pasó?

—Ya no me jodas, ¿no? Te lo estoy palabreando y me paras a cada rato. Pues bien, un día la amarraron cerca de un poblado. Se corrió la voz en éste, y de allí vinieron unos veinte, entre hombres y mujeres. Era sábado, les habían pagado y por eso traían bastante plata. Bebieron, comieron, cantaron y bailaron. Como sabían las reglas de la balsa, pagaron el consumo y se fueron. Igual que siempre, o casi siempre, se queda-

ron tres de los que parecían más verracos. No se dirían muy conformes. Pero estaban borrachos y, sin duda, querían conocer los secretos tan mentados de la Vieja. Porque has de saber que en ese río las porquerías de ña Nicasia se sabían de punta a punta. ¡Y quién sabe si agrandadas! A diferencia de otras veces, ella no cobró adelantado por todos sus servicios. Estaba que le nadaba el cuero por meterlos bajo la ramada. ¿Sería porque le habían gustado «aquellos» o porque no podía aguantar las ganas? Como ya te lo dije, la puta era muy arrecha. El viejo tísico le reclamó. Ella lo mandó a la mierda y le dijo que no se metiera en su negocio propio, que lo de ella era de ella solamente. Él la amenazó, de puro estúpido. Ella empezó a reír haciendo temblar toda la balsa. «Si no puedes ya ni con tus huesos, si ya eres menos que un capón. Con lo que te cuelga no puedo ni limpiarme atrás, mucho menos adelante.» Sin hacerle más caso, se llevó casi arrastrando a los tres hombres. A diferencia de otras ocasiones, no sólo no me invitó a que los mirara, sino que me prohibió que me acercase.

—¿Yhhh?

—Al amanecer, después de una noche de jadeos, gritos y porrazos, los verga-tiesa —¿no serían más bien ya verga-aguada?—, se quisieron ir. Ella no los dejó. Salieron de la ramada, como bagazos exprimidos. Forcejeaban y proferían malas razones, para que la hembra los soltara. En vano, ña Nicasia los detenía en toda forma. Primero con palabras y después a tirones y jalones. Al fin, para ponerle un hasta aquí a tantos forcejeos, le propusieron que uno se quedara. Los otros dos irían a su trabajo, a tranquilizar a sus familiares y a varias otras cosas. Pero la Vieja, en sus trece y sin duda más arrecha todavía, no quiso saber nada de nada. Lo único que le importaba era que se quedaran los tres, ni más ni menos, para seguirle rascando donde estaba la rasquiña. ¿Tendrían algo raro? ¿En el poblado

habrían aprendido algunas cosas nuevas? Sólo lo más rascado de la Vieja lo sabría. Lo cierto es que la Balsera estaba encaprichada y quería que los tres la rascaran todo el tiempo. Como ellos empezaron a alterarse y a querer irse a las malas, ella les hizo brincar el machete ante los ojos. La Vieja también era ducha en esos trances. Los hombres se aguantaron y decidieron seguir obedeciendo. El Tísico intervino. ¿Por qué no los soltaba? Ni siquiera habían pagado, todavía. Ña Nicasia, enfurecida, le dijo que no se metiera, que le dejara hacer lo que mandaba su verija. El marido insistió: que le hiciera caso siquiera esa ocasión. Si no, todo iría mal. «Claro que sí, deshuevado, pero mal para ti. Ya me tienes hasta el cogote con tus cacareos.» Y, sin más ni más, estiró la mano y le clavó una cuarta de fierro en la barriga. Por primera vez, intervine en estas cosas. Corrí hasta él para sostenerlo. No pude. El Viejo se torció. Dio dos pasos tambaleantes hasta el filo de la balsa. Cayó al agua. Tiñó de sangre las pocas burbujas que formó al hundirse. Ña Nicasia ni lo miró. Se volvió a los sufridos: «Ahora sí, adentro. A seguir en lo que estábamos». Calladitos, con el rabo entre las piernas, sin agregar ni una palabra, obedecieron.

—¿Y el Tigre?

—¡Oh, qué carajo! Mejor ya no te cuento nada.

—No seas así, Zambo. Échame lo que falta.

—¿No vas a volver con tus cojudeces?

Se persignó, negando con la cabeza.

—Por la cruz que me alumbra, Zambo. Dejaré que hables, hasta que te hagas nudo con la lengua.

—Está bien. Como te iba diciendo, se metieron en la ramada. Pasaron allí todo el santo día. Ni siquiera salieron a comer. ¿Les daría algo la Vieja? Sólo aparecieron cuando oscurecía. Se les veía agotados, tambaleantes y con sueño. Ña Nicasia, en cambio, parecía tener un leño ardiendo en cada hueco. Ellos miraron cuanto les rodeaba: la orilla, los árboles copudos, la

balsa. A ésta la recorrieron con los ojos, como si la vieran por primera vez, o como si le dieran una despedida. Quedaron asombrados. La balsa se movía y se estaba alejando del poblado. ¿Quién la habría soltado? ¿Quién la estaba piloteando? Temerosos, miraron el extremo de atrás que hacía de popa. Un ser gigantesco manejaba la varenga larga, que era timón y palanca al mismo tiempo. ¿Quién sería? ¿En qué momento se subió a la balsa? De pronto, en la oscuridad, se encendieron sus ojos. Se abrió una boca de colmillos grandes. Temblando, gritaron, a una: «¡el Tigre!» Ña Nicasia se volvió. Era una vieja de pelo en pecho. Empuñó, de nuevo, el arma. Se abalanzó contra la fiera. Ésta ni se movió. La Vieja avanzó más. La fiera tosió y escupió sangre. La Vieja se asustó. Quiso retroceder, huir. El Manchado no le dio tiempo. Alzó una garra. Le quitó el fierro. Con la otra, cogió la punta de la hoja. La dobló. La partió. La tiró al agua. Ña Nicasia quedó paralizada, sin saber qué hacer. El Tigre le peló los dientes. La agarró por la nuca. En tanto, ella, desparalizada ya, empezó a chillar, moviendo pies y manos. Él le empezó a dar vueltas en el aire, como si fuera una gallina. Después la descuartizó y se la comió muy despacito, presa por presa, hasta dejar los puritititos huesos.

—¡Qué carajo tan carajo, no?

—Los hombres habían quedado tiesos y sin habla. Cuando reaccionaron y quisieron correr, los alcanzó el Manchado, uno por uno, y a puros manotazos los durmió. Tal vez, los guardaría para sus comilonas de los días siguientes o quién sabe para qué.

¿Y vos?

—Me escurrí en el agua por entre los palos de la balsa. Me orinaba de miedo. A lo mejor, el Tigre iba a saltar sobre mí para agarrarme. Pero, no fue así. Tal vez por mi color me le hice humo entre las sombras. O quizá el Manchado pensó que yo no valía la pena todavía. Mi carne, con huesos y todo, pesaba pocas li-

bras y me quedaría sólo enredado entre sus colmillos. Lo cierto es que pude nadar hasta la orilla. De lejos, me llegó una tos convulsa. ¿Era el Tísico que tosía en el fondo de las aguas? ¿O era una tos que sacudía a otro pescuezo? ¿O era el Manchado que seguía tosiendo y escupiendo sangre? ¡Vaya a saberlo Dios, carajo! Lo cierto es que a los dos días me recogió, casi muerto, don Robusto Aguayo. Él me terminó de criar y me hizo hombre, enseñándome todo cuanto sé. Por eso es que me mientan Aguayo, así como antes me mentaban Carbón. Mi otro nombre, mi nombre de verdad, ése no lo sé ni lo sabré jamás.

3

DANDO TRANCOS largos, el Mayordomo emergió de la espesura. Chupaba ávidamente su cigarro. El intermitente iluminar perfilaba su rostro severo. Mascullò rápidamente.

—Ahora, sí. ¡Andando!

—Se echó el machete al hombro y arrastró el hacha con el gavilán hacia arriba. Los otros lo imitaron y juntos descendieron a la orilla. A los tres peones les cosquilleaba la lengua por una idéntica pregunta. Al fin, la hizo el Tejón.

—¿Y agarró al Manchado, Don?

—¡Qué va! Apenas me vio, el desgraciado voló. Aunque lo busqué bastante, no pude encontrarlo. La tierra parecía habérselo tragado.

—¿Y los bramidos? ¿Y las carcajadas?

—Él, quizá bramó por miedo. Y yo, aunque no lo divisaba, reí para acabarlo de asustar, donde quiera que estuviese.

Levantó la nariz, venteando con fuerza.

—Creo que se fue muy lejos. Ya no lo huelo más.

Don Mite se volvió rosca, por la tos. Se desenroscó e hizo un comentario:

—Y eso que está muy atrevido. ¡Figúrense! Venir hasta tan cerca de las casas.

Aguayo siguió en su fatalismo.

—Es que me vino siguiendo, Don.

—Es que flojo mismo eres, Zambo.

—Es cierto, don Mite. Soy flojo. Soy flojo para el Tigre. Sobre todo para este Tigre.

Hubo una larga pausa en que parecieron crecer sus pasos sobre los ruidos de la noche en la montaña. El Negro avanzó hasta ponerse al lado del Hombre-del-Cigarro. Le susurró, como confesión:

—Don Guayamabe. . .

—Suéltalo de una vez. ¿Qué pasa?

—Este. . . yo creo que a mí me va a comer el Tigre.

—Es malo creer eso. Es malo, Zambo. Tienes que hacerte el desentendido, como si ni lo vieras ni te importara. La contra, la única contra, es no tenerle miedo. Por eso es que por arriba algunos salimos a buscarlos con el poncho envuelto en nuestro brazo.

—¿A buscarlo?

—Claro. Y nunca le corremos. El que corre o recula está jodido y se malea para siempre, como dijo don Mite. Tú no sabes de esto porque anduviste sólo en las orillas, y no montaña adentro.

—Algo sé, don Guayamabe.

—No parece.

—Es que, ¡quién sabe qué me está pasando! Bien dice el dicho: «Cuando uno está para cagado, del cielo le llueve mierda».

Intervino el Tejón.

Bueno. Ya dejemos en paz al Manchado. Y caminemos más aprisa. Esta noche es el bailoteo y allí tenemos que mover el cuerpo hasta que aguante. Si no, ¿qué van a pensar las muchachas? El tiempo se nos va a hacer corto.

—Cierto, Tejón.

Todavía debemos bañarnos y cambiarnos de ropa. ¿Cómo vamos a presentarnos así con las muchachas?

Y las muchachas, igual que todo lo demás, estaban a punto en la casa de la Santa. Pusieron en el rescoldo las grandes ollas de barro llenas de aguado de gallina y de gran variedad de mariscos. Con cuchara de palo me-

nearon la chicha y prepararon los jarros para servirla. Las botellas de aguardiente las metieron debajo de la cama. Ellas circularían, de boca en boca, como pipas de paz líquida, para que cada cual bebiera a voluntad. Sólo ña Juanita, ya adueñada de la casa y la fiesta, con su iguana y dos de las mujeres más viejas quedaron haciendo guardia en la cocina. Claro que las viejas no las tenían todas consigo. Por más que hacían no podían olvidar cuanto se hablaba de la mujer de don Parrales. ¿Sería verdad? ¿Sería mentira? De todos modos, cuando algo huele mal no es una flor. ¿Se trataría de verdad de la Viuda-sin-Calzones, que jamás se quitaba el largo manto negro con que se cubría toda entera, que andaba sola en su canoa alquilándoles lo-que-sabemos a los hombres? Nadie le conocía la cara y por eso no la identificaban plenamente. Podían identificarla sólo del ombligo para abajo, pero, ¿cómo sabrían de verdad quién era quién? Para ello tendrían que compararla con todas asimismo, del ombligo para abajo. En fin, ahora ya no era lo que fue, ¿o seguiría siéndolo? Y entonces el cantor y guitarrista, ¿qué? ¿Aguantaría que doña Juanita se comiera otros plátanos, además del suyo? Por mal pensadas se santiguaban alma adentro y aunque se les fruncía toda la verija, la boca se les desfruncía a punta de sonrisas. Por su parte, las muchachas se habían dado ya su mano-de-gato imprescindible, se pusieron con dificultad los zapatos taconeros y acompañadas por el músico, bajaron a sentarse en los largos tablones. Los ojos se les iban al estero o a los senderos de las islas. Presidiéndolo todo, sin soltar la guitarra, el pegajoso as de la orquesta andaba de un lado para otro.

—¿Se aceitaron las bisagras?

Respondió Domitila:

—¿Cuáles bisagras?

Ésas.

—Se ruborizó.

—¿Y para qué, Don?
—¿Cómo para qué? Para poderse mover como chocolateras.
Ella le siguió el amén.
—Para eso no necesitamos aceitarnos nada. Nos basta y sobra con un poquito de su canto y música y alguien que también quiera soltar los huesos hasta desgonzarse.
—Por canto y música no se han de quejar. Son malos pero socorridos. Además, que hay peores.
—No le permito que se burle así de nuestra orquesta. No se puede pedir más. Y San Biritute nos mandará unos fulanos que nos sirvan. Siempre hay un cojo para un pata-chueca.
Se notaba, sin embargo, que, a pesar de sus respuestas, no las tenía todas consigo. En medio de la alegría aparente, sus ojos mostraban ansiedad. No dejaba de mirar a la montaña, como si de allí se fueran a desprender en cualquier momento las imágenes de su padre y el Zambo. El viejo zorro de Parrales había advertido la zozobra de la joven. ¿Qué sería? ¿Había ocurrido algo que él desconocía? Curioso como era, sugirió:
—Domitila, ¿no quieres que subamos la mecha a las lámparas? Están muy bajas. Y si sopla un viento fuerte, nos quedaríamos a oscuras.
—Cierto, don Parrales. Allá voy.
—Así mientras yo las sostengo, tú levantas los pabilos.
Las otras muchachas siguieron conversando, sin preocuparse por la maniobra. Hablaban de quiénes iban a ir, de cuántos serían, de la comida que les habían preparado, de si la fiesta sería mejor que las de otros años, de cuántas palabreadas para aparejarse irían a salir y de cosas semejantes. La Santa y el Cantor subieron sobre las tablas y empezaron su tarea. Él bajó la voz:
—Santa, estás muy nerviosa. ¿Qué te pasa?

—Nada, Don.

—Está bien. Si no quieres decírmelo, allá tú.

Ella desvió la conversación.

—Se están demorando mucho, ¿no es verdad?

—Te preocupas porque quieres. Sabes que ya mismo llegarán. Han de estar repicando las últimas ramazonas de los palos que tumbaron. O arreglándose un poco para el baile. ¿O es que quieres que vengan sudorosos, sucios y con sus ropas de trabajo?

Y en voz alta, para que lo oyeran todos:

—Esta mecha ya está arreglada. Vamos a la que sigue.

Se encaminaron hacia la otra esquina. Las demás chicas no les prestaron atención. Siguieron conversando de sus propios problemas, alegrías y tristezas. Cuando estuvieron trepados en las tablas, la Santa, sin esperar alguna nueva insinuación, «cantó»:

—¿Ha oído mentar a Seborón Mite, el Cuatrero?

—¿Quién no por estos lados?

—Pues anteayer me lo encontré.

—No me digas. ¿Dónde?

—En San Miguel del Morro. Casi todas las mujeres estuvimos allá. Fuimos en una canoa de pieza, sin ningún hombre y sin avisarles. Bogábamos nosotras mismas. Yo iba piloteando. ¿Se imagina lo que pareceríamos? En primer lugar, no nos paraba la lengua ni un momento y, en segundo, jamás se vio por aquí tantas hembras juntas dándole al remo, sin parar. Le aseguro que muchos pensarían que éramos una aparición.

—¿Y para qué fueron?

—Teníamos que mercar algunas cosas para la fiesta: la comida, la bebida, la ropa, todo. En el pueblo se armó una escandalera. Cuando pasaba nuestra fila de purititas mujeres, hablando hasta por los codos, se asomaban a las ventanas, salían a las puertas o se prendían como racimos de plátano en las escaleras. Al principio sólo nos vieron pasar. Cuando más, nos lanzaban

algunas palabritas o palabrotas, que nos ponían coloradas. Más tarde empezaron a seguirnos. Primero los muchachos y al final los hombres. Éstos nos decían cosas gruesas, de todo tamaño e intención. Algunas quisieron contestar, otras, no. Yo no sólo me opuse sino que les dije que mercáramos lo indispensable y nos fuéramos lo más pronto.

—Claro.

Elevó la voz:

—Ya está lista esta otra mecha.

¿Para qué lo decía? Las casaderas seguían hundidas en sus temas personales, dándoles vueltas sin cesar. Cuando arreglaban la tercera mecha, ella continuó:

—Así compramos lo último. Los hombres ya querían pasar de la palabra al manoseo. Cierto que no todos. Algunos hasta protestaban y parecía que iban a defendernos.

¿Y entonces?

—Nos estábamos embarcando en la canoa, cuando aparecieron «ésos».

—¿Quiénes?

—¿Quiénes iban a ser? Seborón Mite y sus Mala-Almas. Al mirarlos mugrosos, greñudos y malolientes, me dio una risa nerviosa. Cuando les vi los machetes colgando y las armas de fuego terciadas a la espalda, recordando sus fechorías, se me cambió la risa en rabia. Pero después, al advertir sus rostros flacos y palúdicos, sus ojos feroces, desconfiados y tristes, acabé teniéndoles lástima.

—Te pasas de buena, Santa.

—«Prima», me dijo Sebo —porque ha de saber usted que él es mi primo, hijo de mi tío el finadito Victoriano Mite, ¡Dios lo tenga en su santa gloria!— «Prima, no se vaya. Y que tampoco se vaya ninguna de las otras. Echémonos un baile aquí. Pueden venir todas a sacudirse las pulgas. Nos daremos gusto hasta la noche o el amanecer y después se van. Así recordare-

mos tiempos viejos.» También ha de saber usted, don Parrales, que él me estuvo arrastrando el ala hace unos años, antes de que se dedicara a robar el poco ganado que hay aquí, y a matar a los cristianos que lo enfrentan. Para evitar problemas, le contesté, de la mejor manera, que no podíamos. Que debíamos regresar pronto a la isla. Antes de la oscurecida, ya que no teníamos permiso.

—¿Y él?

—Creí que iba a enfurecerse y decir algunas malas razones. O agarrarme por el pelo para detenernos. No lo hizo. Rió, con una risa de zorra malparida. «Está bien, primita, está bien. ¡Váyase, ahora! Pero no olvide que la noche de su santo iré a verla con todos mis muchachos. Quiero que bailemos un poco y, sobre todo, quiero cortarle un cuarto de bemba al Negro ese que me la quiere quitar.»

—Con perdón de la mala palabra y la porquería ¡qué carajote es el carajito ese! Entonces, lo que pasa es que tú tienes miedo de que los cuatreros vengan esta noche y se arme aquí la de Dios-es-Cristo.

—O me asalten al Zambo y a los otros, por la espalda, en la montaña. O quizá ni eso. A lo mejor los palomean desde lejos con sus escopetas. Es el oficio de Sebo y sus Mala-Almas.

—Uhm. ¿Y cuántos son «aquéllos»?

—Andaban unos cinco. Entre otros ése que mientan Titilo, que en su espalda carga más muertos que un panteón.

—Uhm. Uhm.

Alzó la voz:

—Bueno. La otra mecha está bien. Dejémosla así.

En ese momento se oyeron golpes de remo acercándose a la orilla.

Don Mite, Aguayo, el Tejón y el Mayordomo ya estaban en la casa de éste. Allí dejaron sus ropas, para cambiarse después. Don Mite quedó arriba, por la tos. Los otros fueron a bañarse al estero, en pelotas, no sin antes llevar un tarro de agua dulce, para enjuagarse. Mientras lo hacían, no cesaban de hablar, llenando el tiempo que les faltaba para el baile. Después, se pusieron ropa limpia y bien almidonada. El diálogo daba tumbos, como barco al garete, cortándose y ligándose de nuevo, al ritmo de cuanto iban haciendo. Camino de la fiesta, don Mite insistió en el mismo tema.

—Y dicen que no es igual el Manchado que el Lagarto.

El Tejón aclaró:

—¿Cómo va a ser? El Manchado es más sabido.

Guayamabe asintió:

—Con poner la pata en el rastro de un cristiano, se da cuenta si éste tiene miedo o no. El Lagarto no sabe nada. Así tenga más de siete varas de largo y sea tan viejo como un galápago. Además, al Lagarto se le hace agua la boca porque le rasquen la panza.

—¿Rascarle la panza?

El Hombre-del-Cigarro volvió a asentir.

—Así se cogen los lagartos de tembladera. Están empozados, abajísimo del agua. El lagartero se mete debajo de los lagartos. Les empieza a rascar la barriga a mano limpia o con un palo. A estos condenados les da cosquilla enseguidita y, muertos de risa, empiezan a subir a flote. Arriba está el otro lagartero, esperando. Apenas el Lagarto saca la cabeza, le da un hachazo en la mismísima nuca.

Aguayo expresó, como ausente:

—Ha de ser feísimo, ¿no?

—Feisísimo. A veces, el Lagarto aguaita desde abajo, sobre todo si es lagarto cebado. Y entonces el cristiano puede rezar su último credo. Después de un momento sólo quedan sus huesos. Si se trata de un la-

garto de buenos modales, los recoge y va a depositarlos en la playa, para que los parientes del muertito les hagan su velorio y los entierren.

—Peor es el Tigre.

—Eso sí. Al Tigre no se le puede ir con pendejadas. Lo que antes te dijo don Mite es porque se lo han contado, nada más. Al Manchado no se le puede rascar la barriga ni ninguna otra parte. Cuando mucho, echarle un chiflón de humo en los ojos. O hacerle una insolencia con las manos. Al Jode-Todo no le gustan las insolencias. Le parecen una falta de respeto.

Ya se veían las luces de las cuatro lámparas de la casa de don Mite. ¿Iría a iniciarse el bailoteo? ¿Tendrían listas las cosas necesarias? ¿Habrían llegado por lo menos algunos invitados? ¿Estaría don Parrales afinando la guitarra? ¿O sólo haría gárgaras de mataburro para que la voz le saliera «pura y cristalina»? El Zambo se prendió del brazo del Mayordomo, señalando hacia atrás.

—¡Mire! ¡Mire, don Guayamabe!

El Tejón y don Mite observaron en esa dirección.

—¿Qué pasó, Zambo?

—¡Miren, allí!

—¿Dónde?

—En el árbol que da sobre el pozo.

—Yo no veo nada.

—Ni yo.

Por su parte, el Mayordomo no miró hacia atrás. Continuó sereno, imperturbable, aunque se adivinaba que en esos momentos estaba aún más preocupado por el Zambo. Con la vista al frente y una voz extraña, le preguntó:

—¿Es el Tigre, otra vez?

Aguayo tembló, como si tuviera calentura con frío.

—Sí. Allí está, don Guayamabe.

El Mayordomo lo miró, por fin. En su rostro empezaba a demostrarse franca lástima.

—¡Ay, Zambo! Me creo que estás desgraciándote.

Levantó la nariz, aspirando hondamente. Continuó:

—Por aquí no hay ningún tigre. Si no, yo lo estaría venteando. Lo que pasa es que llevas al Manchado dentro de tu cabeza. Y no te dejará ni a sol ni a sombra, hasta que salga de allí, para descuartizarte.

El acento del Negro se llenó de amargura.

—Si me va a descuartizar... ¡que me descuartice pronto, Don!

4

Satisfechos su hambre, sed y curiosidad, don Parrales tenía sólo dos preocupaciones: una, que fuera a fallar el Cojo Banchón, y otra, que no llegara a tiempo por la sarta de hijos que le aumentaba sin cesar. Desde hacía varios años, los dos constituían una orquesta mínima que animaba a todas las fiestas de las islas. Y no porque el Cojo tocase ningún instrumento. No. Lo que usaba como tal era su rústica pata de palo. Si estaba sentado, tenía tal arte para percutir con ella el piso que a todos les ponía comezón en los pies y en otras partes menos inocentes. Pero, sin duda, cuando bailaba se lucía mejor y con más ánimo. Mientras se movía con su pareja, marcaba el compás a golpes rítmicos de su apéndice sonoro. Cuando el piso era de tierra, lo que ocurría la mayoría de las veces, agarraba un bejuco a guisa de bastón y con él se golpeaba «el instrumento». Hacía verdaderas filigranas traducidas en un golpeteo incesante, contagioso y frenético. Su actuación era un disloque. Daba la impresión de no ser uno sino varios. Era común que los agradecidos bailarines lo ensalzaran, al mismo tiempo que se hacían pedazos en los ritmos pegajosos. «Así deben tocar los ángeles, ¿verdad don Banchón?» «Por lo menos los santos.» «O siquiera los padrecitos.» «Que Dios le conserve su instrumento.» «Bendita pata de palo que Nuestro Señor le dio.» Claro que allá en la trastienda de su cráneo seguramente pensarían otras cosas menos edificantes. Por lo menos, eso creía don Parrales un sí-es-no-es roído por la envidia amarillita. De verdad de verdad lo que querrían

decir era distinto. Por ejemplo, «¡qué bueno que te arrancara la pata un tiburón!» «¡Qué bueno que tuvieran que amputarte el resto!» «¡Y qué bueno que te guste mover las chirimoyas y hacer que se muevan las chirimoyas de los otros!» ¿O en el fondo lamentaban su cojera y la aceptaban solamente como un triste pero provechoso don del Cielo? Intuyendo que la otra parte de la orquesta empezaba a ponerse celosilla, los fiesteros casi siempre agregaban: «Claro que una pata de palo sin canto y sin guitarra. . . sólo es una pata de palo, ni siquiera un instrumento, y mucho menos parte de una orquesta».

Las preocupaciones del interfecto terminaron porque la canoa que llegaba era precisamente la del Cojo. Venía solo, igual que de ordinario. Una de las muchachas, por pura cortesía, de dientes para afuera, le preguntó:

—¿Por qué no vino doña Aminta?

—¿Y con quién dejamos a los chicos?

—Los hubieran traído.

—No se puede. Son muchos. Casi una docena.

—¿Casi?

—Es que el último está todavía entre si ya saca la cabeza o no. Parece que le faltan dos o tres días. O quizá dos o tres horas. Mi mujer no es buena para las cuentas. ¡Imagínese si la traigo, se adelanta y aquí cumple la docena!

—La ayudaríamos entre todas, y esa sería una buena parte de la fiesta.

El Cojo expresó, burlón:

—Así lo haré la próxima.

Cuando llegaron a la casa, se extrañó.

—¿Todavía no ha llegado nadie?

—No dilatan.

Saludó a don Parrales. Después, a las muchachas, especialmente a la Santa, a quien deseó toda clase de felicidades. Ella agradeció y le propuso:

—¿Se remoja el guargüero?

—Gracias, Domitila. Usted sabe que no bebo.

—Aunque sea una chichita.

—Bueno. Sólo un vaso.

La Santa fue a traérselo. Don Parrales se le aproximó, preguntándole con afectuosa burla:

—¿Ya afinaste el instrumento?

Le respondió en el mismo tono:

—Aún no. Cuando usted afine el suyo. Aunque ya sabemos que mientras más lo afine más se desafina.

Se puso serio. Bajó la voz para que sólo oyera el otro.

—¿Sabe a quién me encontré en el Estero-de-las-Cinco-Bocas?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿A quién?

—Al mismísimo cuatrero Seborón Mite. Andaba en una canoa de montaña, con cuatro remeros y el Tuerto Titilo. Iba rapidísimo. Parecía un arpón clavándose en el agua. Yo me hice a la orilla, para darles paso y evitar que me encontraran.

—¿Yhhh?

—Ya me habían visto. Cambiaron de rumbo, en dirección a mí. Y a los pocos minutos estaban a mi lado. Ya llevaban sus tragos adentro del gañote. Arrimados al banco de la popa donde estaba Seborón de pie, había seis machetes, una escopeta y me creo que hasta una carabina.

—¡Ay hijos de la Grandísima!

—«Cojo —me dijo— ¿A dónde vas?» «A ninguna parte», le contesté. «¡Ah, cómo serás huevón, queriendo escupirme en los ojos y tapármelos! Yo veo mucho más de lo que veo, don Pendejo. Como hoy es el santo de mi prima Domitila, vas a la fiesta a remolinear la pata, ¿no es verdad?» «¿Para qué seguir negándolo? Así es, Sebo», le dije. Se volvió al Tuerto Titilo que es su brazo-derecho-en-todo: «¿Lo dejamos que se vaya?» El Tuerto tuvo su risa de lagarto burlón.

«Claro. Pero que se vaya sin la pata de palo. Quítasela.» «¿Y qué hacemos con ella? ¿La tiramos al agua?» «No, porque puede alcanzarla. Mejor, quémasela.» Seborón lo pensó varios segundos. Al fin, dijo: «No, que se vaya con todo y su pata. Es la fiesta de mi prima. Y necesita la pata, para animar el baile». Se dirigió a mí: «Bueno, Cojo, cojón, cojudo. Ahora sí, lárgate. Y avísales que después de un rato, estaré allí». Hizo una señal a los suyos. Éstos volvieron a clavar las palas de sus remos en el agua. Él, a su vez, agarró el canalete. La canoa pareció dar un brinco. Y se hundió con ellos en la noche, como si el Diablo la llevara ya al Infierno. De las sombras me llegaron sus últimos gritos: «¡Cojo, cojón, cojudo! ¡No olvides decirles que ya mismo iré!»

Don Parrales se rascó la cabeza.

—Por lo que veo, va a ser una fiesta movida.

—Movida y removida, Don.

—No le digas nada a nadie. ¿Para qué matarles el gusto antes de que empiece? Ya habrá tiempo, después, cuando los truenos truenen.

—Así es, don Parrales.

—Además, puede que los Rurales los espanten de estos lados, o que sus difuntitos les pelen los dientes asustándolos, o que se los lleve el Coludo ya cansado de esperarlos, o que el propio Seborón y sus Mala-Almas se arrepientan y vayan a buscar pleito en otros lados.

—Puede, Don.

¡Qué iban a arrepentirse! El pleito del Cuatrero era allí, con ése que le quería quitar un fundillo que consideraba propio. Tenía que arrancarle las tripas, para echarlas a los puercos. O, por lo menos, sacarle la lengua para barrer con ella el piso donde después su prima y él se harían trizas en el baile. Dejaría de llamarse

Seborón Mite si no lo hiciera así. Capaz de que enseguida se llevase a la muchacha a las buenas o a las malas, más probable que a las malas. Los fiesteros quedarían con las narices largas y las pichas guindando. Con la fiesta pasmada, si ella se opusiera, la agarraría por los cabellos, esta imagen lo obsesionaba, y la arrastraría hasta su canoa. En el plan de ésta, le daría vuelo a sus meaderos, aunque tuviera que golpearla, como lo había soñado desde chico. ¡Y él pensaba que la había borrado para siempre en su memoria! ¡Ah, si no fuera porque estuvo en San Miguel del Morro hacía tres días! Hasta ese instante, él planeaba largarse aguas abajo con sus gentes esa misma noche. Sabía que el Capitán de los Rurales parecía tenerle muchas ganas, que algunos de los dueños del ganado que él robara querían hacerse justicia por sus manos y que los familiares de los difuntos que se había almorzado lo seguían, a sol y a sombra, con iguales intenciones. Pero, ver a su prima lo había trastornado. Olvidado de todos los peligros, lo único que deseaba, aunque se la jugara una vez más, era saber a qué sabía lo más sabroso de esa Sabrosura.

Le daban vuelta los recuerdos de los tiempos en que murió su padre Victoriano y en que su tío lo llevó a su lado. Allí creció con sus primas. Cierto que con Márgara no andaba casi nunca. Era muy pequeña, todavía. Ni siquiera olía a mujer. Y no tenía carnes ni para un tamal. En cambio, de Domitila no se separaba ni un instante. Juntos metieron las manos en el hueco del primer cangrejo que cogieron. Juntos tiraron la primera atarraya para atrapar los peces. Juntos anduvieron sobre las raíces de los mangles entre los ñangales, en pos de los ostiones. Juntos remaron por primera vez en la canoa. Juntos aprendieron a nadar en la orilla del estero. Juntos, siempre juntos. Hasta que un día, él, sin que mediaran palabras anteriores, quiso tumbarla en el plan de la embarcación. Ella se defendió, como gata panza arriba. No se dejó. Lo golpeó. Lo arañó. Lo

mordió. Como eran otros tiempos, él, un muchacho todavía, se dejó vencer. Al regresar a casa, pensó que ella le iría con el cuento al Viejo. No fue así. La chica se quedó callada. Pero don Mite, desde que se ahogó su Vieja, miraba más allá de los traseros de sus hijas. «Tienes que irte —le dijo al Sobrinito— a buscar trabajo y a hacerte hombre. Como ves, las chicas van creciendo, y no es bueno que sigas a su lado. Tú sabes, Seborón, candela es candela, y no hay que acercarle ni la leña verde. Tarde o temprano, ésta también se quema.» «Está bien, tío, está bien.» «Por lo mismo, debes irte lejos, lo más lejos que puedas.» «Está bien, tío, está bien.»

Titilo interrumpió sus reflexiones.

—Mejor no vayamos a la fiesta, Sebo.

—Tengo que ir, Tuerto.

—Vos sabes. Hay muchos que quieren estrellarnos los huevos.

—Si aparecen, nos evaporamos.

—Va a ser difícil, Sebo. Son muchos. Se han unido todos. ¿No te acuerdas? Es una verdadera cacería. Si fueran sólo los Rurales, tal vez no nos verían ni el pelo. Al fin y al cabo, no son gentes de estos lados. Y aquí en las islas se necesita conocer los recovecos más ocultos, para dar con nuestros bofes. Pero hay otros, Sebo. Otros, de aquí, que conocen estas islas como las palmas de sus manos, lo mismo que nosotros, y que nos quieren cobrar las vacas y los difuntitos. Por otra parte, ¿sabes que los difuntitos están alborotados? Las gentes se hacen lenguas. Han visto por las noches canoas llenas de esqueletos, riendo amenazadores, navegando tras de ti y llamándote.

A su pesar, se estremeció. ¿Sería que todo se le estaba cambiando y que ahora tenía carne de gallina?

—¿De verdad, Titilo? ¿A mí?

—A vos. Y son bastantes esqueletos. No sólo de aquellos que mandamos al fondo del estero. También

hay otros. ¡Quién sabe si serán sus parientes o compadres! O, simplemente, acompañantes a los que les gusta la cacería de los vivos.

Seborón quedó pensativo unos momentos. Al fin, expresó:

—Vos tienes razón, Titilo, y sabes que por eso nos tenemos que largar muy lejos. Donde nadie nos conozca y sea casi imposible que nos topen. Te lo juro por mi madre, la difuntita que murió de pena por traerme al mundo. Pero, antes, tengo que ver a mi prima Domitila. No puedo irme sin verla, sin tenerla, por lo menos en el baile, entre mis brazos. Y si me ayuda el Coludo, mi compadre, aunque parece que ahora me quiere dar la espalda, la sacaré de allí por esta noche. Y haré lo que quiera con ella, le guste o no le guste. Entiéndelo, Titilo. Es como una enfermedad. Si hoy no me curo, ya no me curaré nunca.

—¿Y si se alborotan los demás?

Peor para ellos. Los haré picadillo, desde los pelos de la cabeza hasta las uñas de los pies.

Su segundo lo miró, estudiándolo.

—¡Ay, Sebo! Me creo que se te están aflojando los tornillos.

Seborón miró al horizonte. Allá donde las sombras iban haciéndose más sombras.

—Tú tienes toda la razón, Tuerto. Pero. . .

—¿Qué?

—No se me están aflojando. Ya los tengo flojos. Todititos. Y no sólo yo. También ustedes. Si no, ya no andarían conmigo, que es como andar pegados a la muerte.

—¡Ah, cómo serás, Sebo! Entonces, ¿para qué le culebreamos? Que sea lo que sea.

Hizo una pausa. Continuó:

—¿No crees que debieras palabreárselo a los muchachos?

—Claro, Titilo.

Se volvió a los remeros. Los miró, como estudiándolos. Les ordenó:

—Párenle un momento.

Los otros dejaron de remar.

—¿Qué pasa, don Sebo?

—Vamos a ir a la fiesta de mi prima, como saben. Seguramente habrá que hacer brincar a los machetes y quién sabe si hasta escupir plomo a la escopeta y a la carabina. Quizá aumentemos nuestra cuenta de muertitos, o alguno de nosotros tenga que mascar la tierra. Como es asunto mío, el que no quiera ir, puede quedarse. De todos modos nos encontraremos al amanecer, donde sabemos.

Los remeros, uno tras otro, expusieron sus razones:

—Sebo, yo sí te acompaño. No faltaría más, que ahora te dejáramos solo. Por otra parte, hace tiempo que ni en sueños voy a un baile.

—Yo también voy. ¿No hemos andado juntos siempre en todo? Y puede que a la hora de la hora me toque una buena hembra. Hace meses que no huelo ni un fundillo.

—Yo tampoco me quedo, Sebo. ¿No somos uno en las maduras y en las duras? Y mejor si hay pelea. A mí lo que me gusta es sacarle la sangre y el moco a los cristianos.

—Y a mí lo mismo, Sebo. ¿Cómo voy a quedarme solo, sin ustedes? Sería como andar sin brazos y sin piernas. Además, necesitamos distraernos para que pase pronto la noche y nos vayamos a otros lados en la madrugada.

Sonrió, con una mezcla de satisfacción y fatalismo. Sabía muy bien que el delito, el peligro y la zozobra los había fundido entre sí para siempre.

—Está bien, muchachos. Si es su gusto. Y gracias. muchas gracias. Como dice el dicho: «El culo que quiere beta, él mismo la anda buscando».

Se volvió a Titilo.

—¿Y vos?

—Yo voy donde tú vayas. ¿No soy como tu sombra? Aunque no lo quieras, te seguiré. ¿Lo ves ahora? Por mí no debiéramos perder el tiempo que tal vez sirva para salvarnos el pellejo. Pero si vos tienes ganas de que nos la juguemos, ¡allá tú!

Nuevamente empezaron a remar. Esta vez con más fuerza. La canoa parecía uno de esos peces voladores que sólo a ratos ponen sus escamas y aletas en el agua. Iban callados. Como sabían muy bien lo que traían entre manos, procuraban que los remazos fueran apenas perceptibles. Pronto divisaron, a la distancia, la luz de las cuatro lámparas del baile. Parpadeaban como luciérnagas. Al advertirlas, instintivamente disminuyeron la marcha. La embarcación empezó a deslizarse. Pareció que no tuviera impulso humano y que sólo fuera arrastrada por la corriente. Esto, sin duda, retrasaría su arribo. Pero, mejor era así. No los sentirían llegar y la sorpresa resultaba una de sus más usadas tácticas. ¿Y los perros? ¿No los delatarían con sus ladridos? ¿Y don Guayamabe? ¿No decían que ese Viejo venteaba todo desde lejos? ¡Bah! Con tantos que llegarían esa noche, se entremezclarían los ojos y sería muy difícil identificarlos antes de mirarlos. En tanto, ya se acercaban a la orilla. De ese modo, podían navegar semiocultos entre las ramazones colgantes y las raíces adventicias de los mangles. Por otra parte, las bivalvas abriéndose y cerrándose, los peces saltando y las hojas sacudidas por la brisa, opacaban los ruidos que causaba la embarcación al deslizarse.

A pocos pasos de la orilla, por el sendero que llevaba a la casa del jolgorio, vieron avanzar cuatro sujetos. Detuvieron totalmente la canoa. Atisbaron entre las ramas, presos de súbita sospecha. No les quedó ninguna duda. Los que marchaban tan tranquilos eran ni más

ni menos que don Guayamabe, don Mite, el Tejón y el Zambo.

Titilo, en susurro, sugirió:

—¿Por qué no los palomeamos desde aquí?

Seborón, venciendo los recuerdos que empezaban a estrujarle el pecho, dijo evasivamente.

—Sería un tiro difícil.

—Para la escopeta puede ser. Al regarse las municiones podríamos matar a todos. Pero con la carabina... yo...

A pesar de la dureza acumulada en esos años, la emoción venció al Cuatrero.

—Sería un aviso para los que nos buscan. Cuando llegue la hora, usaremos fierros solamente. Ahora, si se trata de algo imprescindible para salvar el pellejo, echaremos mano a las balas. Además, que si fallamos...

—Nunca fallamos, Sebo. Donde ponemos los ojos, ponemos los plomos.

Nuevamente quedó pensativo. Si no hubiera cambiado nunca, si no fuera un cuatrero y criminal a quien todos perseguían y odiaban... ¡Bah, pobre cabrón! Olvídate de esas mariconadas que no fueron, no son y no serán. Ahora lo que interesa es acabar con ese Negro y darme gusto con el fundillo de mi prima. Después, habló como para sí mismo:

—No, Tuerto. Así no. Cuando yo mate al Negro ese, tendrá que ser de frente. Además...

—¿Qué?

—¿Y si por la oscuridad, el movimiento de la canoa o la distancia, le doy a don Mite, al hermano de mi padre, al que me crió?

—Pero, si tú no quieres a ese Viejo. Le echas la culpa de todo cuanto te pasa.

Se le cerró la cara. La voz le salió ronca, martilleante.

—Esto es distinto, Tuerto. Ya veo que no lo entiendes.

—Puede.

Seborón se dominó. Tuvo una transición a una fiereza alegre:

—Con unos tiros también alborotaríamos a los fiesteros. Se escaparían. O se prepararían a defenderse. Y entonces, ¿para qué habríamos venido? ¿No fue para darle gusto al gusto? Dejémoslos no más que éstos se vayan. El tiempo quiere tiempo.

—Está bien, Sebo. Está bien.

—Y los tiros serán para el último momento. Cuando ya no nos importe que se acerquen los Rurales. Si no, esos tiros servirán, también, para avisarles.

Esperaron un rato hasta que los otros se alejaron y desaparecieron. Volvieron a navegar. Sólo unos momentos. Casi enseguida, Seborón recomendó:

—Bogaré yo solo. Así no haremos ningún ruido.

5

CUANDO DOMITILA vio llegar al Zambo, tuvo la impresión de enfrentarse a un muerto en pie. Andaba lejano, como arrancado a un mundo de fantasmas. Tenía los ojos idos, la boca temblorosa, los gestos y ademanes vacilantes. ¿Habría bebido un poco de aguardiente en busca de más ánimo para la fiesta? Sería extraño, pues en los últimos tiempos no tomaba casi nada. Se le acercó. No. No había bebido. Por otra parte, él sabía muy bien el daño que le hacía en su conducta, a punto de cometer actos de los cuales tendría que arrepentirse largo tiempo. Por otra parte, ¿no se lo había jurado? ¿Y entonces? Aguayo, saliendo de su marasmo, aunque mirando a través de ella, murmuró:

—Felicidades, mi Santa.

—Gracias, Zambo.

Trató de explorarlo por dentro. ¿Qué tendría? Nunca lo había visto así, tan inseguro, tan falto de confianza en sí mismo, inclusive sin mirarla a los ojos, abiertamente, como siempre. Desde que lo conoció, hacía ya tantos años, parecía dominar la tierra que pisaba. Andaba tieso, erguido, desenvuelto, como un príncipe de chonta, esa madera dura y vibrante de la cual se hacían armas punzantes y teclas de marimba. No echaba bravatas, pero tampoco toleraba que a él se las echaran. Había bastado con dos o tres macheteadas, ella ignoraba cuántas, en que a pesar de vencer a los contrarios apenas los hería, para que lo respetaran en las islas. No hacía alardes de matón, pero sabía defenderse. Además, al mirar su cuerpo atlético, sin duda les inspiraría

respeto a los demás. Buen cumplidor, buen compañero, los peones se hacían lenguas de sus actos: «Es un verraco en el trabajo», «Cuando empieza, no cesa ni un instante», «Tira el hacha, haciéndola sonar como campana», «Es el más rápido de todos», «En sus manos, el machete parece cobrar vida», «Y es buena gente. Cada vez que puede, nos da una mano a todos», «En las desmontadas, ha salvado a varios», «Cuando va a caer un árbol, sabe dónde, cuándo y cómo. Nos aconseja a tiempo o nos aparta», «Sobre todo desde que le pasó a Parrales lo que le pasó», «Después no ha aplastado a nadie ningún palo». Ella oía, no más. Oía. Por eso, aun antes de que la hubiera palabreado, aun antes de tratarlo, ya sentía por él, quizá sin darse cuenta, una cierta admiración. Y ahora estaba ante ella lívido, espectral, como salido de una tumba. Aprovechándose de que don Guayamabe, don Mite y el Tejón saludaban a los otros, ella lo condujo hacia una esquina. Él se dejó llevar, al parecer sin voluntad. Ansiosa y con ternura, le preguntó:

—Dime la verdad, ¿qué te pasa a vos, Zambo?

—¿A mí? Nada, mi Santa.

—Algo te traes. ¿Por qué me lo ocultas? Debe ser muy malo cuando no quieres decírmelo.

—Te engañas, Domitila. Estoy igual que siempre.

Al decirlo, el Negro miró a otro lado, como para evitar que ella leyera en sus ojos. ¡Mentira! La muchacha tenía toda la razón. No estaba como siempre. Después que el Tigre estuvo siguiéndolo y empezó a mirarlo en todas partes, él era un hombre al agua. Pero, tenía que aguantarse. No podía contárselo a la futura madre de sus hijos. Eso nunca. Ella debía ignorar que el Manchado lo había vuelto un miedoso maricón. Maricón por lo flojo, porque no se enfrentaba a la fiera como un macho. Sólo por eso, claro está. Tenía que repetírselo para sentir menos asco de sí mismo. ¿Por qué se ponía así? ¿Por qué no se enfrentaba al Tigre

como a las fieras del mar o de la selva? ¿Por qué? Bien que lo sabes, Zambo. Ni que fuera la primera vez que te ocurre esto. Desde que eras muchacho, ¿no te ha perseguido siempre el Jode-Todo? ¿No fue persiguiéndote que el Manchado acabó con don Robusto Aguayo y su familia? ¿No fue huyendo del Maldito que viniste a vivir en estas islas? Lo curioso, lo único curioso, es que él ha acabado con todos sin darte todavía ni un rasguño a ti. Quizá querrá que engordes más. O sigue divirtiéndose mientras tú te vas muriendo de puritito miedo.

En ese momento empezó a repiquetear rítmicamente con su bejuco la pata de palo de Banchón. Primero fue un sonido apenas perceptible. Después creció hasta adueñarse del ambiente. De inmediato la garganta destemplada lanzó los acordes y las frases iniciales de una canción de medio siglo atrás. Aguayo trató de dominarse, una vez más.

—¿Bailamos, Santa?

Domitila hizo un esfuerzo. A su vez, se dominó. Esbozó una sonrisa acogedora.

—Es como ofrecer plátano a un mono. Bailamos.

Empezaron a dar vueltas al compás de la música —¿con mucha imaginación, se le podría llamar música?—, en medio de los otros bailarines. El Tejón, desde luego, se remachaba a la Márgara. Los demás se arrejuntaban cuando y cuanto podían a sus parejas. Continuaban llegando nuevos invitados. Para no interrumpir el rítmico meneo, apenas si saludaban. Buscaban directamente a sus predilectas y si no, a las que aún permanecían sentadas. Elegían alguna. ¡Y a mover extremidades, cadera y espinazo! Por su parte, las viejas que cuidaban la comida no pudieron aguantarse. Las dominaba la nostalgia de los tiempos en que también sacudían el come-pollo y bajaron a admirar el espectáculo. Vestían ropas chillonas, tiesas de almidón. Sus pechugas y posaderas prominentes les templaban las

telas como cueros de bombos. No pudieron seguir mirando mucho tiempo. Ellas, aunque ya no se cocían al primer hervor, aún tenían lo suyo, y por eso, asimismo, fueron atrapadas por algún fulano equidistante. Sólo doña Juanita quedó al margen, con su iguana a cuestas. ¿Le tendrían recelo por los cuentos que se echaban de ella? ¿O temerían los celos, motivados o no, de don Parrales? Lo cierto es que, para calmar sus ansias de jadeo, restregó sus glúteos opulentos sobre las tablas bastante ásperas. Pero a ella también le llegó su pica-y-rasca. Como un Tin-Tín crecido —la profesión de los Tin-Tines es preñar a las mujeres— El Cojo Banchón, sin interrumpir el golpeteo de su «instrumento», la abordó:

—También nosotros quitémonos el moho, doña Juanita.

—Cristo habla por su boca, don Banchón.

Sonrió maliciosa. Agregó:

—Con tal de que no se me junte mucho.

—¿Por qué, doña Juanita?

—No quiero salir preñada. Dicen que usted las preña sólo con tocarlas.

—Ésas son cosas de las malas lenguas.

—¿Y doña Amita, qué?

Él sonrió:

—Ya ni me le acerco. A ella la preño sólo con mirarla.

Sin agregar palabra, la abrazó con el brazo derecho mientras con el izquierdo traqueteó aún más fuerte su pata musical. Parecía multiplicarse. Reía a carcajadas, al compás del ritmo. Vibraba. O se detenía para volver con nuevos ímpetus. Como era natural, esto les ponía fuego a las partes visibles e invisibles de todos los calientes del jolgorio.

Domitila no cesaba de mirar a Aguayo, estudiándolo. Éste se iba recuperando poco a poco, en una especie de resurrección. Quizá sería el tener pegado al suyo

ese cuerpo lleno de calor y fragancia estimulantes. Imaginar o sentir las ondulaciones de sus senos, vientre y entrepiernas. Tener tan cerca de su rostro la miel de sus ojos y su boca, recorriéndolo. Casi sin proponérselo, la fue apretando más y más contra sí mismo. Con todo, de vez en cuando, no podía controlarse totalmente y lanzaba una mirada furtiva a la montaña. ¿Se habría largado el Jode-Todo o aún estaría trepado en el árbol sobre el pozo, divirtiéndose al mirarlo menearse con su Santa? Ésta seguía la dirección de esas miradas. ¿El Zambo sabría algo? ¿Le habrían ido con el cuento del Primo y sus Mala-Almas? Insistió en sus preguntas:

—De verdad, Zambo ¿No tienes nada?

—Ya te dije que no. ¿Por qué?

—Te noto algo raro. ¿Estás enfermo? ¿Tumbaste chueco un árbol o una rama? ¿Te peleaste con alguno?

Él hizo un nuevo esfuerzo. Sonrió. Repuso:

—Son figuraciones tuyas. Tus ojos de santa quisieran verlo todo mejor en esta noche.

—¿Sólo en esta noche?

La apretó más aún.

—En esta noche y siempre.

Ella no se convenció. ¿Cómo iba a convencerse? El Negro estaba muy cucarachero. A veces, parecía crisparse en un escalofrío. ¿Le preguntaría si sabía algo de su visita a San Miguel del Morro? ¿Si le habían contado que ella se había visto con su primo? ¿Si le dijeron que Seborón la amenazó con el ir al baile, y esto y aquello y lo de más allá? Ella no se lo había dicho aún, porque no había tenido ni oportunidad ni tiempo. Sólo le anticipó que irían al pueblo a comprar algunas cosas para la fiesta. Precisamente pensaba decírselo esa noche. ¿Y si se lo decía en ese instante? Así saldría de dudas y se tranquilizaría. No. Mejor después. ¿Para qué buscarle varias colas al lagarto? ¿No bastaba con una para hacer papilla a algún cristiano? ¡Quién sabe si,

como él decía, sólo eran figuraciones! Quizá no sabía nada de nada, ni le pasaba nada de nada. Por otra parte, ¡a lo mejor Seborón Mite y los suyos no vinieran! Porque se arrepintiesen, o porque sus víctimas o los Rurales los obligaran a escapar. Todo el mundo se hacía lenguas diciendo que les seguían el rastro a toda hora. Si hasta ella misma se extrañó de encontrarlos en el Morro. ¿Habrían ido solamente a mercar algo? ¿O habrían ido a robar las vacas últimas del pueblo? Sólo Dios, que todo lo sabe, lo sabría.

Por desgracia, sus esperanzas eran infundadas. Los asaltantes ya habían acoderado su canoa. Saltaron, y con una ansia incontrolable, observaron el jaleo. No tuvieron que preocuparse mucho por el ruido. El bullicio de la fiesta a todo dar opacaba cualquier otro. Y en tal ruido sólo destacaba el golpeteo de la extremidad postiza de Banchón.

Titilo, después de evaluarlo todo con el único ojo disponible, rezongó:

—Me creo que venimos sólo a perder el tiempo. Este baile es de puro arroz quebrado. Más nos valdría, como ya te lo dije, aprovechar el tiempo, para largarnos lo más lejos. Ya por todas partes me huele a muerto.

Sebo lo animó:

—Fundillos, comida y aguardiente no nos faltarán.

—Hombre, es cierto. Y, además, quién sabe si tengamos un poco de sangre tibia de cristiano, que es lo que más me gusta.

—Ojalá que eso no, Titilo.

—Te desconozco, Sebo.

—Allí están mi tío, Márgara y, sobre todo, Domitila, con quienes me crié. ¿Lo has olvidado?

—¡Ay, Sebo! Y entonces, ¿para qué vinimos?

Su Jefe quedó pensativo unos segundos. Explicó:

—¿Quieres que te diga una cosa? Yo mismo no lo

sé. Fíjate que hasta las ganas que le tengo a Domitila parece que se me van pasando. Quizá todo es tan sólo por el Zambo. Nada más que por el Zambo. A éste si lo quiero sembrar bajo tierra. Y, a lo mejor, parado, para que le quede asomando la bemba a ras del suelo.

El Tuerto cogió la carabina y se la tendió.

—¿Para qué esperas, entonces? ¡Échatelo! y enseguida nos largamos.

Mecánicamente tomó el arma. Apuntó. En el centro de la mira estaban el Zambo y Domitila, apretados el uno contra el otro. Parecían muy felices. Se decidió. Tenía razón el Tuerto. Ahora o nunca. Restrilló el arma, colocando el cartucho dentro del cañón. Puso el dedo en el gatillo. Apuntó cuidadosamente. Iba a disparar. Imposible. Parecía que el Zambo y ella fueran uno solo. ¿Cómo impactar al uno sin herir a la otra? ¿Y si fuera a ésta a quien mataba? Y debido al baile no se mantenían quietos ni un segundo. Fugazmente, uno de ellos estaba en el centro del blanco. Fugazmente. Porque enseguida era sustituido por el otro. Se desinfló. Bajó el arma. Con cierta amargura la devolvió a Titilo.

—No puedo, Tuerto. Por más que trato de hacerlo tengo miedo. ¿Y si le doy a quien no quiero?

El otro se alzó de hombros.

—Entonces, vamos allá. Sebo. Pensándolo bien, creo que a ninguno nos caería mal lo que hay.

—Tienes razón. Vamos.

—¿Llevamos la carabina y la escopeta?

—No. Sólo los machetes.

—Pero, Sebo...

—Planeo algo mejor, Titilo. Uno de los muchachos agarrará la carabina y otro, la escopeta. Se quedarán por aquí, escondidos. Cada uno por su lado. Si la cosa se pone fea por cualquier motivo inesperado, ellos empezarán a palomear a los que se metan con nosotros. Cuando todos esos desgraciados se amansen o se mue-

ran, seremos los dueños de la fiesta. Y llamaremos a los que se queden aquí vigilando, para que nos acompañen a gozarla.

Titilo lo miró con su pupila saltona.

—Ése es Seborón Mite.

—No perdamos tiempo. Andando.

—¿Y qué hacemos con los perros?

—No oigo ningún ladrido. Como ha venido tanta gente, sin duda los guardaron. O ya se acostumbraron y se cansaron de ladrar.

Sin agregar palabra, avanzaron lentamente, como si se estuvieran deslizando entre las yerbas y los matorrales. Los armados de la carabina y la escopeta se parapetaron tras sendos troncos. Dedo en el gatillo, esperaron, mientras los otros, sigilosos, se acercaban a la casa. En ésta seguía encendido el baile. De vez en cuando circulaban las chichas que bebían principalmente las mujeres, y las botellas de aguardiente que los hombres trasegaban a pico. Don Guayamabe, en una esquina, observaba a los demás, mientras chupaba ávidamente su cigarro. Ya se sabía que él no bailaba nunca. Ni siquiera miraba a las mujeres, como si éstas no existieran. Cuando alguna de ellas se atrevía a proponerle dar algunas vueltas, él reía fieramente, agradeciendo, pero sin aceptar jamás. Ni siquiera permitía que rondaran por su casa bajo ningún pretexto. Vivía solo. Siempre estaba solo. Él mismo se *cocinaba,* se planchaba, se cosía. Él mismo. Si no fuera porque se contaban sus hazañas amorosas, unas legendarias y otras ciertas, se podría pensar que tuviera algunas aficiones no muy santas. Pero algunas de esas hazañas eran memorables, como aquella vez que se metió con una de esas pobres putas peseteras de los muelles, la cual, después de las primeras refriegas con el Viejo, medio derrengada, empezó a gritar, a voz en cuello: «¡Ya no, ya no, viejo desgraciado! ¡Te devuelvo tu plata, pero sácame esa verga de burro! ¡Ayayayay! ¡Me estás rom-

piendo el culo, Viejo desgraciado! ¡Ya no! ¡Ya no!» Fuera verdad o no, cuanto se contaba de él, lo cierto es que en los bailes se dedicaba sólo a su cigarro y a cuidar que todo fuese en orden. Sólo en muy raras ocasiones aceptaba una botella y se echaba un trago largo. Por lo común, se dedicaba con fruición únicamente a su tabaco. De pronto, algo inquieto, dejó de fumar. Levantó la nariz. Venteó intranquilo. Dudó unos segundos. Volvió a ventear. Apagó su cigarro. Abandonó la fiesta, cuidadosa y lentamente, para no ser advertido. Felizmente, todos parecían entregados a lo suyo, con alma, vida y corazón. Apenas estaba fuera de la casa, tornó a ventear en todas direcciones. Al fin, encontró el rumbo que le pareció más adecuado. Sin duda, descubrió el objeto de su olfato. Avanzó, siempre con cuidado sumo, para que nadie lo advirtiera. Se encaminó a la orilla. Sus ojos, buscando, horadaron las sombras. A poco, divisó lo que buscaba. Eran unos bultos que se aproximaban. Los contó: uno, dos, tres, cuatro. ¿Quiénes serían? ¿Quiénes podrían ser? Desde luego no eran invitados. Avanzaron arrastrándose, ocultándose, como evitando que los descubrieran. Trató de identificarlos. ¡Ya! Eran nada menos que Seborón y sus Mala-Almas. ¿Serían los únicos? Volvió a ventear. Seguía oliendo, más atrás, otros dos. ¿Dónde estarían? Con súbita sospecha caminó paralelamente a la orilla del estero. Después, descendió hasta cerca de éste. Desde allí, miró hacia arriba. No estaba equivocado. Tras un tronco vio a uno de los hombres apuntando, con una carabina, al grupo que bailaba. Miró hacia la derecha. Allí estaba otro, con una escopeta, en idénticas circunstancias y actitud. Una sonrisa amenazadora le plegó los labios. La cortó enseguida. Al mirarlos, inexplicablemente recordó un episodio de su ya remota juventud. Tal vez el episodio más importante y decisivo de su vida. Se había casado poco tiempo atrás, con una mujer a la que amaba con locura y de la cual creía ser amado de igual

modo. Un amanecer salió de cacería para madrugar a los venados. Casi al llegar al comedero de ellos, mató a una pieza grande. Y regresó feliz, para volver a entrepiernarse con su cuero. Al acercarse a su casa, empezó a ventear una presencia extraña. Se aproximó más aún y tuvo la certeza. Le estaba oliendo a hombre. Arrojó al venado muerto y, con sigilo, igual que una culebra, se arrastró. Subió a las escaleras y miró. Su mujer con otro hombre estaban atornillando sus meaderos sobre el suelo. Desnudos, jadeantes, como locos, no advirtieron su presencia. Él también, como loco, agarró el machete que sostenía entre los dientes. Y saltó hasta cerca de ellos. Al salto, los otros se volvieron. Quedaron aterrorizados, estáticos y mudos. Él también quedó mudo y estático, con el machete alzado sobre el grupo. Despegando sus sexos, el hombre reaccionó. Quiso huir —¿o iba a agredirlo?—. Ella, a su vez, se levantó. Guayamabe arrojó lejos de sí el machete. Avanzó un paso más. Extendió la mano. ¿La iba a ahorcar? El otro, sin vestirse, huyó. El burlado extendió la mano, señalándola con el índice. Ella quiso retroceder. No pudo. El índice se acercó. Se acercó. Se acercó. Al final le tocó el pecho. Sin hacer un movimiento, sin proferir un grito, la mujer se desplomó sobre el piso. ¿Estaría desmayada? ¡No! Estaba muerta. Días después, en una canoa, con un cortejo fúnebre de gallinazos que andaba al garete, de arriba para abajo, al vaivén de la corriente, se pudrían los cuerpos de una mujer y un hombre. Él tenía el tajo de un proyectil entre sus ojos claros.

Por los cuatro costados asomaron sus rostros siniestros los cuatreros. Sus ojos semejaban bocas de armas de fuego, y de sus mandíbulas colgaban sonrisas sarcásticas y asesinas. Nadie los había advertido. Tal vez por la total entrega al frenético baile o quizá porque los

tragos ingeridos ya los tenían medio fuera del ambiente. Seborón, después de abarcarlo todo con una rápida ojeada, gritó:

—¡Paren el baile!

Algunos lo miraron, y también miraron a los otros tres. Lo hicieron en forma automática, como si vieran algo que imaginaban. Y mucho menos pudieron identificar ni quiénes eran ni lo que ocurría. Acaso hasta pensaron que eran nuevos invitados. O gente recién llegada a aquellos rumbos y que se sentían en la necesidad de concurrir. Despreocupados, los fiesteros continuaron en el baile, apretando más aún a sus parejas. Seborón, en vista de ello, gritó, con mayor fuerza:

—¡Paren el baile, carajo!

Sólo entonces se dieron cuenta exacta de lo que pasaba. Las mujeres, en su mayoría, chillaron. Se soltaron desordenadamente de sus compañeros, éstos medio sonámbulos, buscaron sus machetes y los empuñaron, dispuestos a pelear, Seborón volvió a ordenar:

—¡Que nadie se mueva!

Aguayo alzó los ojos. En ese instante superó todos los miedos. Como que se irguió lo más que pudo. Miró a la cara al Cuatrero. Un súbito color cenizo y un leve temblor de sus labios denotaron su cólera creciente. Pero no dijo nada. Seborón lo increpó:

—¿Qué me ves, desgraciado?

Domitila rogó:

—No le hagas caso, Zambo.

Éste, sin prestar atención a la Santa, expresó, sereno, impasible:

—Mejor no se meta, Don.

Titilo dio un salto hacia Aguayo, con el machete en alto. Su Jefe lo detuvo:

—¡Déjalo, Tuerto! Este difunto es mío. De nadie más. ¡Recuérdalo!

6

Guayamabe, en tanto, poniendo una losa en su recuerdo, se iba aproximando al hombre de la carabina. Pensó, súbitamente: «A mí no me gustaría matar a un hombre por la espalda. Hasta hoy no lo hice nunca. Me arrepentiría después toda mi vida y hasta tendría un poco de vergüenza de mí mismo. Y si le hablo para que me dé la cara y se defienda?» Se increpó: «don Cojudo, ¿para que tenga tiempo de avisar a los otros? Despáchatelo, antes de que te descubra». Avanzó sigiloso. Cuando lo tuvo a su alcance, y con la intención de adelantársele, no pudo contenerse. Le tocó el hombro. El otro se volvió. Entonces, sin dejarlo reponer de su sorpresa, enarboló el machete y le dio con el lomo en la cabeza. El otro, sin decir ni pío, se desplomó. Para evitar el ruido, lo detuvo antes de que cayera al suelo. Dijo sencillamente:

—Uno.

Bajo su casa, don Mite, con los ojos inyectados de rabia, se dirigió al sobrino:

—Hasta que me muera me avergonzaré de haberte criado. ¡Lárgate de aquí, Maldecido!

El otro delineó más su risa sardónica:

—Después de felicitar a la Santa, tío.

El Viejo lo miró con odio.

—Te voy a dar tu estátequieto.

Dio un paso al frente, con el puño alzado. Un acceso

de tos lo hizo doblarse. Seborón peló aún más los dientes.

—¿Para qué le busca, tío? Sin que nadie lo toque, puede estirar la pata. Usted ya no puede ni con su alma.

Volvió a hablar el Zambo. Esta vez le bailó la bemba, más notoriamente.

—¿Por qué no nos deja tranquilos, Don?

El otro, como si no lo hubiera oído, dio un paso hacia Domitila.

—¿Bailamos, prima?

¿Aceptaría o pelearía, ella también a su manera, con arañazos o mordiscos? ¿No lo hizo aquella vez en que él la tumbó dispuesto a «cubrirla», como un burro garañón? Claro que cualquier cosa que lo contrariase resultaría de nefandas consecuencias para todos. Se decidió. Tragó grueso. No quiso ver a nadie, sin duda para evitar miradas de reproche o de protesta. En ese momento lo que ansiaba era apaciguar al mandamás de los Mala-Almas y ver si se iba lo más pronto.

—Está bien, Sebo. Pero sólo una pieza.

Dio un paso hacia el primo desalmado que, a su vez, hizo lo propio con ella. Se produjo un brevísimo momento de estatismo, como si una hipnosis colectiva los invadiera a todos y a cada uno. Sólo fue un brevísimo momento. En seguida algunos estiraron la cabeza, ansiosos, para no perder ningún detalle de cuanto iba a ocurrir en ese instante. Y lo que empezaba a suceder era increíble. Seborón había tomado a Domitila por la diestra y la atraía hacia sí. El Zambo estaba más cenizo. A su vez, avanzó hasta la pareja.

—¡Suéltala!

Domitila quiso aparentar que tomaba las cosas con naturalidad.

—¡Déjanos, Zambo! Al fin y al cabo, bailo una pieza con mi primo, y eso es todo.

El Primo asintió con sangrienta burla.

—Claro, Negro. Mi prima y yo bailamos una pieza. Y eso es todo.

La voz de Aguayo daba miedo. Se había vuelto sorda, cavernosa, llena de presagios funerales.

—Por última vez, ¡suéltala!

Nadie sospechaba lo que ocurría allá abajo, a pocas varas de la orilla. El Mayordomo ya tenía a su alcance al que portaba la escopeta. Sería cuestión de un segundo y a éste le pasaría lo que al otro. Se preparaba, también, para indicarle de algún modo su presencia. Con todo, sucedió algo inesperado. El hombre, repentinamente, miró atrás. Se heló del susto.

—¡Don Guayamabe!

Sin pensarlo dos veces, enarboló la escopeta, tomándola por el cañón y le tiró un culatazo en la cabeza al Mayordomo. Éste, como ardilla, esquivó el golpe, parándolo con la carabina. El otro, por su impulso, vaciló. Fue un segundo. Se enderezó de nuevo para secundar el golpe. No tuvo tiempo. Don Guayamabe, rápido como el rayo, le dio con el arma en la espalda. El golpeado cayó igual que plomo. A éste no intentó sostenerlo. ¿Para qué? Ya no había nadie que pudiese oírlo. En susurro, murmuró sencillamente:

—Dos.

Seborón ya tenía tomado por el talle a Domitila. Pugnaba por apretarla contra él. Ella se resistía. Él, sin dejar su aire burlón, le bramó al Zambo:

—Ven a soltarla tú.

Y volviéndose a los músicos:

—¿Qué esperan ustedes? ¡A ponerle yuca al caldo!

Como la orquesta continuaba silenciosa y remolona, con pareja y todo se acercó. Aunque en su rostro se manifestaba una mentada de madre, expresó con hipócrita acento almibarado:

—¿O quieren que les dé una ayudadita?

El Cojo, sin mirarlo, hizo un esfuerzo. Empezó a sonar lentamente, en contra de su voluntad y de su gusto musical, la pata de palo. Don Parrales, a su vez, rasgó la guitarra. Cerró los ojos y elevó la voz. Esto hizo que los vencieran sus impulsos artísticos. El ritmo, en un instante, inundó el ambiente. Los dos primos empezaron a bailar, ella, tratando de no apegársele, tiesa como un palo y él contoneándose, dominador. No dieron muchos pasos. El Zambo saltó y empuñó a Seborón por el cuello de la cotona. Con fuerza sobrehumana, lo arrancó de Domitila.

—Te dije que la soltaras.

La muchacha, sospechando que se irían a las mayores, alcanzó a decir, apenas:

—Pero, Zambo . . .

Seborón le gritó amenazador, mientras la soltaba y la apartaba:

—Sácate de en medio, prima.

Y al Zambo:

—¡Ay, Negrito lindo! Encomiéndate a Dios, porque va a ser tu última encomienda.

Al decirlo, ya tenía en la diestra el machete. Sin más ni más, se tiró a fondo contra Aguayo. Éste, asimismo, ya manejaba el suyo. El tajo mortífero que planeaba el Mala-Alma apenas rozó el brazo del Zambo, tiñéndolo de rojo. Domitila gritó:

—¡Párenlos! Se van a matar. ¿Por qué no los paran?

Nadie pareció escucharla. Estaban fascinados por la pelea. Antes bien, cada vez iban formando un círculo mayor para que los combatientes estuvieran a gusto. En verdad lo estaban. Seborón, porque era lo suyo, a lo que estaba habituado de ordinario y porque, por fin, tenía con quien saciar su sed de odio, rabia y celos. En Aguayo se encarnaban Rurales, víctimas y muertos. El Zambo, por su parte, porque así podía desfogar con alguien los sentimientos contradictorios de ese instante. Además, el fierro era para él un compañero,

día y noche. Lo usaba en la montaña, sin descanso, y lo usaba también en todos los menesteres de la casa. Cuando lo soltaba, se sentía desnudo. Domitila, en cambio, estaba inconsolable. Ante su impotencia para separarlos, con los ojos llorosos, se hizo a un lado. Furioso, echando espuma por la boca, el agresor lanzó una nueva arremetida. Esta vez su machete se topó con el machete del contrario. El ímpetu y el encuentro de las armas casi musicales, los aproximaron. Se quedaron viendo mutuamente, con miradas asesinas. Seborón volvió a la carga, utilizando una serie de ataques sin intermitencia. El Negro ni se inmutó ni se movió. Paró la lluvia de esos cortes inminentes, como si estuviera repicando ramazones. Además, la bemba le había dejado de temblar y le marcaba una sonrisa. ¿Había olvidado al Jode-Todo? ¿Intuía que, al final, le haría lamer el polvo a Seborón? Éste, furioso, estaba a punto de perder el control y ya daba machetazos inseguros, de izquierda a derecha. En tanto, Aguayo, mientras se le acentuaba la sonrisa, seguía tranquilamente defendiéndose. De pronto, hizo un rápido ademán. Giró el arma, en zig-zag. Al otro le faltaban brazos para defenderse. Sonó algo así como una extraña bofetada. El Roba-Vaca se ladeó. A todos les corrió un escalofrío de cabeza a pies. El Zambo acababa de darle un planazo en plena cara. Esto enfureció más aún al Cuatrero. La mejilla se le empezó a hinchar, adquiriendo un color violáceo oscuro. Ciego, sin precisión, su machete pareció un aspa de molino mal sujeta, dando vueltas. En cambio, Aguayo, más y más sereno, ya sin abandonar su sonrisa ni un momento, seguía parando los golpes, con maestría. En medio de ellos aún tuvo tiempo para sugerir:

—¡Mejor váyase, Don!

El Cuatrero, enloquecido por la furia, replicó:

—¡Hijo de puta: quien se va a ir eres tú . . . para el infierno!

—¡Allá usted, Don!

De pronto, se hizo a un lado. Dio dos pasos al frente. Y ante el momentáneo desconcierto y falta de defensa del sobrino de don Mite, le dio con el lomo del machete en el centro del trasero, haciéndolo caer de bruces en el suelo. Mientras trataba de levantarse, el Tuerto, fierro en mano, dio un salto atrás del Zambo, dispuesto a liquidarlo por la espalda. Una voz potente, que dominó a la noche, lo detuvo.

—Guarda el fierro, Tuerto. Es cosa de ellos. No te metas.

Titilo se volvió. La concurrencia, también. Sólo el Zambo permaneció mirando al contendor. El rostro del segundo de Seborón se llenó de desconcierto y rabia. Mascullό, al unísono de todos:

—¡Don Guayamabe!

Efectivamente, era el Hombre-del-Cigarro. Como escapado de otro mundo, inmóvil, estatuario, contemplaba la escena sereno, impasible. El Tuerto, haciendo un esfuerzo para superar una especie de terror supersticioso, se dirigió otra vez al Zambo, decidido a poner fin a lo que iba. Al propio tiempo, sin atreverse a mirarlo, respondió al Mayordomo:

—Me meto donde quiero. . ., ¡viejo cabrón!

Tampoco esto pareció alterar a don Guayamabe. Suavemente, tranquilamente, masculló:

—Recuerda que te lo advertí.

Rastrilló la carabina, apuntándolo. El otro, al ruido, regresó la vista. Se estremeció. ¿Habría terminado con los que iban a protegerlos tras los troncos? Bajó el machete, sin saber que hacer. Sin embargo, lanzó una bravata:

—¡Qué gracia! Así, con eso, cualquiera se hace el bravo.

En un santiamén, el Viejo se echó la carabina al hombro y empuñó el machete con la izquierda, era ambidiestro, agregando:

—Hasta hoy te mentaban Tuerto. Desde ahora, te mentarán Desorejado.

Cambiando el machete de una mano a otra, como si manejara cien armas a la vez, se le fue encima. El otro, buen peleador como era, en el fondo estaba deslumbrado. ¡Quién sabe si hasta le dolía participar en esa macheteada! ¡Le gustaría tanto ser sólo un espectador, y no por miedo, claro, sino por gozar de la destreza de los contendores, sobre todo de ese Viejo que parecía estar jugando con varias víboras filosas en el aire! ¡Juraría que era la mejor pelea a la que había asistido! Desgraciadamente, no la estaba mirando. O la estaba mirando, pero siendo parte de ella. Por lo mismo, tenía que vender su pellejo al mejor precio, aunque fuera sólo en trueque de un pedazo de la piel del Mayordomo.

Por su parte, Seborón seguía tratando de ponerse en pie. El Zambo no queriendo aprovecharse del caído, lo esperaba tranquilo, sin dar muestras de impaciencia. Pero el Primo de la Prima, por más que lo intentaba, no podía. ¿Estaría derrengado?

Y don Guayamabe parecía divertirse. Peleaba como si estuviera jugando. En cuanto a Titilo, ni siquiera alcanzaba a defenderse. Lo asediaba una muralla movediza de puntas y filos de machete. ¿No sería que ese Don tenía el don de tejer las armas blancas en el aire? Lo cierto es que él iba retrocediendo, retrocediendo con los ojos prendidos de las manos de mago del Hombre-del-Cigarro, que no cesaba de fumar, y fumar, y fumar. ¿Aparecía y desaparecía detrás de cada órbita de humo? En una de esas, el Mayordomo pareció cansarse de jugar. Multiplicó los torbellinos y floreos y, cuando menos lo esperaban todos, estiró la diestra, dio un tajo rutilante y una oreja del Tuerto salió volando por los aires.

—¡Maldita sea!

—Te lo advertí, Desorejado. Y, ahora, ¡lárguense

de aquí! ¡Llévense a su nalgueado y también a sus difuntos!

Seborón, a pesar de sus condiciones, tuvo ánimo para preguntar:

—¿Difuntos?

—O casi difuntos. Están esperando cerca de la orilla, tras los troncos de donde iban a palomearnos. Y apúrense. A lo mejor me canso de dejarles el alma dentro del pellejo, y se las quito a todos de una vez. O cuidado pasa el Diablo y se me adelanta. Debe estar que se lame por llevárselos a ustedes al Infierno.

Titilo, desconcertado y sin echar nuevas bravatas, se estaba dedicando a buscar su oreja voladora. Cuando la encontró, trató desesperadamente de volverla a su lugar. Guayamabe, otra vez medio sonrió:

—No seas pendejo, Desorejado. Oreja que yo corto, ya no se vuelve a pegar.

El Tuerto-Desorejado no le hizo caso. Continuó en su intento angustioso. En vista de lo vano de su propósito, llamó por señas a sus compañeros. Entre los tres levantaron al famoso sobrino de don Mite. Medio arrastrado, porque casi no podía mover las piernas, lo sacaron de la casa. Mientras se alejaba, miró a todos, desafiante.

—¡Me las pagarán!

7

QUEDARON en silencio, como en el velorio de un difunto entrado en años. No se miraban. Cada cual parecía hundido en sus propios pensamientos. La emoción de los hechos anteriores aún los dominaba. Todos, sin excepción, admiraban el coraje del Zambo, pero era sin duda Domitila quien sentíase más orgullosa de su macho, o del que muy pronto lo sería. Claro que también admiraban al Hombre-del-Cigarro. Pero ya estaban acostumbrados a sus hechos. Los de Aguayo, en cambio, para muchos, especialmente para las muchachas, resultaban novedosos. Haberse enfrentado al cuatrero y asesino más famoso del contorno no era ninguna baba de venado. Pero golpearlo con el lomo del machete en el trasero, ¡eso excedía todo límite! Y era algo bueno y malo, al mismo tiempo. Bueno, porque había parado a raya al Maldecido que les quería malear la fiesta. Malo, porque éste trataría de vengarse. Y ya no lo haría de frente y cara a cara. Por lo contrario, los atacaría por la espalda a todos y uno a uno, de lejos y escondido. Aunque, viéndolo bien, ¿no actuaría igual de todos modos? Don Parrales fue quien, conocedor como era de la forma de «picarlos», puso las cosas en su punto.

—Bueno, Cojo. Como aquí se han muerto todos, ¡vámonos con la música a otra parte!

Banchón lo secundó:

—Para luego es tarde, ¡vámonos!

Domitila, dándose cuenta de que ella era quien diría la última palabra en ese instante, se sobrepuso y aclaró:

—Los muertos eran otros, y ya se fueron, ¿no?
—Eso creía.
—Y sigue siendo mi santo. ¿O ya se me acabó?
—¿Tú qué dices, Banchón?

Éste no respondió, mejor dicho, no respondió con palabras. Sin el menor esfuerzo, hizo sonar su parte de la orquesta. Al principio, fueron golpes lentos, como a contramarcha. Después, se animaron y crecieron. El rasgueo de la guitarra empezó a acompañarlos y la voz de sierra sin filo, se elevó de nuevo. Parecía más arrítmica y más desentonada, aunque al propio tiempo resultaba más entusiasta y con más ímpetu.

Domitila se aproximó a Aguayo.

—¿Te lastimó?
—No. Nadita.
—¿No quieres que te cure?
—Ya me eché un poco de mata-burro. Es sólo un rasguño, mira. Ya se me secó.
—Entonces, ¿bailamos?
—Bailamos.

Tomándola por el talle, la apretó contra su cuerpo. Por un momento, volvió a olvidarlo todo. Fue como si ella se convirtiese en una hamaca viva donde él pudiera mecerse eternamente. Cada pedazo de sí mismo encontraba respuesta en los músculos muelles, vibrantes, acogedores. ¡Qué bueno sería descansar sobre ella para siempre, pensando en un mañana que nunca amaneciera! Se convenció, una vez más. La necesitaba. La necesitaba en todo instante y para todo.

—¿Contenta?
—Feliz.
—¿Y entonces?
—¿Qué?
—¿Cuándo es cuando?
—Cuando vos digas.
—¿Quieres que hable con don Mite?
—Todavía no. Déjame hablarle yo primero.

—¿Y si aún está en contra?

—Me creo que ya no. En fin. Ya veremos.

El baile volvía a encenderse. Casi todas las parejas que se desunieron por la llegada de Seborón y sus Mala-Almas volvían a integrarse. El Cojo, a su turno, se hacía morir sacudiéndose con doña Juanita. Poco a poco el ritmo lo ganaba y su pata de palo parecía volverse loco. En esos momentos se olvidaba de todo, hasta de Florita, que seguía en el hombro de su dueña. Pero la iguana no olvidaba nada, y cuando él se aproximaba demasiado, hacía ademán de darle dentelladas o mínimos zarpazos. Don Mite y don Guayamabe eran los únicos que se contentaban con mirar el espectáculo. El primero pasaba la botella, como una bendición, de boca en boca. Felizmente su tos —¿sería por los tragos de mata-burro ya que el mata-burro es bueno para todo?— se había calmado un poco. Los hombres, sin dejar de bailar, bebían a pico de botella y le regresaban el líquido entrañable. El Hombre-del-Cigarro se contentaba con seguir fumando sin cesar. Las espirales de humo lo envolvían como un encaje movedizo de serpientes grises

Varios disparos rasgaron el aire, sin duda no muy lejos. El baile se detuvo en seco. El Mayordomo masculló, impaciente:

—¿Otra vez?

Y el Tejón:

—¿Serán los mismos?

—No lo creo. ¿Con qué lo harían? Aquí dejaron la carabina y la escopeta. Mejor dicho, me quedé con ellas. Si no, ya estuvieran palomeándonos desde la montaña o el estero.

Y don Mite:

—Además, con la «fiesta» que tuvieron esta noche, tienen fiesta para tiempísimo.

—Puede ser.

—Tal vez son los Rurales.

—¿Los habrán encontrado?

Don Parrales, burlón:

—Vamos a preguntárselos.

Y como estaba ansioso por seguir con sus arrebatos artísticos, se volvió al Cojo:

—Bueno, Banchón. ¿Le das o le estás dando?

—Le estoy dando.

Como en ocasiones anteriores, la pequeña orquesta de un instrumento y una pata de palo que actuaba como tal, reinició su ritmo y melodía. El baile, que se encendía y apagaba tan aprisa, alzó otra vez su crepitar en esa noche movida y removida.

Eran los Rurales. Siete en total. Armados hasta los dientes con pistolas, carabinas y puñales, los comandaba don Alcibiades Lodoso, un capitán cejón y bigotón. Se notaba enseguida que se trataba de un fuereño. Sin duda, procedía de las altas cumbres de la Sierra. Sus modales eran desenvueltos y corteses. El sudor constante lo empapaba. Tenía cutis claro y el rostro chapeteado. Al mirarlo, los fiesteros pensaron para sí. ¿Y éste era el sujeto que quería capturar a los cuatreros? Resultaría difícil. Seborón Mite conocía estos lados sin abrir los ojos. En cambio, los Rurales, ¡vaya a saberlo Dios! A lo mejor alguno de ellos se habría criado en esos rumbos y le estaba sirviendo de guía al Capitán. Dudaron. ¿Y si se engañaban? ¿Si era el propio capitán Lodoso quien había pasado aquí parte de su infancia? Ahora había tantos de la Sierra que venían en busca de trabajo o también tras peligros y aventuras. Antes era más difícil. Sólo se podía llegar a lomo de mula, después de varios días de viaje. Ahora, se llegaba por el tren, en los carros de ganado, utilizando sólo dos jornadas. Sí. A lo mejor era el propio Capitán quien había pasado allí sus años jóvenes. Por eso era que estaba tan tranquilo,

tan dueño de su oficio, tan dueño de sí mismo. Al llegar saludó, ceremonioso:

—Buenos noches a todos.

Le respondieron a coro:

—Buenas noches dé Dios, Capitán.

—Disculpen la interrupción.

Guayamabe habló en nombre de todos:

—Usted dirá para qué somos buenos.

—Pues verá. Andamos buscando a Seborón Mite y sus Cuatreros. Acaban de hacer un robo grande de ganado en la isla La Barranca. No se sabe dónde lo llevaron, lo están llevando o lo van a llevar. Además, han matado a cinco de los cuidadores de esa isla. Desde ayer les estamos pisando los talones. ¿No han sabido nada de ellos?

El rostro del Mayordomo no se alteró en lo mínimo:

—No, Capitán.

—Es raro. En San Miguel de Morro me dijeron que andaban por aquí.

—El Hombre-del-Cigarro siguió sin alterarse. Preguntó «inocentemente»:

—¿De verdad?

El Capitán Lodoso, pasándose un pañuelo por el rostro sudoroso, asintió.

—Y hasta nos aseguraron que vendrían a esta fiesta. A lo mejor vienen más tarde.

Las miradas de todos se clavaron en el Mayordomo. Éste continuó impasible:

—A lo mejor.

—¿Ni siquiera los han oído rondar cerca?

—¿Rondar? ¿Cerca? No, Capitán.

Alcibiades Lodoso se pasó la mano por los bigotes, sin cogerlos. Sólo sobándoselos. Tenía la certeza de que el Mayordomo no le decía la verdad. Pero ya estaba acostumbrado a la manera de ser de aquellos hombres. Eran incapaces de delatar a nadie, aunque fuese el enemigo más enemigo que tuvieran. Podría repicarlos co-

mo un tronco de mangle, pero seguirían como éste, sin rajarse. Se contentó con repetir:

—¡Qué raro!

Se dirigió a los suyos, que guardaban un respetuoso silencio. Sonrió con cierta comprensión.

—Bueno muchachos. Los pajaritos volaron otra vez. Media vuelta y vámonos.

Se volvió a la concurrencia.

—Buenas noches. Y gracias por todo. Perdonen la interrupción. Y que sigan divirtiéndose.

Se adelantó Domitila.

—¿No me acepta un trago, Capitán? Es mi santo.

Meditó brevemente. ¿No sería perder el tiempo? ¿No se adelantarían demasiado los cuatreros? Porque allí habían estado. No debía dudarlo ni un instante. Sin embargo, si estuvieron allí, ¿por qué se fueron? ¿Los habían aceptado a las buenas en la fiesta? ¿Dieron su bailada y se largaron? ¿O no los aceptaron y se fueron a las malas? ¿O el Mayordomo les había dicho la verdad y no se habían asomado todavía en el baile? ¿O tuvieron noticias de que él y sus soldados los seguían de cerca? Recorrió con la vista a los presentes. No traslucían, ni las mujeres ni los hombres, nada en sus semblantes. De allí no sacaría ningún dato ni noticia que pudiera servirles para echarles mano a los bandidos. Se decidió. Aceptaría la invitación. Sería un mínimo momento de descanso en esa persecución de tantos días.

—Está bien, Santita. Muchas gracias. Un trago. Uno solo, para brindar con usted y con los suyos. Tenemos mucho que hacer en esta noche.

Mientras la muchacha fue a traerle la botella, Guayamabe preguntó:

—¿Y esos tiros, Don?

—Fueron nuestros. Los hicimos a una canoa que no quiso detenerse. Hasta sopechamos que pudiera ser la del Cuatrero. Pero la de éste vuela sobre el agua,

porque siempre lleva cuatro bogas y un canaletero. Por su velocidad ya se nos ha escapado varias veces. En cambio la de ahora sólo tenía un boga y un canaletero. Con todo, por lo que pudiera ser, le disparamos. Se arrimaron a la orilla, mientras nos acercamos.

—¿Y entonces?

—Se trataba de otros. El canaletero nos dijo que ellos eran pescadores, que trabajaban con José María Lindón, que acababan de clavar las redes en uno de los esteros de Las-Cinco-Bocas, que estaban yéndose a dormir para volver de madrugada, a fines de vaciante, a recoger la pesca. Después de oírlo, yo pensé que, además, en su canoa Seborón casi nunca deja canaletear a nadie. Sólo en contadas ocasiones lo sustituye el Tuerto. Y no se trataba ni del uno ni del otro.

—Claro.

—Cuando les pregunté si habían visto a los Cuatreros, me dijeron que no estaban seguros. Que a lo mejor sí. O a lo mejor no. Que hacía poco rato había cruzado una canoa a gran velocidad, con cuatro remeros y dirigiéndose a esta isla. ¿Serían ellos? Puede que fueran ellos. Pero, puede que no. No estaban muy seguros. Más bien, no estaban seguros de nada. La canoa andaba rapidísimo y la noche estaba oscurisísima. Además, como se habían hundido en el agua hasta el pescuezo, y a veces más aún, colocando las redes, les resultaba difícil apreciar perfectamente cuanto ocurría en la superficie.

—¿Qué cosas, no?

Domitila, que había estado esperando el fin del diálogo, le tendió la botella. Antes de beber, el Capitán la alzó, brindando:

—Por la Santa. ¡Que viva la Santa!

Todos corearon:

—¡Que viva!

Sus compañeros, a seguir, también bebieron. Lodoso volvió a despedirse.

—Gracias otra vez. Y hasta pronto. Buenas noches.

—Buenas.

Avanzó unos pasos para marcharse. Se detuvo. Se volvió.

—Me olvidaba decirles que tengan cuidado, mucho cuidado.

—¿Con los Mala-Almas?

—Sí. Pero también con el Tigre.

Intervino el Zambo, angustiado. Parecía que el Capitán de los Rurales sólo se hubiera dirigido a él.

—¿Con. . .el. . . Tigre?

—Sí. Con el Tigre. Es un tigre cebado que está merodeando por las islas. Parece que ha venido desde *arriba*. En el Fuerte-de-Punta-de-Piedra, a orillas del río Guayas, estuvo persiguiendo a un soldado durante una semana. Era un triste cagón que se moría de miedo. Cuentan que el pobre lo miraba hasta en la sopa. Al fin, un día en que fue a hacer del estómago, sin ninguna compañía, el Manchado lo atrapó y se lo comió. Le limpió tan bien los huesos que no hubo ni gallinazada.

—Estaría con mucha hambre.

—O tal vez probó antes carne de cristiano. Dicen que cuando la prueba, se le hace agua la boca por comernos. Sobre todo si la carne es de quien le tiene miedo. Dizque el miedo le da un gusto especial a nuestra carne. ¿La pondrá más blanda?¿Seguirá temblando como las tortugas descuartizadas? Lo cierto es que ya no quiere comer otras carnes. Pero, esto no es lo peor.

—¿Hay más, todavía?

—Sí. Lo peor es que. . .

—Lárguelo todo de una vez, Capitán.

—. . .todas sus huellas vienen hacia acá, directamente a esta isla.

El Zambo pareció a punto de caerse. Era como si fuese un nuevo Zambo, como si hubiesen substituido dentro de él, uno por otro. Con desconcierto y desesperación, se tuvo lástima. Se imaginó que llevara faldas,

igual que las muchachas, en lugar de pantalones. Y, peor aún, le pareció que éstos se le humedecían por atrás y por delante. ¿Se estaría haciendo la mayor y la menor en plena fiesta, bajo las miradas llenas de asco y de desprecio de los otros?

—Ya se lo decía yo, don Guayamabe.

El Capitán sonrió levemente.

—Se dijera que no quiero irme nunca de esta fiesta. No acabo de despedirme. ¡Es tan distinto lo que me espera tras de los cuatreros, que ya ven: no acabo de despedirme! Espero que ésta sea la despedida de verdad. Buenas noches a todos. Y que se diviertan como manda Dios.

—Buenas noches, Capitán. Y muchas gracias.

El Zambo había quedado inquieto y lleno de zozobra. Sin temor a equivocarse, la visita del Tigre era para él. Como dijo el Capitán de los Rurales, las huellas venían directamente hacia la isla. Y naturalmente, fue él quien primero vio a el Manchado. Capaz de que si no hubiera andado con el Mayordomo, allí mismo la fiera lo hubiese matado y se lo habría comido. Ya ni sus huesos se estarían meneando en ese baile. O quién sabe si para que le durara la carne apetecida, el Manchado se contentaba con arrancarle un brazo o una pierna y guardaba lo demás para otro día. ¡Maldito Tigre malnacido! ¿Sería el mismo tigre que empezó tragándose a ña Nicasia y a los tres verga-bravas en la balsa? ¿O sería el Tísico, marido de ella, que se convirtió en tigre para vengarse de la puta que puteaba por tres partes a la vez? De esto no estaba muy seguro, es decir, de que era el viejo Tísico balsero. De lo otro, sí. Era el mismo tigre que le permitió escapar cuando era chico y que lo había dejado crecer hasta que tuviera las carnes suficientes. Quizá por eso no lo había molestado, por lo menos directamente, en tanto tiempo. Acaso lo

perseguía de lejos, sin perderlo de vista. Tal vez, hasta imaginariamente lo ponía en una balanza para saber las libras de peso que aumentaba. Nunca más lo había encontrado. Apenas si escuchaba las noticias de sus fechorías que lo sacudían, ésas sí, bastante próximas: que se había metido en una casa cerca de donde él vivía y no había salido hasta acabar con toda la familia; que ahora ya no tenía escrúpulos y también devoraba a los muchachos que eran más o menos de su edad cuando él estaba en la balsa; que en ocasiones asaltaba a los cuarteles para banquetearse uno por uno, a todo un regimiento; que sólo comía animales cuando estaba muy hambreado. En tal caso, los probaba y como no le gustaban casi nada, los dejaba medio enteros. En cambio, crecía su afición por los cristianos. A éstos les devoraba a veces hasta los propios huesos. Finalmente resultaba tan astuto que cuando empezaban a buscarlo ya se hallaba lejos, muy lejos, haciendo de las suyas...

Principiaba a traquetear de nuevo la pata de palo, a sonar la guitarra y a arañar el silencio la voz de rana asmática. De pronto, el bramido. El bramido largo y escalofriante del Jode-Todo. La concurrencia a esos compases, reiniciaba el meneo pegajoso. ¿No lo escuchaban? ¿No querían escucharlo? ¿O es que sonaba sólo en su cabeza? Si era así no era el Tigre sino el Diablo. ¿Serían cosas del Diablo? ¿Por qué del Diablo? ¿Qué tenía él con el Diablo? ¿O el Diablo se le había metido porque sí, de por gusto, sin motivo ni razón? No. No podía ser el Diablo sino el Tigre. Las botellas circulaban a menudo. Cuando alguna llegaba hasta las manos del Miedoso, éste la empuñaba ansiosamente y bebía con desesperación. El bramido. El bramido más fuerte todavía. Los ojos turbios, los gestos y actos vacilantes, la voz estropajosa: todo ello evidenciaba que el mata-burro ya estaba haciendo mella dentro de su cráneo. El bramido. Don Guayamabe y don Mite lo observaban intranquilos, igual que Domitila. A ésta se le

encogía el corazón como si estuvieran apretándoselo. Con cierta timidez, se le acercó, insinuándole:

—¿Bailamos, Zambo?

—Para eso estamos, ¿no?

A poco se restregaba contra la muchacha, a punto de romperle el sexo con su sexo, a través de las telas rechinantes. El bramido más cerca y más potente aún. Los ojos, además de turbios, se le iban poniendo rojos y saltones. La boca no cesaba de temblarle. Una risa nerviosa le sacudía intermitentemente las quijadas. El bramido. Su pareja le habló con ternura:

—Cálmate, Zambo.

Casi con acritud, le respondió:

—Cálmate vos.

—Y ya no bebas más.

El acento, de ordinario tan dulce para ella, se tornó áspero y ronco.

—¡Oh, qué carajo! ¡Ya déjate de vainas!

—Está bien, Zambo. Haz lo que quieras.

—Claro que hago lo que quiero.

Reaccionó. Mostró una sonrisa. ¿Se había olvidado del Manchado?

—¡Que viva la Santa!

Todos corearon, como siempre.

—¡Que viva!

Que viva, que viva, carajo, que viva mucho tiempo. El que se va a morir soy yo. Sin palabrearme con el Tigre, sin que hayamos cruzado las miradas, sin que me haya restregado sus bigotes, éste me sigue, como si estuviéramos de acuerdo, como si viniera a cobrarme aquella vieja deuda. Yo creía que sólo le debía al Blanco, dueño de esta isla. Me había olvidado que la deuda más grande que yo tengo es con el Tigre. Por eso me sigue a sol y a sombra. Quiere cobrármela ahora que tengo la suficiente carne para el pago. ¿Me había sopesado alguna de estas noches sin que me diera cuenta? Y ninguno de estos pendejos entiende lo que pasa. Creen

que le tengo miedo al Jode-Todo, porque soy un maricón. Todos son maricones, entonces. Porque todos le tienen miedo a ciertas cosas, aunque no le tengan miedo al tigre. Claro que ninguno tiene deuda con él, como yo tengo. Sólo yo le debo la vida que me ha dejado vivir en estos años. Todos tienen miedo. Todos son maricones. ¿Y don Guayamabe? Ése no. ¿Ése no? ¿A qué le tendrá miedo el Mayordomo? Tal vez sólo a las mujeres. Cuentan que por *arriba* y por el culo de su propia hembra estuvo a punto de desgraciarse. Hasta que un marino de ojos verdes le hizo el favor de llevársela muy lejos. ¿Favor? ¿Llevársela? ¿Don Guayamabe sería capaz de dejarse quitar, así no más, un culo que era suyo? ¿No contaban, también, que a la maldita traicionera y al marido de ojos claros los hallaron cierto día, flotantes y difuntos, con cientos de gallinazos navegándoles encima? Lo cierto es que jamás volvió a saberse de ninguno de los dos. ¿Andaría por allí la mano del celoso Don? ¿El viaje aquel tan lejos no sería el más lejano de los viajes? Por eso es que no deja que ninguna hembra se le acerque. Y eso que muchas lo quieren y lo admiran. Y se darían por bien servidas si él les batiera alguna vez entre las piernas su largo y grueso espeque. Pero él sólo busca las putas peseteras de los muelles, esas que nunca dan la cara. Lo que dan son otras cosas. Como ya le conocen sus desmesuradas proporciones, son muy pocas, aunque él pague doble o triple, las que dejan que él las monte.

Al pasar una botella cerca de sus manos, la arrebató con ansia y se le prendió del pico, bebiendo y bebiendo hasta vaciarla. Arrojó el envase vacío fuera de la casa.

—¡Viva la Santa, carajo!

—¡Viva! ¡Viva!

Domitila, preocupada y medrosa, se atrevió a insinuarle:

—Zambo, mejor es que descanses un momento.

—¿Por qué?
—Ya no puedes ni pararte. Mucho menos bailar.
—Voy a bailar hasta que mi camarón se achicharre golpeándote la jaiba.
—Siéntate un momento.
—Siéntame. O, mejor, acuéstame.
—Bueno, Zambo.
—Y acuéstate conmigo.
—Mejor más tarde.
—No. Ahorita.
—Ya te dije que más tarde.
Se abrió la bragueta y se sacó, desafiante, el batejaiba. Era grande, prieto, de cabeza de hongo. Se lo mostró. Ella miró a otro lado, con angustia. ¿Los estarían observando? ¡Qué vergüenza! ¿Y si hiciera algo para controlarlo? Sí. Algo. Pero ¿qué? Él, cogiéndola por los cabellos le quiso voltear la cara. Ella intentó oponerse. Dejó de tutearlo.
—Guárdese eso, Zambo.
—¿Es que no te gusta?
—¿No ve que lo están viendo?
—¿No te gusta?
—Este. . .sí. . .me gusta. Pero, guárdeselo.
—Lo que es yo. . . ¡no me lo guardo!
—Después me lo enseña a mí solita.
—Entonces, guárdamelo tú.
—Zambo, ¿cómo hace eso?
—Si no me lo guardas, voy a seguir con él afuera, mientras bailo. Y después golpearé con él a todas estas nalgonas en las nalgas.
—Está bien, Zambo. Se lo voy a guardar. Está bien.
Con manos temblorosas, inhábiles, le abrió la bragueta y se lo guardó.
—Bueno, ahora sí, descanse. Y ya no beba más.
Aguayo alzó la voz:
—¿Quién dice que no beba más? ¿Dónde está el que va a impedírmelo? A ver, ¿dónde está?

—Nadie te lo va a impedir. Yo te digo, no más.

—Enséñamelo.

Sacó el machete. Hizo un remolino con él. Todos se apartaron.

—¿Quién me va a impedir que me eche un trago?

Sonó serena, tranquila, dominante la voz del Hombre-del-Cigarro.

—Ya es bueno que te calmes, Zambo.

A través de la nube del alcohol que le cubría los ojos, trató de identificarlo.

—¡Ah! Es usted, don Guayamabe.

—Sí. Soy yo.

—¿No me puedo echar un trago?

—Claro que sí. Pero, tranquilízate. No pongas más nerviosos a los demás, sobre todo a Domitila. Es su santo. Recuérdalo. Y está muy nerviosa, lo mismo que todas las mujeres. Recuérdalo. Aquí han pasado muchas cosas esta noche.

—Sí, aquí. Esta noche. Muchas cosas. Y es el santo de Domitila. ¡Viva la Santa!

—¡Viva!

—Me voy a echar un trago por ella. Uno solo.

Le pasaron la botella. Bebió un trago. Uno solo. Muy largo. De a cuarta. Regresó la botella.

—Sólo porque usted lo dice, Don. Y por lo que hizo por mí, primero en la montaña y luego aquí.

—Sí, Zambo.

—Sólo por eso, Don.

—Sólo por eso, Zambo. Y ahora, como te dice Domitila, descansa un momento. Siéntate allí, mientras te pasa.

—Está bien, Don.

Domitila lo ayudó a sentarse en una esquina. Allí quedó, tranquilo al parecer. A poco, se paraba el baile y se servía el tente en pie. La muchacha se aprovechó de la momentánea calma de Aguayo, para aproximarse al Tejón.

—¿Qué tiene el Zambo? Dime la verdad.

—Nada. Sólo que. . .

—No te lo tragues. Dímelo.

—Es que . . . esta tarde lo estuvo persiguiendo el Manchado.

—¿El Manchado?

—Sí, el propio don Guayamabe salió tras éste, después de ventearlo. Pero el Maldecido se le hizo humo.

—Ahora lo entiendo todo. Por eso es que se ha puesto como se ha puesto.

—Por eso y por los Mala-Almas. Se la doy al más verraco, a ver si no le cruje el esqueleto.

—¡Pobre Zambo!

—¡Sí, pobre Zambo!

Y pobre de ti también, Tejón. ¿No estuviste a punto de perder la pata cuando te picó la X-Rabo-de-Hueso, esa culebra que mata a poco de clavar sus colmillos venenosos? Pobre de ti, que te pudrías en vida, que sentías rondarte los gusanos saliendo de tu herida, cuando te cortaste un pedazo de pierna para evitar que el veneno se propagara. Claro que sólo así conseguiste que la Márgara te viera, te cuidara y aceptara tus caricias. Aunque fuera por lástima, eso sí. Además, con la Márgara todo es tan difícil. El Viejo la vigila a toda hora. Sólo a escondidas te puedes ver con ella. ¿La podrás encontrar alguna vez a pleno sol? ¿Algún día te podrás largar con ella para siempre?

Se escucharon los bramidos. Ya no de un tigre sino de cuatro tigres. A todos les temblaron las manos, que ya empuñaban los platos llenos de comida. Miraron a los cuatro lados. En cada fiera había un par de ojos fosforescentes. Siguieron mirando. Ya no eran ojos sino colmillos. Miraron más. Ya no eran ojos ni colmillos solamente. Eran cuerpos elásticos de tigres. Estáticos, mudos, sin contemplarse entre sí, les faltaban pupilas

para observar a los Manchados. Éstos entraron. Andaban en dos patas en lugar de en cuatro. Se acercaron a los que tenían los platos. Se los arrebataron. Los arrojaron lejos. Hicieron lo propio con las ollas de comida. Después, les quitaron las botellas de aguardiente. Empezaron a beber hasta vaciarlas. Uno de ellos le dio a Banchón una patada en el trasero. El Cojo cayó al suelo. Los demás tigres rieron. El Pateador lo levantó. Lo cargó. Y alzándolo y bajándolo rítmicamente hizo sonar la pata de palo. Otro, se acercó a Parrales. Le quitó la guitarra. La sonó. Y empezó a lanzar bramidos espeluznantes. Los otros dos sacaron a las mujeres y principiaron a bailar con ellas, una después de otra. Cuando le llegó el turno a Domitila, el Zambo quiso levantarse. No pudo. El Jode-Todo que la había empuñado, lo agarró por la nuca y lo arrojó en el suelo. Empezó a bailar sobre su cuerpo. ¿Era ese tigre con el que tenía la deuda? De vez en cuando, el félido lo miraba sarcástico. Él intentaba incorporarse. La fiera lo impedía, golpeándolo en la cabeza con su pata. Cuando se cansaron de bailar, cada tigre se alzó con su pareja. Los fiesteros sintieron que empezaba a ponérseles carne de gallina. ¿Iban a soportar ese espectáculo? ¿Los tigres las irían a montar ante sus ojos? ¿Iban a tener que verlos acariciándolas, palpándolas con sus garras, por todos los rincones de su cuerpo? ¿Iban a tener que aguantar hasta cuando les metieran sus badajos rígidos en las jaibas velludas? ¿Qué iban a hacer? ¿Qué podían hacer? Ellas se defendían. Habían estado defendiéndose desde el principio. ¿Qué podían hacer? Lo único que les quedaba era defenderlas hasta morir. No había alternativa. En tanto, la risa de los colmillos amenazadores les rondaba en el rostro y en el cuello. Los potentes músculos las dominaban apenas tocándolas. Intentaron acercarse. Cada zarpazo los soñaba o los mandaba lejos. Empezaron a desvestirlas con lentitud. No quitándoles las ropas, claro, sino desgarrándoselas. Lo

hacían con cuidado, como quien pela un banano. Por fin, las dejaron desnudas. Pero todos, hasta ellos, se habían equivocado. Para los Manchados no valían como hembras. Valían, simplemente, como carne. Se pasaron la lengua por los bigotes, se saborearon y les fueron acercando sus fauces. Rieron de puro gusto, al intuir el próximo banquete. Los detuvo una voz potente, mandona, de gran serenidad:

—Bueno, Manchados. Ya se dieron el gusto que quisieron. Ahora, ¡lárguense!

Era don Guayamabe, claro. Los tigres hicieron un ademán de protesta y agresión. El que tenía a Domitila, envalentonado, hasta rugió. El Mayordomo no volvió a hablar. Rastrilló dos veces la carabina. Sonaron los disparos. El Tigre se tocó las orejas. Hizo un gesto horroroso, de rabia y despecho. Tenía dos agujeros. El Mayordomo lanzó una de sus carcajadas habituales.

—Para unos aretes, joven.

Los tigres miraron nostálgicos a las mujeres desnudas. ¡Tan buena comilona que se hubieran dado! Metieron el rabo entre las piernas. No osaron mirar al Mayordomo. ¿Sería uno de ellos? ¿Sería el Diablo? ¿O era simplemente un Brujo? Bramaron. Metieron la cola entre las piernas. Se fueron bramando. La estela de sus bramidos fue alejándose, alejándose, hasta desaparecer en las tinieblas.

8

Al advertir que el Zambo abrió los ojos, Domitila ofreció:

—¿Un cafecito?

Estaba tirado en el suelo. Se incorporó. La vio desdibujada, como a través del humo de siete cigarros. De siete cigarros fumados por siete Guayamabes. O de siete cigarros fumados por siete tigres. Se destacaba apenas entre las otras imágenes circundantes, que se movían con lentitud cansados por el baile, la comida y los tragos.

—¡Ah! ¿Eres tú, Domitila?

—Sí. Soy yo.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

—Mejor.

—¿Y los tigres? ¿No regresaron?

—¿Qué tigres?

Miró a su derredor. Hizo un esfuerzo. Sonrió.

—No me hagas caso. Dije por decir, no más.

—Entonces, ¿te traigo el cafecito?

—Sí, mi Santa. Y gracias.

Ella lo había estado observando desde hacía largo rato. El alcohol, por fin, lo había vencido. Roncaba estruendosamente. Sólo unos pocos minutos permaneció sentado. Se movía sin cesar, igual que si golpeara o lo golpearan, pronunciando palabras ininteligibles. En uno de esos movimientos cayó, cuan largo era, debajo del asiento. No quiso pedir ayuda. Ella sola trató de levantarlo. Imposible. No sólo por el peso de su cuerpo

sino, también, por su agresividad. Medio lo tocó y Aguayo empezó a dar puñetazos a diestra y siniestra, hasta que ella se alejó y optó por esperar a que se recuperase. Felizmente, esto fue lo que ocurrió, después de un rato.

—Bueno. Voy a preparártelo.

Se alejó, y al pasar ante don Mite le dijo:

—Quiero palabrearle, Viejo.

Su padre estaba tomándose un trago. Le sonrió.

—Soy todo oídos, Santa.

—No. Aquí no.

—¿Por qué?

—Quiero palabreárselo a usted solo. Allá arriba, ahorita que no hay nadie.

—Voy enseguida.

—Lo espero entonces.

—Sí, Santa.

Mientras hervía el agua para poner la fuerte esencia, todavía dudaba si decirle o no a don Mite lo que pensaba decirle. ¿Cómo lo tomaría su Viejo? Era tan bueno y lo haría sufrir tanto. Sin embargo, no podía engañarlo. Por duro que fuese para él, jamás le ocultaría nada, tampoco haría nada sin que él se lo permitiera. ¿Se lo diría? Desde aquella noche en Chupador Grande en que se ahogó la autora de sus días, su ñatita linda, como él la llamaba, y en que por salvarla también tuvieron que sacarlo a él ya medio ahogado, había sido padre y madre para ellas. Y aunque era fuerte y joven todavía, no buscó ninguna mujer fija, «de asiento», para que le prestara, en la cama y la cocina, todos los servicios. Seguramente que, de tarde en tarde y a escondidas utilizaba algunas hembras alquiladas, para descargarse de todas las energías acumuladas en las islas. Tal vez, cuando iban a Guayaquil, ¡o quién sabe a dónde! él se hacía sus rebuscas. Pero en su casa ya no hubo más nalgonas que sus hijas. Las cuidaba a sol y sombra, como si temiera que hasta las miradas de

los hombres fueran a preñarlas. Para él constituían el centro del mundo, el motivo y fin de su trabajo, sus preocupaciones y su vida. Por eso, aunque la tos lo fuera acabando gota a gota, no fallaba ni un instante a su trabajo, no quería que les faltase nada a sus muchachas.

Con lentitud subió la escalera. Se detuvo ante su hija, con el rostro lleno de sonrisas.

—Bueno, Santa. Usted me dice para qué soy bueno.

Se le veía sobrio, a pesar de los tragos ingeridos. Quizá éstos no habían sido muchos o, acaso, cada vez la cantidad bebida fue minúscula. Ella volvió a dudar. ¿Y si acaso él lo tomaba a mal? ¿Si lo consideraba una burla o una falta de respeto? ¿Si no se lo perdonaba el resto de su vida? La venció la convicción de que carecía de alternativa. Además, lo conocía bastante bien. Tras su rostro cejijunto y agrio, se escondía un hombre comprensivo y lleno de ternura. Se decidió. Esa noche o nunca.

—Oiga, Viejo.

—Diga, mi hija.

—Quiero que me dé permiso.

La miró, asombrado.

—¿Permiso? ¿Para qué?

Hizo una pausa. Respiró muy hondo. Lo lanzó a boca-jarro.

—Para darle mi fundillo... al Zambo.

Pareció no haber oído.

—¿Que qué?

Trató de dominarse. Aunque por dentro estaba a punto de llorar, de pedirle perdón, de salir corriendo y escapar por la montaña, trató de aparecer serena. Ya era tarde para retroceder o arrepentirse. Repitió:

—Que me dé permiso... para darle mi fundillo... al Zambo.

Él cerró la cara más que de ordinario. Por un momento le cruzó por el rostro una ráfaga de angustia, rabia y desesperación. Ella se dio cuenta de que se ha-

bía equivocado. Había cosas que no se podían decir ni proponer a nadie, ni siquiera al ser que uno más quiere y del que se siente más querido. Sin agregar una palabra, bajó los ojos y esperó. Esperó que él se lanzara contra ella, la cogiera por las greñas, la sacudiera, la acabara a golpes o, por lo menos, le dijera palabras terribles e insultantes, de esas que hieren por dentro y por fuera y que ella nunca habíale escuchado. No fue así. Don Mite no hizo ningún ademán en contra de ella ni pronunció ninguna palabra de ofensa o de reproche. Trató de continuar sereno. Después de unos segundos preguntó:

—¿Ya lo has pensado bien?

—Sí, don Mite.

—¿Y crees que es lo mejor?

—Sí, don Mite.

Se sacó el sombrero y se rascó la cabeza.

—Lo que son las cosas, ¿no?

Ella estaba ablandándose. Toda su entereza parecía diluirse, a punto de llorar.

—Yo nunca se lo hubiera dicho, Viejo. Pero, ya ve como está todo. Cualquier día al Zambo le pasa algo. Le tiene tanto miedo al Tigre. Dicen que ha venido hasta aquí para seguirlo. Y él está seguro de que el Tigre va a comérselo. ¿Y qué pasa si el Tigre se lo come? ¡Ni él ni yo nos habremos dado gusto en nada!

La envolvió en una mirada llena de ternura.

—Tal vez tienes razón, mi hijita.

Sólo por eso, Viejo. Por Dios Santo. Si no, no se lo hubiera dicho nunca.

La voz del Tosigoso se hizo más ronca y trémula:

—Entonces, ¿qué quieres que te diga?

—Sólo que me dé permiso.

Don Mite miró para otro lado. ¿Estaba «mirando» a la finadita, su mujer? ¿Le estaría consultando, por vez última, si cuanto iba a hacer estaba bien? ¿O simplemente quería ocultarle los ojos a su hija, para que

ésta no advirtiese lo que sentía en esos momentos? Porque de todos modos, no las traía todas consigo. ¿Era un pendejo? ¿No era un pendejo? ¿Un padre debería soportar, sin hacer nada, que su hija le pidiera permiso para darle el culo a algún sujeto? ¿No debería ofenderse? ¿No debería pelear, en cualquier forma? ¿No debería poner alguna condición? Decididamente, era un pendejo, un viejo pendejo, un viejo pendejo, enfermo y tosigoso. Sin embargo, habló lentamente, pensando sus palabras:

—El permiso déselo usted misma. Las mujeres son para eso: para darles, a las buenas o a las malas, sus alcancías a los hombres. Todo es cuestión de cómo y cuándo. Yo habría querido que fuese de otro modo. Pero usted tiene razón. Las circunstancias no le permiten otra cosa. Si a usted ya le llegó la hora, ¿cómo podría oponerme?

—Gracias, Viejo.

Además, ¿Para qué voy a oponerme? ¿Para que un día, de cualquier manera, usted se largue con Aguayo, con vergüenza y dolor míos? ¿Para que se vaya maldiciéndome?

—Eso nunca, Viejo.

—¿...o maldiciéndome los dos, y jamás la vuelva a ver? ¡Ay, no, mi santa! Si ya es su hora, déle lo que quiera al Zambo, y dígame qué puedo hacer para ayudarla. Disponga de lo que tengo, de lo que soy, de lo que puedo hacer aún: todo será como usted diga y cuando quiera.

Le tendió los brazos al cuello, ya sin contener las lágrimas.

—Mi Viejo. ¡Mi viejito lindo!

A él la tos le encubrió la emoción. Cuando terminó el acceso, por las estrías de su rostro curtido parecieron brillar unas gotas de quien-sabe-qué. Rezongó.

—Maldita tos que me hace hasta sudar. Fíjese. Aun los ojos me están sudando.

Bajaron. Él, a sentarse y pedir otro trago de aguardiente. El mata-burro le cayó como jugo de caña recién cortada. Ella, por su parte, fue a llevarle el cafecito al Zambo. Cuando se lo ofrecía, él notó que las manos le temblaban.

—¿Y eso?

Ella miró a otro lado.

—No es nada.

Él pareció adivinar.

—¿Se lo dijiste?

—Sí.

—¿Yhhh?

—Sólo hay un viejo como don Mite, ¿no?

—Es cierto.

Cuando bebió el café, se levantó, entregándole la taza.

—¿Dónde vas?

—Espérame.

Se encaminó donde estaba el Tosigoso. Éste le esquivó los ojos.

—¿Don Mite?

—Dime.

—Debí habiarle antes.

—Ya lo sé.

—Pero Domitila quiso pedirle permiso primero.

—Ya se lo dí. ¿Es todo?

—No, don Mite. También yo quiero pedirle permiso.

Se desconcertó. No supo si insultarlo y golpearlo o no. Era demasiado. ¿Se estaban burlando de él? Mecánicamente masculló.

—¿Tú? ¿También?

—Sí. Yo. Yo también.

—¡Esa sí que es buena!

El Zambo comprendió.

—No me equivoque, Don. Permiso para casarnos y que usted señale el día.

Los ojos del anciano se dulcificaron.

—¡Ah! Se trata de eso. Pues decídanlo ustedes. A mí nomás me invitan.

La iguana, en tanto, arañó suavemente una oreja de la Juanita. Esta le preguntó:

—¿Qué quieres, hijita?

Florita volvió a arañarle la oreja, esta vez con las dos manos. La Sebosita llamó la atención a su marido.

—Don Parrales: la Chica ya quiere irse.

El Cantor, a su vez, le habló a la otra parte de la orquesta.

—¿Nos vamos o nos fuimos?

—Me creo que nos fuimos.

El Guitarrista se echó al hombro su instrumento, y su acompañante recogió la pata de palo, dispuestos a marcharse. Antes de que se despidieran, los interceptó Domitila.

—Les agradecemos por todo. Fue una música muy buena, y la tocaron como manda Dios. Ahora, antes de irse, ¿no van a brindar conmigo?

Respondió don Parrales:

—Eso ni se pregunta.

Ella le sonrió e hizo lo propio con Banchón.

—Chicha como siempre, ¿no?

—Sí, Santa.

Cuando todos estuvieron armados con su bebida, el músico principal, como era de rigor, se puso solemne.

—Por la Santa. ¡Qué sea muy feliz y que nos dure muchos años!

Corearon:

—¡Que así sea!

—¡Viva la Santa!

—¡Viva!

Los invitados se fueron y Márgara y don Mite subieron a la casa. Abajo, casi en sombras, ya que habían acor-

tado las mechas de las lámparas, sólo quedaron el Zambo y Domitila. Él miró a su derredor, como queriendo convencerse de que estaba allí, con su hembra amada, en ese ambiente de luces fantasmales que apenas rescataban algo de árboles en el torbellino de tinieblas. Llegaba una brisa abanicante desde abajo, del estero. De allí venían, asimismo, la algarabía de las bivalvas, de las corrientes chapoteantes y de los peces roncadores. Él la tenía encima de las piernas, abrazada.

—El mes que viene nos casamos, ¿quieres?

—Como vos mandes.

—Le pediré al Patrón que me adelante algo de plata.

—¿Y si no te da?

—Tiene que darme. Ya casi no le debo nada de lo que me adelantó cuando yo gastaba como loco.

—¿Y si no quiere darte? ¿O si no puede? Don Mite dice que en los últimos viajes que han hecho a Guayaquil han tenido que vender la madera casi regalada; que los revendedores se aprovecharon y le pagaron lo que les dio la gana; que el Blanco está furioso y hasta piensa botar algunos peones.

Aguayo expresó con cierto orgullo:

—No creo que pueda botarme a mí. No es por alabarme, pero tú sabes que soy muy bueno con el hacha. Le será difícil conseguir otro hachero como yo. No sólo para tumbar los troncos más gruesos y más altos, sino, también, para labrar los durmientes y alfajías.

—Eso sí. Pero suponte que, a pesar de todo, se negara.

Se quitó el sombrero. Se rascó la cabeza y se lo volvió a poner.

—Pues entonces le pediré prestado al Mayordomo.

—¿Él tiene plata?

—Me creo que sí. Es el que más gana y el que menos gasta. Sólo gasta en el tabaco para hacerse sus cigarros. Por si no lo sabes, come casi siempre lo que caza o lo que pesca con sus propias manos. Compra, cuando más,

arroz, plátano y manteca. Y esto sólo muy de tarde en tarde. Él mismo se lava y se cocina. Tal vez no tiene más ropa que la que lleva puesta. Además. . .

—¿Qué?

—Con nosotros es muy bueno. Capaz de dar la vida en cualquier momento por salvarnos.

—¿Y si no quiere prestarte?

El Zambo sonrió:

—Por lo que veo, vos quieres ponérmela difícil.

Ella, a su vez, también sonrió.

—Es que yo podría. . .

—¿Prestarme la plata?

—No prestártela, sino dártela.

—Hombre, ¡qué bueno!

—No te burles.

—No me burlo.

—Desde hace años vengo reuniendo de centavo en centavo. Coso y lavo para todos, cuanto puedo. A veces he ido a trabajar a la casa de los blancos.

—Algo sabía.

—No he gastado en nada, desde entonces, porque el Viejo nos da todo. Él ni siquiera quiere que trabajemos. Así que aquí tengo mi platita.

Se metió la mano por el escote, entre los senos. Pegado al camisón con un seguro, tenía una bolsita de trapo llena de billetes. La desprendió y se la tendió.

—Tómala.

Él se emocionó. Asumió un grave continente.

—No, Domitila. Gracias de todos modos. Pero, no.

—¿Me vas a despreciar?

—No. No es eso. La guardarás donde la tenías. Sé que de allí no te la quitará nadie. Yo trataré de conseguir la plata, sea como sea.

—Está bien. Pero, prométeme una cosa.

Volvió a reír.

—Prometida.

—Si algo falla. Si no puedes reunir la plata, o si

te faltase un poco, me pides la que tengo. Desde que me palabreaste, siempre pensé que un día sería nuestra, de los dos.

—Será como tú quieras, Domitila.

La risa se le hizo más abierta aún.

—Veo que por todos lados me vas a resultar un buen negocio. Ya hasta me estás ofreciendo adelantarme plata. ¿También me puedes adelantar otra cosa?

Lo miró de frente, con los ojos limpios.

—Lo que mandes, Zambo.

—¿Ahorita?

—Cuando vos quieras.

No agregó una palabra. La apretó contra él, con fuerza pero con suavidad, empezó a besarla desesperado, como si aquellos besos pudieran salvarlo y protegerlo. Al propio tiempo, la recorrió con las manos. El cuerpo de ella estaba tibio, tenía un mínimo temblor que él ni siquiera sospechaba. Al propio tiempo, era de una elasticidad y ondulación de hembra intocada, que lo tenía vibrando intensamente. Le acarició los hombros, los senos, la espalda. Se deleitó sobándole el vientre. Después, deslizó sus manos hasta llegar a sus caderas pulposas. Las tocó, las apretó delicadamente. Regresó al vientre. Bajó por éste. El primer encuentro con los vellos ondulados lo hizo estremecer. Empuñó, por fin, como pudo, el sexo tierno que parecía latir, igual que otro corazón, entre sus piernas. Ella lo dejaba hacer. Al principio, ni siquiera respondía a sus besos, como si no tuviera propia voluntad. Poco a poco, sintió que la invadían oleadas de un fuego delicioso. En los momentos en que él le dejaba libre los labios, murmuraba con voz casi apagada:

—¡Ay, mi hijito lindo! ¡Ay!

Poco a poco, él la fue tendiendo sobre la tabla. Le levantó la falda. Ella se arqueó un poco, para ayudarlo. Después, él desató el doble lazo de su calzón, que tenía un cordón que daba vuelta, asimismo, a su cintura.

Ella seguía ayudándolo, con movimientos un tanto sincronizados de su cuerpo. Pensó, por un momento, hacerlo todo. Pero, ¡le daba tanto gusto apreciar la impericia de su hombre! Él, sin dejar de besarla, le entreabrió las piernas. Ella, en súbito atrevimiento, estiró la mano. Empuñó el miembro erecto. Con una mezcla de temor, angustia y gozo, preguntó:

—Bueno, ¿y todo esto...?

—¿Qué?

—¿Me va a caber allí?

—Todo.

Empezó a tratar de introducirlo. Ella quedó quieta, esperando. Él, para facilitar su tarea e impedir que se lastimara con sus propios vellos, le entreabrió los labios de la vulva. Estaban húmedos y más ardientes que el resto de su cuerpo. Hizo un pequeño esfuerzo. Algo le introdujo. Ella se mordió la boca.

—¿Te duele?

—No.

Hizo otro esfuerzo. Entraron unos pocos milímetros más. Los dos perdieron la noción de las cosas. Fue como si se sumergieran en una revesa de sueños. De pronto, él, levantó la cabeza, con susto, mirando hacia afuera, buscando en todos lados. ¿Había oído lo que había oído? ¿Veía lo que estaba viendo? En un árbol cercano refulgían dos ojos. Se le podían mirar las fauces asesinas. El miembro se le recogió instantáneamente, como una vejiga al quitársele el aire. Con una mezcla de vergüenza, dolor, miedo, impotencia y desconcierto, expresó, desolado:

—¡El Tigre!

9

Al día siguiente, don Guayamabe y el Tejón habían madrugado y estaban sentados en un tronco. Todo seguía en sombras, todavía. El Mayordomo había hecho un pequeño fuego con las astillas de los árboles caídos y allí asaba unos plátanos verdes y hervía un poco de agua para el cafecito. Después de un rato de silencio, el Tejón comentó:

—¡Qué nochecita! ¿No?

—¡Uhmjú!

—¿Y usted cree que vuelva Seborón?

—Si no lo matan, puede.

—¿Si no lo matan los Rurales?

—Los Rurales o cualesquiera de los que lo buscan.

—¿Tendrá huevos para venir hasta aquí?

—¡Quién sabe! Además, no es cuestión sólo de huevos. Él sabe que en la isla también hay otros que los tienen. ¡Y bien rayados para que él lo sepa!

—O tal vez no la vuelva a pisar nunca. Se contentará con merodearla desde lejos, hasta que pueda palomearse al Zambo. Porque la cosa es con el Zambo.

—Eso sí que sí.

—Pobre Zambo. Ahora tiene dos que quieren acabar con él: Seborón y el Tigre.

Don Guayamabe pareció no haberlo escuchado. Expresó, algo abstraído:

—Sigo pensando que hay dos Tigres: el Tigre que viene de Punta-de-Piedra y el Tigre que el Zambo tiene metido en la cabeza. Éste fue el de ayer.

—Pero, usted lo venteó, ¿no?

—A lo mejor a quien estuve venteando fue al propio Zambo. ¡Quién sabe si éste, de tanto llevarlo dentro, ya empieza a oler a Tigre!

—Lo que son las cosas, ¿no? Nunca pensé que un cristiano pudiera oler a tigre.

Hubo una pausa. Sobre el lomo del horizonte parecía montarse el sol. Se dijera que iba a incendiar el estero, los árboles y las balandras. Todo empezaba a definirse en la montaña.

Volvió a hablar el Tejón:

—¿Y no será el Diablo?

—Puede. El Diablo se transforma, nomás, en lo que quiere. Además, el Tigre está hecho a la medida del Diablo.

—¿Y usted cree que el Zambo venga hoy a trabajar?

—¿Por qué no?

—Ayer parecía tan jodido, tan sin ánimo.

—No puede dejarnos solos. Es el tumbador más bueno que tenemos.

—Es cierto.

—Hasta yo que era tan bueno, ya no le doy ni a la rodilla.

—No diga eso, Don.

Lo miró con fijeza.

—Es la verdad.

—Si usted lo dice.

Como ya estaba listo el cafecito, lo bebieron en la misma olla de barro, acompañándolo con los plátanos asados. Terminaron el desayuno improvisado. Guayamabe miró a su derredor. Todo estaba más claro, más preciso. Chupó ávidamente su cigarro.

—Ya son más de las seis. Don Mite y Aguayo no deben tardar, y tampoco tardarán los otros peones.

Pareció asaltarlo un pensamiento. Se levantó. Dio varios pasos, observando el suelo. Seguramente encontró lo que buscaba.

—Mira, Tejón. Lo que yo te decía.

—¿Qué?

—Aquí están mis huellas. Pero del Tigre, ¡ninguna!

El Tejón también examinó el suelo. Era cierto. No había más huellas que las del Mayordomo. De pronto, se detuvo, preocupado.

—¿Y estas otras que parecen de mitad-hombre y mitad-tigre?

—¡Quién sabe! A lo mejor el Tigre ya le está pisando las huellas al Zambo. O está tan metido en él que ya hasta pisan juntos.

—Este. . . para mí, son cosas del Diablo.

—¿Vuelves a las pendejadas?

—Yo digo, nomás . . .

—Haces mal en mentarlo tanto. Capaz que en una de éstas, el Coludo se te presenta. Cree que lo estás llamando. O que quieres proponerle algún negocio. Y, por si las moscas, te enrosca su rabo en el pescuezo y te empieza a jalar para el Infierno.

El Tejón cambió de tema.

—Entonces, ¿usted cree que anoche no hubo ningún tigre?

—Tal vez hubo uno. El que Aguayo lleva adentro.

—¿Y el Manchado que mentó el Rural?

—Ése es otro. El de verdad.

—¿Ya estará aquí?

—¡Ajá! ¡Quién sabe si su sombra ha despertado la sombra del que está dentro del Zambo!

A poco llegaron Aguayo, don Mite y cuatro peones. Después de los saludos, el Mayordomo se acercó, solícito, al Anciano.

—¿Cómo sigue, Don?

Trató de sonreír.

—Mejorcito. Tal vez por el mata-burro. Ese aguar-

diente o mata o resucita. Como yo estoy medio muerto, o quién sabe si ya completamente muerto, me está resucitando.

—Me alegro, Don.

Y a Aguayo:

—Y a vos, ¿cómo te siguió yendo?

—Así, así, don Guayamabe.

Seguía algo ausente. Tratando de mirar a través de los seres y las cosas, buscando quien sabe qué o quien sabe a quién.

—¿Y a ustedes, muchachos?

—A nosotros bien, don Guayamabe. Sólo que la fiesta se nos hizo cortísima.

—Por eso no se preocupen. Aquí vamos a seguirla. Vamos a tumbar estos árboles. A repicar sus ramazones. A cortar leña de tuco, para hacer carbón. A labrar los troncos delgados para los durmientes y los gruesos para las alfajías.

Uno de ellos le siguió la broma.

—Pero nos va a faltar el trago, las mujeres y la música.

—Por lo menos tendrán música: la de las hachas cortando los troncos y la de los mosquitos puyones que no deben tardar.

—¡Ah, qué Don!

En eso se escuchó un batir de alas potentes. Miraron en la dirección de donde provenían y se dieron cuenta de que era una bandada de aves de rapiña. Todos, a una, exclamaron, preocupados:

—Gallinazada.

Como no estaban muy lejos de donde se dirigían las carroñívoras, corrieron hacia allá. Las horribles aves revoloteaban sin cesar sobre un cadáver. Bajaban hasta él. Lo rodeaban, y se posaban encima, dando pequeños saltos y grandes picotazos. De vez en cuando, alguna se peleaba con otra, o con varias, disputándose un trozo de carne o de víscera, o una porción del tubo digestivo,

o de cualquier otra parte. La carroña debía tener ya algunas horas porque despedía un olor insoportable. Los hombres, con todo, se acercaron. ¿Sería alguno de los muertitos del Cuatrero? ¿Éste los había abandonado un poco lejos de la orilla? ¿Los gallinazos lo habían tomado entre sus garras y lo habían traído, volando, hasta ese sitio? Se aproximaron más aún. Sus dudas se aclararon totalmente: no podía ser uno de los difuntos del Mala-Alma porque aun cuando estuviera muerto, todavía no tenía tiempo para descomponerse. Además, no era el cadáver de un cristiano sino el cadáver de un venado. Por último, no lo habían llevado hasta allí los gallinazos. Lo había llevado el Tigre. Las huellas de éste prácticamente trillaban el contorno. También aparecían las huellas del venado, primero separadas de las otras, luego juntas. Al lado de ellas, se podían reconocer las del victimario y de la víctima, como para identificar los diversos hechos: la persecución, la breve lucha y el triunfo del primero.

Aguayo tartamudeó:

—Ya se los decía yo. ¿Lo ve, don Guayamabe?

—Sí. Lo veo.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Por lo pronto, debemos construir una trampa. Que el Manchado está aquí, ya lo sabemos. Veremos si lo agarramos, aunque lo creo difícil.

—¿Por qué, Don?

—Porque está muy cebado. Ha de ser de esos que mata, come y no regresa nunca por la carne que le sobra.

El Zambo sudaba frío. Le empezó a temblar la boca, en forma incontenible.

—¿Que... le... sobra?

—Claro. Le ha de gustar sólo la comida fresca, palpitante, acabada de desgarrar.

—¡Qué desgraciado!

—Y ha de conocer las mañas de los cristianos, y ha

de tener sus propias mañas. Figúrate. Venir hasta acá, *abajo,* a las tierras saladas o rodeadas por agua de ese mismo sabor. ¡Se necesita ser muy tigre para tigrear de tal modo!

Aguayo musitó, en tono fatalista:

—¿Quizá estará persiguiendo a alguien?

—Puede. Además. . .

—¿Qué, don Guayamabe?

—Como ya probó nuestra carne, se le ha de hacer agua la boca por comernos, como dijo el Capitán de los Rurales. Los animales sólo han de ser para él una puritita entretención.

Los otros peones habían escuchado el diálogo en silencio. Guayamabe se dirigió a ellos:

—Bueno, muchachos. Vamos a hacer una trampa. Comenzaremos por la más fácil. Abriremos una zanja donde pueda caer el Tigre fácilmente. La cubriremos con ramas delgadas y bejucos entretejidos. Encima le pondremos un poco de tierra y momentos semejantes a los del suelo. Y allí dejaremos un chivito amarrado. Así, cuando el Manchado le salte encima se caerá, con animal y todo, al fondo de la zanja.

Asintieron, entusiastas:

—Vamos, Don.

—Vamos.

—Vamos.

Después de unos pasos, el Mayordomo se volvió.

—¡Ah! Y es mejor que no anden solos y menos desarmados. Aun para cagar que siquiera vayan dos. Ya oyeron lo que le pasó al soldado del Fuerte-de-Punta-de-Piedra. Este Condenado se las trae.

Don Parrales bogaba muy de tarde en tarde. Hundía la pala de su canalete en las aguas tranquilas. Lo atraía hacia sí, en un movimiento lento, casi sin esfuerzo. Después, lo volvía de filo, arrimándolo a la popa.

Así lo mantenía, haciendo de timón, hasta que se animaba a dar un nuevo impulso. En la proa, soñolienta, doña Juana asaba una penca de ostiones que había recogido de las ñangas al pasar, y también asaba unos bolones de plátano. Además, preparaba el infallable café negro. Florita viajaba, como casi siempre, en el hombro de su dueña. ¡Qué curioso! Desde que la conoció, siempre tenía la iguana al hombro. La conoció en circunstancias muy dolorosas para él. Claro que desde que llegó a las islas, oyó hablar de la Viuda-sin-Calzones. Algunos dudaban si era una leyenda o no. Pero la que dudaba era una minoría y sobre todo las mujeres y los viejos. Los jóvenes, en cambio, juraban y rejuraban que se trataba de algo evidente. Cuando caían las sombras de la noche, en una canoa solitaria y ancha, en los esteros apartados, surgía la figura fantasmal de la famosa viuda. Como único ropaje traía un largo mantón negro con que se cubría desde la cabeza hasta los pies. En esto la imaginación jugaba un poco. Decían que estaba mitad muerta y mitad viva. Desde el cráneo hasta las costillas sólo era una calavera de purititos huesos. Que de allí para abajo estaba lo gordo. Y bien dado, como para darle gusto al verraco más verraco. Cuando uno o más solteros se la encontraban, hacían tratos con ella, que hablaba en monosílabos y con una voz que olía a sepulcro, como era natural. Discutían el precio, consiguiendo a veces, cuando los clientes eran varios, considerables descuentos. Entonces, sin más ni más, se levantaba el mantón hasta el ombligo, se tiraba al plan de la canoa, se entreabría de piernas y pasivamente ofrecía su mercancía. Si alguno intentaba subir el mantón más arriba del ombligo, la mujer se tornaba una fiera, golpeaba con el canalete, arañaba o mordía y, al final, obligaba al curioso a abandonar la embarcación y los propósitos, y a marcharse lo más pronto. A don Parrales estos cuentos, ciertos o falsos, no le causaban ni frío ni calor.

La verdad es que nunca se encontró, ni siquiera la buscó, a tan mentada viuda. Solucionaba los problemas de ablandarse el come-jaiba en Guayaquil, al igual que tantos otros, con las putas peseteras de los muelles. En eso le ocurrió la desgracia en que estuvo a punto de llevárselo Candanga: una desgracia inesperada, que le cambió la vida. Como era aserrador, además de cuadrar las alfajías, era quien ayudaba al aserrío de las mismas. Para ellos necesitaban unas «plumas» o sean unos palos potentes donde subían dichas alfajías. La enorme sierra la empuñaban dos, uno arriba y otro abajo, para hacer los cuartones y tablas. Él era el de abajo. Un día se aflojó y cayó una de las «plumas». Para mal y para bien. Para mal, porque le cayó en la cintura. Para bien, porque se detuvo en un tronco, aminorando el golpe. Por eso, medio se salvó, aunque quedó jodido para siempre, sin poder ejercer ya jamás su profesión. En una canoa rápida, ese mismo día, lo llevaron a Guayaquil. No supo que pasó en el hospital donde osciló entre vida y muerte. Al regresar a las islas, fue como un peso inútil, que sólo ansiaba desaparecer. No podía levantarse, ni moverse, ni hacer nada. Guayamabe y los peones le llevaban algo de comer y lo ayudaban como podían. Pero era insuficiente. Para hacerse cualquier cosa, tenía que arrastrarse, lo mismo que un gusano. Estaba sucio, maloliente y amargado. Hasta que al fin se aburrió y llegó a una decisión; apenas pudiera, se arrastraría hasta la orilla. Se subiría en una canoa, con vaciante. Se dejaría arrastrar hasta el Estero-de-las-Cinco-Bocas. Allí se lanzaría al agua. Como abundaban Los-de-Varias-Sierras-en-la-Boca, así llamaban a los tiburones, todo terminaría para él en un abrir y cerrar de boca. En ese entonces, su única compañera era la guitarra. Todavía no estaba tan rajada como ahora y su voz tampoco era tan peor como en los últimos tiempos. Casi alegre por tener ya una decisión, se la pasaba cantando sobre todo por las no-

ches. La mayoría eran pasillos como aquél: «No vayas a llorar cuando me bajen, en una caja negra al cementerio . . .» O como aquel otro «Ayer en las tristezas de mi vida / no había ni el perfume de una flor . . .» Una madrugada le pareció que estaba soñando despierto. ¿O lo estaba? ¿O tenía fiebre? ¿O deliraba? Porque lo que estaba viendo no lo podía ver y, desde luego, menos creer. En el umbral de la puerta una mujer lo miraba. Era una mujer de poca estatura, algo entrada en carnes, bien proporcionada. Llevaba una iguana al hombro. Vestía de negro y le estaba sonriendo. Él quiso incorporarse, hablarle. Ella le hizo señas de que se callara y estuviera quieto. Le preparó un café y unos plátanos fritos. Le ayudó a tomarlos. Después, rápidamente, medio limpió y arregló su cuarto. Él volvió a querer hablarle para agradecerla. Ella volvió a intimarle silencio. Empezaba ya a amanecer. La mujer hizo un breve signo de adiós y desapareció por donde había venido. Él no tuvo tiempo ni de corresponder a su despedida, ni de darse cuenta exacta de su presencia. El canaleteo alejándose, el cuarto medio arreglado y el sabor de café y plátano fueron las únicas evidencias que dejó de su visita. ¿Quién sería? ¿Sería aquella que andaba de boca en boca para mal?

Don Parrales, igual que si fuera el final de un largo razonar, diferente desde luego del auténtico, expresó:

—¡Carajo! Es la última vez que me agarran para una fiesta de ésas.

—¿Por qué, don Parrales?

—Todos se divierten, menos yo. Lo único que saco es perder la voz y dañar a mi instrumento.

Lanzó una mirada amorosa a la guitarra. A la luz del día, se veía que la pobre estaba en ruinas, rajada, despegada, descolorida y con el diapasón medio torcido. Resultaba absurdo suponer que eso pudiera ser una guitarra y más absurdo todavía que pudiera emitir algún sonido. La Vieja arguyó:

—El aguado de gallina y el arroz con mariscos, lo mismo que el mata-burro te gustaron. ¿O no?

—No digo que no.

—¿Por qué te quejas, entonces? Debías estar agradecido, siquiera por tu estómago.

—¿Y los sustos? ¿Dónde me dejas los sustos? ¿Quién me los va a quitar?

—Más asustado debe estar el Zambo.

—Eso es cosa suya. Él se lo buscó. ¿Por qué le tiene tanto miedo al Tigre? Y, sobre todo, ¿por qué le dio por arrastrarle el ala a la prima del Cuatrero?

—Ése es un Mala-Alma. Me hubiera gustado que lo hiciera comer su propia mierda, lo mismo que al Desorejado.

—Al tuerto, dirás.

—Lo de desorejado ya no se lo quita nadie. Si no hubiera sido por el Zambo nos aguan la fiesta.

—Por el Zambo. . . y por el Mayordomo.

—Eso por sabido se calla, ¿no?

Ahora que la veía en la proa de la embarcación, con Florita al hombro, recordaba un detalle que creía haber olvidado. La segunda madrugada que lo visitó, cuando él estaba tan requetejodido, porque aquella mujer era ella, sin lugar a dudas. Lo único que aún dudaba era si se trataba o no de la Viuda-sin-Calzones. ¿O es que quería dudarlo? ¿O le convenía dudarlo? Pues bien, la segunda madrugada que ella, su Juanita, o la Viuda-sin-Calzones, o quien fuera lo visitó, experimentó en el pecho un extraño cosquilleo. Abrió los ojos. Y se encontró, frente a frente, los ojos pequeñitos y saltones de la iguana. Se desconcertó. Levantó la mano como para golpearla y lanzarla lejos. El pequeño reptil, sin asustarse, se acercó más aún. Extendió la pequeña garra derecha y con ella le acarició la mejilla. Al mismo tiempo, se escuchó una voz llena de ternura: «Florita,

déjalo». La iguana no hizo caso. Antes bien, avanzó hasta el hombro del enfermo y allí medio se acurrucó. La joven mujer reía: «¡Qué raro! Florita no hace amistad con nadie». Como la madrugada anterior, le preparó café con bolón de verde y unas lisas ahumadas. Él le dijo que le agradecía mucho por todo, pero que no debía molestarse. Ella le contestó que no era ninguna molestia y que mejor no hablara tanto. Mientras él comía, trató de arreglarle la habitación y de lavarle algo de ropa. Él intentó protestar. Ella asumió una extraña voz de mando, ordenándole que la dejara hacer; que ella lo hacía por su propia voluntad; que ella era viuda —¿La Viuda-sin-Calzones, pensó él?—; que su marido había muerto por algo semejante al golpe que él, don Parrales, sufrió; que también era aserrador como él; que los hechos ocurrieron del otro lado de la isla de Puná; que como había muerto en el acto, ella no pudo ni atenderlo, ni curarlo, ni hacerle nada de nada; que ayudarlo a él era como pagar un poco la deuda que tenía con el otro. «Hay otra cosa, además» concluyó. «¿Qué cosa?» «Usted le ha caído bien a Florita...» Así pasaron madrugadas y madrugadas. Él había querido hablar, preguntarle algo de la vida de ella, conocerla mejor. Ella lo evadía siempre y no soltaba prenda. Él no tuvo más remedio que rendirse, que aceptar en silencio los cuidados femeninos que cada vez iban siendo mayores. Poco a poco, ya bastante mejorado y con más fuerzas, empezó a mirarla más como a hembra que como a enfermera. Empezó a arrastrarle el ala con palabras y terminó queriendo manosearla. Ella lo esquivaba. Pero, al fin, un día él la alcanzó, la estrechó contra sí. Quiso acariciarla. Ella hizo cuanto pudo y por último se soltó y se escapó. Al llegar a la puerta, a punto de trasponerla, aún tuvo tiempo de volverse e increparlo: «¿Por qué hizo eso, don Parrales? ¿Por qué?» Desde luego, no regresó la siguiente madrugada, ni la otra, ni la otra, ni la otra... Como pasaran meses y años, él pensó que

la había perdido para siempre. Por más que la buscó. Por más que preguntó por ella, nadie le dio razón alguna. A veces pensó que todo había sido un sueño. Sólo por la ropa lavada, y el arreglo del cuarto, y el recuerdo del delicioso café, que aún lo circundaba, tuvo la evidencia de que todo fue verdad. La generosa mujer, buena y atractiva, lo había visitado numerosas madrugadas. No era imaginación ni sueño. Ella era un ser de carne y hueso. Lo que sí resultaba curioso es que desde aquel amanecer nadie había encontrado ni siquiera visto de lejos a la Viuda-sin-Calzones...

Juanita volvió a cortar sus recuerdos:

—Lo bueno es que yendo a los bailes, no pierdes la voz y siquiera tocas la guitarra.

Miró amorosamente a su instrumento.

—Apenas pueda la llevaré a Guayaquil, a que la compongan. ¡Le debo tanto!

—Así es.

—Más de lo que te crees. Cuando me curé del todo, o creí haberme curado, no servía para nada. No podía ni tenerme en pie, mucho menos labrar o aserrar las alfajías. Probé en otros trabajos. No le encontré la punta a nada. Enseguida me dolía la cintura como si me la pateara una mula. Estaba a punto de matarme, para no seguir viviendo de limosna.

—Eso sí lo supe. ¡Hasta que te oyeron cantar y tocar!

—¡Eso! Y desde entonces me llevaron a los bailes de todos estos lados. Me pagaban con lo que podían. A veces con plata. A veces con comida. A veces con ropa. Yo nunca les puse precio. Y al que sólo pudo darme un tente en pie o un trago de mata-burro o una buena palabra o una sonrisa, se lo agradecí de todos modos. Así la fui pasando durante algún tiempo. La cosa me gustaba. Veía tan contentos a los otros y me trataban tan bien como a niña bonita, que ya no sólo fui a los bailes de estas islas sino, también, a las de la costa

firme, a los pueblitos o hasta a las balandras grandes.

—Allí me encontraste.

—Sí. Y para ya no soltarte nunca.

—¿No te importó que todo el mundo te dijese que yo era la Viuda-sin-Calzones?

—Para mí fuiste, eres, y espero que serás, la mejor del mundo. Viuda-con-o-sin-Calzones ¿qué más da? Además, me gustabas, te necesitaba y te quería.

—¿No te importaba que le hubiera dado el trasero a todo el mundo?

—Muchos dicen que la Viuda-sin-Calzones lo hizo por paga. Otros que por despecho. Otros que por venganza.

—¿Y tú qué dices?

—Si fuiste la Viuda-sin-Calzones y diste el fundillo, por las razones que fueran, muy tu culo. Eso era antes. Cuando ese culo no era mío. Ahora me pertenece y estoy seguro que no será de nadie más.

Hubo una pausa. Cada uno pareció entregado a sus propios pensamientos. Florita pareció extrañarse. Lo cierto es que por un extraño impulso dio un salto y se fue a abrazar al cuello de don Parrales. Doña Juanita, al tiempo que le extendía el plato con los ostiones, preguntó:

—Y de verdad, ¿qué pasaría con los muertitos?

—¿Qué muertitos?

—Los de Seborón. Los Cuatreros.

—A lo mejor ni eran muertitos. Sólo eran casi muertitos, como dijo don Guayamabe.

—¿Se los llevarían con ellos los Roba-Vaca?

—Puede.

—¿Y por qué no los encontraron los Rurales?

—Encontraron dos bogas.

—¿Y tú crees que eran «ésos»?

—Eran. Sin duda los Cuatreros, por lo que pudiera ocurrir, dejaron a Seborón, Titilo y los heridos, en al-

gún recoveco, escondidos, para regresar por ellos. O se metieron en el agua con unos carrizos en la boca. Por allí respiraron, no muy lejos, hasta que se fueron los Rurales. Tú sabes muy bien. Los Rurales son pendejos. Creen, nomás en todo.

—O se hacen. Si acaban con los Cuatreros, ¿qué les quedaría por hacer? Ya no tendrían trabajo por aquí, donde les resulta más fácil, ¿no? Por *arriba* tienen todo en contra.

—A lo mejor tienes razón. Puede que los Mala-Almas encargaron a sus golpeados a algunos de estas islas.

—¡Qué va! Nadie le hará un favor a Seborón. Todos lo odian.

—Pero, también, todos lo temen.

Parecía que don Parrales fuera un Brujo. De la orilla donde estaba la casa de Zinc de Críspulo Asunción, el único que ya no era fiestero en esos rumbos, se desprendió una canoa. Tenía dos bogas. Andaba a gran velocidad. ¿Sería la del Cuatrero? Los abordó en segundos. No. No era la del Mala-Alma. Era la del propio don Asunción, que venía piloteándola en persona. Después de los saludos, explicó:

—Seborón me dejó un encargo para usted, don Parrales.

Se puso cucarachero.

—¿Qué encargo, don Asunción?

—Sus dos muchachos. Como usted sabe, anoche los golpeó don Guayamabe y los soñó. Seborón pensó que tal vez lo toparían los Rurales y con ellos a bordo no podía escabullírseles. Por eso vino directamente donde mí. Me los dejó encargados para que se los entregara a usted, que debe conducirlos donde usted ya sabe, lo más pronto. Agregó que llevaba una chiva de usted, como prenda, cuando se junte con estos muchachos, le devolverá la chiva. Si no se junta, a usted le irá qui-

tando y matando todas las chivas, hasta dejarlo sin ninguna.

Don Parrales quiso protestar. En su mente se agruparon un montón de razones para no cumplir el encargo. Empezó.

—Pero, yo. . .

Los compañeros de Seborón, sin esperar más palabras, saltaron a la canoa de don Parrales. Se notaba que los sendos golpes que les propinara el Mayordomo los tenían medio aculados. Por su parte, al mismo tiempo, don Asunción interrumpió al Cantor, expresando gravemente:

—Bueno, Don. Ya cumplí con el encargo. Ojalá usted cumpla con el suyo. Y que Seborón respete su palabra, por usted. . . ¡Y por mí!

—¿Por usted, . . . también?

—Sí, don Parrales. Como quise resistirme y protestar, metió a mi único hijo en un costal y se lo llevó. Sin duda por eso no lo vieron los Rurales, si es que lo encontraron después con los Mala-Almas. Por eso y porque tal vez golpearon al chico hasta soñarlo, para que no pudiera hablar ni gritar.

10

BANCHÓN por su parte iba muy quitado de la pena. Tarareaba una de las canciones que había hecho más roncha en el baile. Se acompañaba golpeando rítmicamente con su pata de palo el plan de la canoa. Asimismo bogaba al compás de dicha canción. Como la canoa era pequeña, casi del tamaño de las llamadas potrancas, por balumosas y saltonas, parecía conservar, también, aquel compás. Todavía oscuro, había tirado su atarraya pescando algunas lisas cabezonas que ahora ahumaba en el fogoncito de la proa. A pesar de los incidentes de la noche, él sí la había pasado bien. Por lo menos había comido, lo cual no siempre le era dable porque en su casa nadie alcanzaba a llenarse la panza, comiera lo que comiera, debido a la agitación de los muchachos que no se calmaba ni un instante. Había tomado algunas chichas, ya que había jurado por la Virgen Santísima, no volver a ingerir aguardiente debido a las consecuencias trágicas que para él y para don Jesús Ventoso tuvo la última borrachera de los dos; y, sobre todo, había descansado de sus hijos que a veces lo desesperaban tanto que estaba a punto de apretarles el pescuezo. ¡Sus hijos! ¿Todavía serían once o ya habría completado la docena? Era tan paridora su mujer que como lo dijo a ña Juanita, ya tenía miedo hasta de acercársele. Y eso que había tomado muchas precauciones de emergencia: Por ejemplo, dormían en cuartos separados. O si se acostaban en la misma cama ponían uno de los muchachos grandes entre los dos. O, por último, él se anudaba varias veces la picha. Todo resultaba inútil.

Cuando acordaba ya el bate-jaiba se le había desanudado, o había saltado por encima del muchacho que le servía de barrera, y estaba ya clavado en el incansable preñadero de doña Aminta. De seguro que, enseguida, quedaba hecho el nuevo encargo. Y la verdad es que cada vez soportaba menos a los muchachos. Su constante movimiento y griterío, sus faltas de respeto, especialmente con la pata de palo que la usaban como si tratara de zanco, de pilón, de canalete, de garrote, etc., le daban la sensación de estar encarcelado en una cueva de pericos. ¡Ah!, si no hubiera sido por su desgracia, por el maldito aguardiente, por el horrible maricón Jesús Ventoso, por el tiburón, por la noche, por su fuga, por las islas, por doña Aminta, y quién sabe por cuántas otras cosas más, ¡quién sabe dónde estaría! Pero así son las cosas, pues: ¡los golpes en el orificio ya no hacen más arrugas! Ahora, lo único que le quedaba eran las escapadas a las fiestas. ¡Ah, si no fuera por las fiestas, ya se habría amarrado un piedra en el pescuezo y se habría tirado al fondo del estero! O habría ido a esa orilla donde el tiburón se le llevó media pierna, a ver si el mismo u otro, se le llevaba lo que quedaba de él.

Doña Aminta había protestado en un principio.

—¿Por qué vas tanto a tantas fiestas?

—A ganar unos reales.

—¡A ganar! Si siempre tocas gratis. . .

—Y también a ayudar a la gente.

—¿A qué?

—A pasar contenta. Recuerda que soy el otro instrumento de la orquesta.

—¿Por qué no me llevas?

—¡Ay, Amintita: porque tú no eres tú!

—¿Que qué?

—Porque tú eres tú. . . más las once criaturas.

—Puros pretextos.

—Once pretextos.

—Un día te voy a dar en la cresta. Me voy a presentar con toda la tropa y la haré chillar, aunque sea pellizcándola.

—Amintita. ¿Cómo dices eso? ¿Serías capaz de. . .?

—Y allí verás lo que es bueno. No sonará otra orquesta que la mía.

—No te pongas así, Amintita. Apenas te desocupes del que viene, te llevaré a todos los bailes que tú quieras.

—Lo malo era que no se «desocupaba» nunca. Apenas echaba un chico afuera, ya tenía otro adentro. Por eso, en los últimos tiempos, ella ya ni protestaba. A veces, hasta él mismo tenía lástima. «Voy a dejar de mirarla, se preña de todo. No puedo ponerle encima ni los ojos.»

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la presencia de don Críspulo Asunción. Se aproximó en su canoa, en la misma forma que lo hiciera antes con don Parrales. Fue directo al grano:

—Seborón me dejó un recado para usted.

—¿Para mí?

—Sí, don Banchón. El Mala-Alma quiere que usted recule y regrese donde Domitila.

—Eso no se va a poder.

Asunción se calentó:

—Vea, no joda, Don. Yo le digo, nomás lo que me dijeron que le diga.

—Es cierto. ¿Y qué más?

—Debe decirla a Domitila que no cante victoria, todavía; que él, a pesar de todo, aún sigue siendo el gallo en estos gallineros; que ahora se va para *arriba,* o a cualquier otro lado donde no lo conozcan, llevándose el ganado que ha robado y a robar lo más que pueda, acabando con los que se le atraviesen; que regresará lleno de plata a buscarla; que lo espere; que si no lo

espera, convertirá al Negro en cedazo a punta de bala; que no sólo al Negro sino también a la Márgara y don Mite; que ella lo conoce y sabe de lo que es capaz.

El Cojo razonó:

—De verdad, don Asunción. Yo quisiera recular, pero no puedo. Entiéndalo. La Aminta me está esperando. ¿Sabe usted? Anoche fui al baile sólo porque se trataba de la hija de don Mite, que todos queremos por aquí. Pero, vamos a tener otro hijo, hoy o mañana, si es que ya no lo hemos tenido. Anoche, cuando salí, ya estaba con dolores.

Don Asunción volvió a perder el control.

—¿Y a mí qué me cuenta, Don? ¿Para qué es usted tan verraco? Si no quiere tantos hijos, ¡córtese los huevos!

Don Banchón frunció el entrecejo. La verdad es que don Asunción se estaba propasando. ¿Le daría su estate-quieto? Se dominó, de nuevo. Hacía tiempo que ya no era el de antes y prefería que se le hubiera puesto piel de lagarto, donde todo resbalara. Y no que le tuviera miedo al miedo. Le tenía miedo a las desgracias, a las suyas y a las ajenas. Expresó calmadamente:

—Y usted córtese un pedacito de lengua, Don. ¿Para qué buscarle filo al filo? Es mejor para usted y para mí.

El otro también trató de calmarse.

—Tiene razón, Don. Y no le pido disculpas porque no sé pedirlas a nadie. Pero haga de cuenta que no dije nada. El cuero me está nadando tanto que ya no sé ni lo que digo. No le volveré a decir nada que le hierva la sangre.

—Mejor es así.

—Como le iba palabreando, el Mala-Alma también me dijo que si no hace usted lo que él le manda, se irá llevando, poco a poco, a sus hijos. Como usted tiene tantos, para comenzar se llevará a tres muchachos. Los más menores, claro. Que si trata de engañarlo, se los

llevará a todos. Y como son una carga que no puede arrastrar mucho tiempo, los irá arrojando a los esteros, uno a uno. Que para probar que le dio el recado a la Fulana, tiene que traerle a él la falda que la muchacha tenía anoche.

—¿Y si ella no me la quiere dar?

—Eso es cosa suya, Don.

—¡Era lo único que me faltaba!

—Dijo que era la única falda floreada en todo el baile.

Banchón empezó a tararear, nervioso, un nuevo ritmo, acompañado por la pata instrumental. En esta ocasión era un ritmo rápido, anárquico, sin ton ni son. Todavía hizo un intento de rebelarse.

—¿Y si no voy, Don?

Asunción iba a calentarse nuevamente. Se contuvo.

—Le repito. Es cosa suya. Yo sólo digo, nomás. Para que usted lo sepa, a mí también se me llevó mi chico, el único que tengo. Usted, felizmente tiene varios. Y si los pierde a todos, aún puede tener más. Doña Aminta le resultó bien paridora. Eso es lo bueno. En cambio para mí y mi mujer, sobre todo para ella, sería como morirnos.

El Cojo ya no resistió.

—Está bien, Don. No se preocupe. Recularé para conseguir el rescate que pide el Mala-Alma.

Desde que Domitila y Márgara vieron acoderar a la canoa del segundo de la orquesta, supusieron que algo malo había pasado. Además estaban tan nerviosas por lo ocurrido la noche anterior que cualquier cosa las hacía vibrar de angustia y desconcierto, especialmente a Domitila, claro. Después de que le pasó lo que le pasó al Zambo, ella trató de animarlo en toda forma. Fue inútil. Él, cuando se convenció de que el Tigre se había ido, se cogió el miembro y empezó a golpeárselo tam-

boreándolo de un lado para otro. Se quejaba más y más de esa pobre verga desinflada: «Si antes, con sólo verte se me paraba y se ponía dura como un martillo. Si cuando te tocaba o bailaba contigo principiaba a gotearme». Ella continuaba tratando de reanimarlo: «Ya te pasará eso. Sólo fue cosa de un momento. La culpa no fue tuya sino del Manchado. Tú volverás a ser como antes. Ya verás». Además que no sería la última vez. Ya probarían de nuevo. Al fin y al cabo ella seguiría lo mismo, esperándolo siempre. Hasta había intentado sonreír. «Y quién sabe si con la espera te pondrás más hombre.» Él ni siquiera había intentado discutir. Ni siquiera había tenido fuerzas ni valor para irse solo. Sólo al amanecer, acompañado por don Mite, había tenido ánimo para ir hacia el trabajo. Por eso, la llegada de Banchón no les presagiaba nada bueno. ¿Habría encontrado al Tigre? ¿Seborón rondaba por allí dispuesto a palomearlos? ¿O era otra desgracia igual o peor? Todos estaban en la isla cagados por el Curiquingue. Nomás, había que resignarse. ¿Qué otra cosa les quedaba? Corrieron hacia la orilla. Después de los saludos, Domitila preguntó:

—¿Alguna desgracia, Don?

—No. Nada de eso. Pero...

—Suba a tomar su cafecito con bolón de chicharrón. Después nos lo dice.

—No tengo tiempo. Gracias.

—Todo está listo.

—Tengo que regresar enseguida.

—Entonces, ¡suéltelo de una vez!

Como notó que vacilaba le preguntó:

—¿Quiere hablarme sólo a mí?

—Yo... este...

—Puede hablar delante de Márgara. Entre las dos no hay secretos.

Se resignó:

—Como usted quiera, Domitila. Pues, verá, Seborón dejó un recado.

Y, en pocas palabras, le contó las exigencias del Roba-Vaca. El rostro de la muchacha se ensombreció.

—Pero vea que el Maldito es bien maldito.

Banchón no se atrevió a verle los ojos. Con angustia, en voz apenas perceptible, indagó:

—¿Qué voy a contestarle?

Ella tenía el rostro duro, decidido.

—Le daré mi falda floreada, para que «ése» vea que usted me dio el recado. Entre tanto, de verdad, ¿por qué no toma un cafecito? No le caerá mal.

—Gracias por todo, Domitila. Muchas gracias.

Subieron. Se sirvió la aromática esencia, mientras ella buscó la falda y se la dio.

—Aquí está. ¡Qué pena! Anoche me la puse por primera vez.

La tomó. Miró anhelante a la muchacha.

—¿No le doy ningún recado?

—Sí. Que estaré rezando día y noche para que los Rurales o las víctimas de él lo encuentren lo más pronto y lo hagan picadillo. Pero que no lo maten de una vez. Que les dure. Que les dure mucho tiempo, a ver si le crían gusanos en el cuerpo.

—Pero, Domitila.

—Si usted quiere darle el recado, se lo da. En caso contrario, no le diga nada.

—Así lo haré. Y que todo salga bien.

Se despidió. Se embarcó. Bogó. Golpeó con su pata de palo el plan de la canoa. Ya no llevaba ningún ritmo ni melodía. Lo hacía como si se hubiera vuelto loco o como si se hubiera convertido en el propio Diablo.

Domitila se volvió a su hermana:

—¿Tenemos ropa que lavar?

—Hartísima. Ayer en la mañana, antes de ir al trabajo, la trajeron los muchachos.

—Vamos a lavarla.

—¿No estás cansada, ñaña?

—Un poco. Pero necesito plata, mucha plata.

—Si es así, ¡andando!

—¿Y costuras? ¿Nadie quiere que por lo menos, le pongamos un remiendo?

—Creo que allí tenemos unos pantalones. Hay que pegarles un parche. Hasta me había olvidado.

Domitila quedó pensativa unos momentos. Parecía sumergida en cálculos numéricos. Expresó:

—También les podemos dar de comer a los peones que llegaron hace poco. Anoche se estaban quejando de tener que hacerse la comida. Siempre les queda mal o se les quema y, por cansancio, no hacen ni siquiera arroz. En cambio, nosotras sólo tendríamos que aumentar unos cucharones a cuanto hagamos. Les cobraríamos poco. Todos quedaríamos contentos y yo ganaría más plata.

—¿Le gustaría al Zambo? Sé que él tiene buen jornal. Después del Mayordomo, es el que más gana en estos lados. ¿Le gustaría?

—Si no, yo lo convenzo.

—¿Y a don Mite?

—A ese lo convenzo con mayor razón.

—¡Ah! Es porque Aguayo y tú van a casarse, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Don Mite me lo dijo.

—Sí, Margara. Vamos a casarnos. Sólo anoche nos palabreamos de a deveras. Por eso, no he tenido tiempo de contártelo todo. ¿Y sólo te dijo eso?

—¿Hay más?

—Es que. . . algo raro le está pasando al Zambo. Anoche parecía un alma en pena. O como si llevara otro dentro de él.

—No es para menos. En la tarde, lo empezó a se-

guir el Tigre, y en la noche vinieron los Mala-Almas con sus cosas.

—Y esta madrugada vio al Manchado nuevamente, aquí trepado en un árbol, muy cerca de la casa. Se puso mal. Yo nunca lo había visto así.

Nunca lo había visto así. Ni en los días en que le dio las primeras palabreadas. Cierto que andaba como pollo con baba, un poco ausente, lo mismo que si siempre tuviera en el gaznate algunas copas. La veía y se reía en forma estúpida, que a ella la hacía morirse del disgusto. Claro que de esto hacía tantos, tantos años. Desde que él llegó a las islas ella lo había advertido varias veces desde lejos. Pero estaba acostumbrada. Así ocurría con todos los nuevos peones que llegaban. Con todo, Aguayo era un poco raro en esos rumbos. Era muy alto, de piel oscura, de complexión atlética, de facciones gruesas y unos ojos negrísimos. Al poco tiempo, ella se acostumbró a su presencia y ya el mirarlo no le causó ni frío ni calor. De pronto, empezó a encontrarlo en todas partes: en los senderos que iban al caserío, en el comienzo de la selva, cuando estaba marisquiando . . . , es decir, donde quiera que ella iba. Claridosa como era, un día no pudo contenerse. Se detuvo y se le enfrentó:

—Oiga, Don. ¿Es usted o mi sombra?

Él, más por nervioso que por otra cosa, medio se sonrió:

—Las dos cosas.

—Pues a mí, ninguna de las dos me cae en gracia.

—A mí, sí.

—¿No le parece que ya es mucho?

—A mí no se me hace. Por el contrario, me parece poco.

Ella se puso más seria aún. Le expresó sin rodeos:

—Es mejor que no me estorbe, ¿no?

Él también se puso serio. Emocionado, la voz se le enronqueció:

—Si pudiera...

—¿Qué?

—Si dependiera de mi voluntad, no sólo no la estorbaría, sino que ya me hubiera largado de esta isla. Pero no puedo. Hay algo más fuerte que yo que me obliga a quedarme, a seguirla a usted, a buscarla todo el santo día. Es como si me hubieran amarrado para siempre a sus pies.

Ella lo miró fijamente, tratando de vencer su emoción.

—Vea, Don. No crea que a mí me va a marear con sus palabras. Yo me río de las palabreadas. Es mejor, para usted y para mí, que ya me deje en paz.

El rostro de él se ensombreció.

—Está bien. Así lo haré. Y perdóneme por haberla molestado.

—No se preocupe.

—Además, que yo sé por qué lo hace...

—Usted lo sabe todo. ¿También es brujo? A ver, ¿por qué lo hago?

—Porque soy negro.

Ella rió de buena gana.

—¿Y a mí qué me importa que sea amarillo, azul o verde? Eso, ¿qué tiene que ver?

—¡Ah! ¿No le importa?

—¿Por qué me va a importar el color de la gente? Y menos me importa su color de usted. ¿A mí qué me va ni qué me viene con eso?

Sí, nunca lo había mirado así. Ni siquiera había pensado que tuviese otro color. Para ella siempre fue lo que era y seguiría siendo siempre: un hombre. Ni más ni menos que un hombre. Márgara la urgió para que volvieran al presente.

—Bueno, ñaña. Si vamos a lavar, apurémonos. Después, calienta mucho el sol y nos cansamos más.

—Tienes razón.
—¿En qué estábamos pensando?
—En el Zambo. Me tiene preocupada.
—No es para menos. ¿Y por qué será que lo está siguiendo el Tigre?
—Vaya a saberlo Dios.

La peonada terminó de hacer la trampa para el Manchado. La cubrieron tan bien con tierra y pasto que parecía cualquier otra parte del terreno. Ya estaba amarrada, con una cuerda corta a la rama de un árbol, una chivita negra, que no cesaba de berrear. Satisfechos de su obra se encaminaron al trabajo, a cierta distancia desde allí. En el camino, el Tejón comentó:

—¡Qué trampa tan buena! Yo caería, nomás, en ella. ¡Palabrita de Dios!

Don Guayamabe rezongó:

—Los cristianos somos muy pendejos, Tejón. Caemos siempre en todo.

—¿Y usted cree que el Manchado le haga asco a la chivita?

—Yo no creo nada. Se necesitaría ser brujo. No soy brujo. Ni siquiera creo en los brujos.

Al poco rato, ya se escuchaba el golpe del hacha contra los troncos. Sobresalía el hachar del Zambo. Era un hachar musical, incansable, de un maestro de la derribación.

Don Mite comentó:

—¡Carajo que el Zambo es bueno con la hacha en la mano!

Y el Tejón:

—El tiempo que tiene hachando no es para menos.

Don Guayamabe también le daba al hacha, sin abandonar su cigarro, que chupaba con deleite. De improviso, suspendió su trabajo. Dejó de ventear. Gritó:

—¡Vamos muchachos! ¡El Tigre!

Sin dejar sus herramientas, corrieron. A poco llegaron al sitio de la trampa. Advirtieron que la chivita ya no estaba. Miraron el centro de la zanja cubierta. Seguía igual que como lo dejaron. Apenas si algunos yerbajos tenía huellas del cuerpo de la víctima. En la rama donde estaba la cuerda, ya no había nada. A pocos pasos, por fin, descubrieron el animalillo. Estaba muerto, desnucado, pero entero. El Manchado no le había dado ni siquiera una mordida. El Mayordomo exclamó:

—¡Carajo que este tigre es un tigre bien tigre!

El Zambo, cenizo de miedo:

—¿Por qué, don Guayamabe?

—¿Cómo por qué? ¿No lo estás viendo? Se subió por el tronco hasta esa rama. De ese modo no cayó en la zanja. Desamarró o cortó con los dientes la cuerda para soltar a la chiva. La jaló hacia afuera de la trampa. Y después la mató. Para demostrarnos que no es comida lo que busca, no probó ni un bocado de la difuntita.

—¿Querrá carne de cristiano?

—¿Qué otra carne, Zambo?

—Lo que son las cosas, ¿no?

—Bueno. Volvamos al trabajo. Ya este Manchado se burló de nosotros. Ojalá que allí le pare.

—¿Y no será bueno ir a buscarlo?

—¿Tú crees que nos está esperando?

—No. Claro que no, don Guayamabe.

El rostro curtido, seco, como trabajado a hachazos cobró una fiereza inexpugnable.

—Si yo hubiera podido darle alcance, hubiera ido tras él.

—¿Quién dice que no, Don?

Volviendo a aspirar fuertemente el aire, agregó:

—Ahora, ya está muy lejos. ¡Y quién sabe por dónde!

11

MIENTRAS lavaban la ropa ajena al pie del pozo de agua dulce, Márgara y Domitila permanecían calladas, hundidas en sus propios pensamientos. La primera no podía dejar de pensar en el Tejón. Cuanto le ocurría a su hermana le hacía recordar lo que pasó cuando a éste le picó la víbora y estuvo a punto de perder la pierna y, quizá, hasta la vida. Sólo por ella, se salvó. Por ella, que antes no se dignaba ni mirarlo, pero que apenas lo vio malo, no lo dejó solo ni un momento. ¿Por qué ellas eran así? ¿Por qué sólo cuando se trataba de dificultades o desgracias aceptaban a «sus hombres»? Antes, ni siquiera había dejado que el Tejón la palabreara. Y, después, cuando todo pasó, se encontraban a escondidas, sin que nadie lo supiera —por lo menos ellos creían así—, ni siquiera don Mite. Éste sólo aceptaría las cosas cuando ellos se largaran o cuando les pasara algo doloroso, semejante a lo del Zambo y Domitila. Ésta, por su parte, continuaba recordando, desde luego, el itinerario de lo ocurrido a lo largo de sus primeras palabreadas con «su» hombre. ¿Lo podría llamar «su» hombre? Si no acabó de serlo, no fue por su culpa sino por la del Tigre. Seguía recordando. Después de ese día en que le dio la primera palabreada, habían pasado algunos meses. Él no cesaba de seguirla, como si en verdad fuera su sombra, aunque no volvieron a cruzar ni una palabra. Se contentaba con mirarla desde lejos. Ni siquiera le sonreía. Permanecía quieto, sereno, impasible, igual que un árbol desprendido de la selva, que se enraizara en ella, a cada rato.

En las pocas fiestas de la isla y sus contornos, se paraba en una esquina, mientras los demás se divertían. Muchos le hacían bromas aludiendo a su carácter, y algunas muchachas hasta se le insinuaban. Él parecía no mirar a nada ni a nadie sino a ella. Comía poco y no bebía nunca, mientras ella se movía como un trompo, aunque sin repetir las piezas con ninguno y mucho menos coquetear con nadie.

Un día ocurrió algo inesperado. Había jolgorio en la casa de Críspulo Asunción, que celebraba el santo de su mujer y que por aquel entonces no era tan celoso como se volvió después. Casi todos los pobladores de las islas vecinas estaban invitados y la mayoría había salido muy temprano hacia la casa de Zinc del Fulano. Entre los retrasados estaban don Mite y sus muchachas. Por más que las apuraba, éstas no acababan de vestirse y arreglarse. Si él las urgía mucho, le argüían: «Lo peor siempre demora más, don Mite», «Hasta por usted necesitamos darnos una buena mano-de-gato para no vernos tan mal», «¿Qué dirían de usted si vamos traposas? Que es un tacaño, que no nos da para nada». Cuando terminaron, se habían emperifollado a todo dar. Tenían desde sombreros nuevos hasta zapatos con tacones altos. Traían unas faldas ampulosas que podrían pararse solas a punto de almidón. Al llegar a la orilla, Domitila se encontró con algo que la sorprendió, naturalmente: en la canoa estaba parada nada menos que «su sombra». Después de los saludos, don Mite explicó:

—Le dije a Aguayo que nos acompañara. Estuvo dándoles una ayudadita a los nuevos peones para que terminaran de repicar los árboles que tumbaron. Y como está solo no tiene con quien ir. Además, ya se fueron casi todas las canoas. Por último, un buen boga nunca está de más.

Domitila lo miró con algo de reproche.

—¿Y nosotras, Viejo? ¿Dónde nos deja a nosotras? Podemos bogar cuanto haga falta.

El padre de quien le quitaba el sueño al Zambo, agregó, medio burlón:

—Además, en las fiestas nunca sobran hombres. Pero si ustedes quieren, le pido al Zambo que se vaya con cualquiera de las últimas canoas que quedan. Y si no alcanza ninguna, pues que no vaya. Al fin y al cabo, él come y bebe poco y casi nunca baila. ¿Verdad Zambo?

—Claro, Don.

La muchacha se apresuró a decir:

—Eso no, Viejo. Lo que usted haga está bien hecho.

Aguayo, que oía todo aparentemente impasible, murmuró:

—Gracias. Muchas gracias.

Él y don Mite se sentaron, aquél en la proa y éste en la popa. Las muchachas, en cambio, permanecieron de pie, en el centro. El Viejo sugirió:

—¿Y por qué no se sientan? Aunque no es muy valumosa, esta canoa es delgada y lo mejor es ir a plan.

Domitila arguyó:

—Lo sabemos, Viejo. Pero si nos sentamos, ¿cómo se nos pondrán las faldas? Nos pasamos toda la tarde planchándolas. ¿Usted sabe lo fácil que es desplancharlas y ensuciarlas?

—Yo no sé de esas cosas. Está bien. Como ustedes quieran.

Cambió una mirada de entendimiento con el Zambo, que medio se sonrió. Desatracaron de inmediato, y los dos empezaron a bogar. Apenas cogió viada, a las muchachas les fue más fácil mantener el equilibrio.

Estaban en pleno aguaje, de vaciante. La corriente tenía una fuerza increíble. Desviaba las raíces adventicias de los mangles. Éstas, al cortar las aguas, formaban un pequeño oleaje, en ángulo agudo, que se iba ampliando hasta las orillas.

Aguayo se volvió al Anciano:

—¿No quiere que yo pilotee, don Mite?

—No, Zambo. Voy bien. Sólo cuando lo crea necesario, te hablaré.

—Como usted mande, Don.

Cuando la canoa iba a girar a la derecha, la agarró la corriente por la proa y la hizo girar más rápidamente de lo que calculó don Mite. Por más que hizo éste para mantener el rumbo, la embarcación no obedeció y trepidó fuertemente. El movimiento fue tan imprevisto que Domitila perdió el equilibrio y, sin poderlo evitar, cayó en el estero. La canoa se balanceó. Don Mite ordenó a Márgara:

—Tú, ¡siéntate!

—Pero, Viejo . . .

—Obedece.

La muchacha se sentó a plan. Ya el Zambo se había tirado al agua. En condiciones normales, Domitila no habría querido ninguna ayuda. Nadaba como un pez. Pero ese anochecer, envuelta en tanta ropa, con zapatos y sombrero, las cosas resultaban diferentes. No podía ni moverse. La corriente la arrastraba, por más que ella braceaba como podía. Se notaba que perdía fuerzas y que sus movimientos eran menos controlados y precisos que al principio. En cambio, el Zambo nadaba desesperadamente hacia ella. Pronto la alcanzaría, claro. Pero, ¿no sería tarde? La muchacha se estaba acercando peligrosamente a los ñangales, y esas raíces adventicias de los mangles eran como trampas numerosas. Quien cayera en ellas, quedaría atrapado, sin posibilidad de salvación. Ella seguía nadando, pero tan sin fuerzas que más bien retrocedía. La corriente continuaba arrastrándola. Por otra parte, el flotar se le iba haciendo más y más difícil. Las telas empapadas le pesaban y le impedían los movimientos que crecían en lentitud. Había empezado a ingerir agua por nariz y boca. Al comienzo, se opuso cuanto pudo. Después, lo hizo en

forma automática. La invadía una extraña lasitud. Cada vez aumentaba más el peso de sus brazos y sus piernas. Entre hilachas de imágenes, le vino a la memoria el recuerdo de su madre. ¿Le iría a pasar lo mismo que a ésta? ¿Iría a ahogarse irremediablemente? ¿La querida difuntita la estaba llamando desde el fondo del estero o desde la intrincada red de los ñangales? Todo continuaba desdibujándosele. La desesperación inicial era cada vez más lejana y diluida. De pronto, sintió un golpe en la cabeza. Otro. Otro en los hombros. Otros en los senos, en el vientre, en todo el cuerpo. ¿Sería la corriente que la estaba estrellando contra las ñangas? Sin duda, era la corriente. Después, tuvo la sensación de que la presionaban de arriba para abajo, sumergiéndola más al fondo en el agua. Sí. Era eso. Se estaba hundiendo debajo de las horquetas invertidas de las raíces clavadas en el fango. Parecía entrar en un silencio y una oscuridad inmensos. Ya casi no se daba cuenta de nada. En cambio, quien sí se daba cuenta de todo era Aguayo. También estaba cerca de las ñangas. También él, por su propia voluntad, se había metido dentro de ellas. Se sumergió. La buscó lleno de angustia. ¿Podría encontrarla? ¿Ya no sería demasiado tarde?

En tanto, en la canoa, Márgara se había quitado la bata y los zapatos y estaba a punto de lanzarse al agua. La contuvo don Mite.

—¿Qué vas a hacer? ¡Déjalos!

—Puedo ayudar, Viejo.

—Lo que no pueda hacer el Zambo, menos podrás hacerlo tú, y si él tiene que vérselas con dos, no podrá ayudar a ninguna.

Bogaba rápidamente hacia las ñangas. En una de éstas, con la cadena, Márgara amarró fuertemente la proa. Insistió:

—Es mejor que yo también ayude, Viejo.

—Ya te dije que no.

—El Zambo ya se debe estar cansando y a lo mejor no puede ni flotar.

—Está bien, pues. Pero ten mucho cuidado.

—Fíjese que se hundieron y no han vuelto a aparecer.

Iba a lanzarse al agua, cuando surgió una cabeza entre las raíces adventicias. Con angustia, trataron de identificarla. A medida que emergía, lo lograron. Era Aguayo. ¿Entonces? ¿No había encontrado a Domitila? ¿La corriente la había sumergido más aún? ¿O estaba tan atrapada por las raíces que el Zambo no había podido rescatarla? Éste sacó la mano izquierda. Trabajosamente se agarró a una rama delgada. Con sobrehumano esfuerzo, se alzó un poco. Márgara y don Mite, casi al llanto, tuvieron por un momento la certeza: Domitila se había ahogado. Miraron hacia otro lado, para ocultarse el uno al otro sus muestras de dolor. Cuando volvieron a mirar al Zambo, tuvieron una transición a la alegría. Él, mientras con la izquierda continuaba suspendido de la rama, con la derecha estaba levantando a Domitila. Márgara saltó a una rama gruesa, caminó por ella. Se acercó al Zambo.

—Yo le ayudo.

Entre los dos, cargaron a Domitila. ¿De verdad era tarde para ésta? Sin duda, era tarde, demasiado tarde. No respiraba. No hacía ningún movimiento. Con esfuerzo la trasladaron hacia la canoa. La depositaron en el plan. Márgara preguntó:

—¿La llevamos a la orilla?

—No hay tiempo.

La acostaron. El Zambo, sin perder un segundo, empezó a suministrarle los auxilios que creyó más adecuados. Con ambas manos, en movimientos sincrónicos, le aplastó el tórax. Ella expelió un montón de líquido. Le dio aire, soplándole en la boca con su boca. Le flexionó los brazos. Nada. Ella seguía sin dar la menor

señal de vida. En vista de lo infructuoso de sus procedimientos, murmuró con desesperación:

—Creo que no podemos hacer nada. Además, yo sé muy poco de esto. Más que de mar, soy hombre de montaña.

Con todo, insistió. Siguió insistiendo. De pronto, ella pareció acompañar los movimientos y contrayendo el pecho. ¿Era verdad o le había parecido? Febrilmente, se esforzó más aún. Ella, por fin, respiró con dificultad. Poco a poco, fue recuperando el ritmo de su respiración. Los colores vitales, en oleadas, llegaron a su rostro. Él, como poseso, continuó ayudándola, suministrándole siempre el aire en la boca. Ella abrió los ojos. Miró, asustada, al Zambo, que continuaba encima de su cuerpo, con el rostro casi pegado al suyo. Al principio no entendió. Fue sólo un instante. Él le seguía dando aire en la boca con su boca. Enseguida pareció recordar. Le sonrió. Una súbita ternura la invadió. Lo tuteó:

—Me salvaste.

Él dijo, sencillamente:

—Sí.

Don Mite, reanimado, empezó a bogar hacia la orilla, al pie de la casa. Al pisar tierra, exclamó con voz emocionada, como si rezara:

—Gracias a Dios, que no hubo otra ahogada en la familia.

Márgara completó:

—A Dios... y al Zambo.

—Es verdad.

—Si nos hubiéramos demorado un poquito...

—Olvidémoslo. Lo que pasó, pasó. Ahora vamos a la casa, para que Domitila descanse y se ponga ropa seca.

La muchacha trató de incorporarse. No pudo. Se dirigió a su padre.

—No puedo, Viejo.

Aguayo la miró, con afecto.

—Yo puedo cargarte.

—Pero. . .

Intervino don Mite.

—Sí, mi hijita. Es lo mejor.

—Si usted lo manda. . .

El joven negro, con suma delicadeza, la tomó en sus brazos. La levantó. Se hizo para atrás. Alto y erguido, en esos momentos el mundo le quedaba chico. Respiró a pulmón pleno. No la miró. ¿Para qué? No necesitaba mirarla. El calor y las formas de ese cuerpo que apretaba muellemente, lo habían transformado en un coloso. Tenía deseos de romper ramas y raíces, hachas y machetes. Que todo se inclinara y se humillara ante esa mujer cuyo corazón estaba latiendo tan cerca del suyo.

Horas más tarde, Domitila, joven, fuerte y sana, ya se había recuperado totalmente. Mientras se cambiaba de ropa, Márgara preparó una tortilla de ostiones, que ellas habían recogido esa mañana. Abajo de la casa, don Mite y el Zambo estaban esperando. Era muy noche. Una noche en que, felizmente, había una espléndida luna de menguante. Toda la isla parecía de plata. El estero, una de las balandras —la otra estaba en Guayaquil—, los mangles, las casas, los cerros: todo plata. A veces, los dos hombres quedaban contemplando el espectáculo magnífico. Otras, conversaban, casi siempre, de lo mismo: los desmontes, las cosechas, la leña, el carbón, las alfajías, los durmientes. En sus diálogos estas cosas se animaban y asumían importancia decisiva ante sus vidas. Después que las muchachas les llevaron el bocadito y ellos terminaron de servírselo, Márgara regresó a cambiarse de ropa, ella también. Al poco rato, bajaron las dos jóvenes. Se habían puesto ropas más sencillas y calzaban sus zapatos habituales.

—¿Cómo te sientes, Domitila?

—Mucho mejor, Viejito.

Después, se volvió hacia el Zambo y repitió con emoción.

—Y otra vez, gracias a vos, Zambo.

—No fue nada. . .

—¡Ah! ¿No fue nada?

El rostro del Zambo se llenó de dicha. Con todo no expresó ni una palabra. El Viejo intervino en su ayuda. Tuvo un gesto de burla cariñosa.

—Ya no quieren ir al baile, ¿verdad?

Márgara se apresuró a responder:

—¡Ay, sí, papá!

—Y Domitila:

—Como usted diga, Viejo.

—¿No crees que te haga daño?

—Eso, no. Me creo que ya pasó todo.

—Entonces, debemos irnos enseguida. Han de estar intranquilos, esperándonos. ¿Vamos, Zambo?

—Como usted mande, Don.

Se embarcaron nuevamente. Le pusieron fuego a los canaletes. Bogaron los cuatro. La canoa parecía volar. En un momento, estuvieron en la casa de don Asunción. Cuando llegaron el bailoteo estaba en su apogeo. Aún no había muerto el mudo Onofre y, por eso, la orquesta tenía tres componentes. El ahora finadito soplaba en esos tiempos una flauta rústica. Al instrumento le faltaban varias notas, y le sobraban otras. En compensación, además de ejercer sus funciones musicales, era una arma ofensiva y defensiva. Cuando se le subían las copas al flautista —cosa que ocurría cada vez que trasegaba la primera— Onofrito ya no podía acompañar a los otros instrumentos. Como enloquecido, soplaba el artefacto por su propia cuenta. La flauta ya no expelía melodías o armonías. Se convertía, más bien, en la voz de su complejo dueño. Por eso, al divisar de lejos a los recién llegados, es decir al Zambo y a don Mite y su familia, el instrumento empezó a lanzar aullidos de en-

tusiasmo, mientras el mudo indicaba con movimientos de cabeza, las presencias agradables. Al darse cuenta de ello, toda la concurrencia se precipitó a la orilla.

—¿Qué pasó, don Mite?

—¿Qué pasó?

—¿Por qué se demoraron tanto?

—Ya es más de media noche.

El Viejo tosió un poco —el mal apenas le estaba principiando y explicó:

—La corriente estuvo a punto de voltearnos la canoa. Estaba fuertísima. Y Domitila...

El Zambo Aguayo, como siempre, comió muy poco y no bebió nada. En cambio bailó con Domitila hasta el amanecer. Aunque no se despegaron ni un momento, parecía que el mudo Onofrito los hubiera contagiado. ¿Para qué cruzar palabras? No las necesitaban. Cuanto tenían que decirse, lo habían dicho y lo seguían diciendo, sin abrir la boca.

Terminaron de lavar la última pieza de ropa. Domitila —rescatada ya completamente de sus recuerdos— suspiró:

—¿Y será verdad que lo está siguiendo el Tigre?

—Parece que sí, ñaña.

—¿Y vos cómo lo sabes? ¿Quién te lo dijo?

—El Tejón.

—Todo te lo dice el Tejón, ¿no?

—¿Quién otro, ñaña? ¿Quién?

12

ESTABAN repicando las ramazones de los árboles tumbados. El Mayordomo no cesaba de echar bocanadas de humo. Esta vez tenía un cigarro muy largo, de más de una cuarta. Lo había hecho a la diabla envolviendo hojas enteras de tabaco sin despojarlo ni siquiera de las venas. Ninguno hablaba ni se distraía ni un momento. Hasta don Mite trataba de contener la tos. Parecía que los hechos motivados por el Tigre y el Cuatrero los tenían presos de las manos. Parejo, musical, como automático, se elevaba entre todos el ritmo de la herramienta del Zambo. El Mayordomo, de improviso, dejó de fumar. Pareció nuevamente lleno de preocupación. Aspiró el aire en varias direcciones hasta que se quedó con la nariz orientada en una sola. Con voz ronca, exclamó:

—Ya está otra vez allí el Maldito.

Aguayo bajó el hacha.

—¿Será el mismo?

—¿Cuál otro, Zambo?

—Podían haber venido varios, ¿no?

—Tal vez. Aunque no lo creo. Me huele al mismo Tigre de hace poco.

Volvió a respirar.

—Y está allí, todavía. Ha venido a desafiarnos. Voy a ver si esta vez me da la cara.

—Casi corriendo, se hundió en la montaña. Llevaba, como única arma, su machete puntón.

Domitila y Márgara seguían trabajando. La primera, dominada por su obsesión de reunir más y más plata,

aún no sabía bien para qué, remendaba ropas de algunos de los peones solteros. Márgara por su parte, estaba preparando la comida, lo que parecía estimular su hambre de diálogo. Algo parecía rondarle la cabeza. ¿Lo diría o no? Al fin, lo soltó:

—¿Sabes, ñaña? Yo creo que Aguayo y vos debieran largarse.

—¿Vos crees?

—Sí, ñaña. Esto se está poniendo feo para el Zambo. Como sabes, Seborón irá tras él a sol y sombra. El recado que mandó con don Banchón es purítita mentira, para que nos despreocupemos y pensemos que de verdad ya se marchó. No se irá a ninguna parte. Seguirá merodeando en estos lados.

—Yo también creo lo mismo.

—Y en la primera oportunidad, desde lejos y a traición, palomeará al Zambo.

—Y esto, si no le da por asaltar a la isla, por reunir un montón de mala-almas como él, para matarnos a todos. Está picado. Ahora no quiere ni robar ni matar sólo por gusto. Quiere vengarse. Eso es lo único que quiere. No perdonará jamás lo que le hicieron anoche. Y por eso no se irá sin cobrar esa deuda.

—Así es. Y si él no pudiera, le dejará el encargo al Desorejado.

Hubo un silencio, mientras Márgara preparaba los aliños para el guiso de pescado. Continuó:

—Y por si esto fuese poco, ahora, ¡el Tigre!

—Sí. ¡El Tigre! Como te dije antes, esta madrugada, que nos quedamos aquí abajo los dos, él volvió a mirarlo. Aquí. Cerquita. Al ladito de la casa.

—¿Y vos lo viste?

—El Condenado no dio tiempo. Cuando volví la cara, ya se había hecho humo.

—¿Te das cuenta? Tienen que largarse. Largarse lejos. Largarse lo más pronto.

—¿Y el Viejo?

—Él va a sufrir. Todos, hasta ustedes mismos, vamos a sufrir. Pero él ya le dio permiso. Y tampoco ha de querer que maten al Zambo. Además, le tiene ley, ley de la buena. Lo mismo que a nosotras. ¿Qué podemos decir nosotras si él ve por nuestros ojos? ¿Por qué se va a oponer, entonces, a que tú y el Zambo traten de salvarse? De verdad, Domitila, tienen que largarse.

Su hermana quedó pensativa unos instantes. Después preguntó, aunque era más bien una pregunta que se hacía a sí misma:

—¿Y a dónde podemos ir? Tigres hay en todas partes. Y éste que viene siguiendo al Zambo puede buscarlo donde nos vayamos. Y lo mismo pueden hacer los mala-almas.

—Muy cerca hay un lugar hecho a la medida.

—¿Cuál?

—Guayaquil. Allá viven tantos, tantos cristianos, que nadie puede ni contarlos. Hay miles y miles de casas. Uno se puede perder en ellas y nadie lo encontrará jamás. Y no hay tigres. Por las calles de Guayaquil nunca se ha paseado un tigre. Y si alguno se atreviese, ni siquiera lo matarían. Lo atraparían. Le arrancarían los colmillos y le limarían las garras. Después lo venderían a cualquier circo que pasara. Por su parte, los mala-almas no se atreverían a hacer sus fechorías en la ciudad. Allá se roban otras cosas, no ganado. Y apenas empezaran con las suyas, los aplastarían como a chinches.

—¿Sabes una cosa, Márgara? Tal vez tienes razón.

Don Guayamabe, a pesar de su calma cotidiana, pareció regresar muy preocupado. El Zambo se adelantó hacia él.

—¿Yh, don Guayamabe?

—El Manchado se hizo rosca.

—¿Dejó huellas?

—Muchas huellas, Zambo. Y...

—¿Y qué?

—La mayoría encima de las tuyas.

Empezó a temblar.

—¿De verdad, Don?

—De verdad. Y, además, se ha estado meando en tus pisadas.

Don Mite tosió. Se agarró la garganta con la mano. Y carraspeó, tratando de aclararse el tono:

—Te maleaste, Zambo.

—Bien maleado estoy ya, don Mite.

El Mayordomo razonó:

—Tenemos que hablar con el Blanco esta misma tarde. Hay que dejarlo todo y dedicarnos a cazar al Tigre. Si no, jamás volveremos a estar tranquilos en la isla. Lo malo es que este Gran Carajo tiene más mañas que una zorra. Lo que ha de querer ahora es que le cambiemos de carnada. Los animales no le atraen. Le atraen los cristianos.

—¿Y usted piensa poner un cristiano de carnada?

—No queda otra.

—¿Y si lo mata, como hizo con la chiva?

Intervino el Tejón.

—Nada más que al cristiano, como éste si le gusta, además de matarlo, se lo comerá. ¿Verdad, don Guayamabe?

—Es lo más seguro. Pero es preferible que se coma uno, de una vez, y no que se vaya comiendo a todos, poco a poco.

—Claro, Don.

El Zambo, angustiado:

—¿Y ha pensado en quién podría ser la carnada?

Le contestó, sin mirarlo:

—Primero, pensé que yo. Yo vendría por estos lados, de noche. Me quedaría a dormir al pie de un árbol. O colgaría mi hamaca en ramas muy bajas.

—¿Usted . . . solito?

Asintió:

—No prendería mi cigarro ni un momento. De todo, esto es lo que más me calienta. Pero un tigre bien vale un cigarro. ¿Qué le vamos a hacer? Lo único malo es que me creo que a mí no me dará la cara el Manchado. Ni siquiera se me acercará. Sabe muy bien que a mí nadie me pisa los huevos. ¡Mucho menos una fiera de ésas!

—¿Y entonces, don Guayamabe?

—Tiene que ser otro el que haga de carnada. Otro a quien prefiera, a quien quiera joder.

Aguayo balbuceó:

—¿Otro . . . a quien él . . . quiera joder?

—Sí, Zambo.

Cerró los ojos. Los volvió a abrir, pero era como si aún los tuviera cerrados. ¿Quién más que él, entonces? Con todo, no podía. Se cagaría de miedo. Se estaba cagando de miedo sólo de pensarlo. Don Guayamabe no se lo había planteado claramente. Pero, sin duda, se refería a él. Además que, a medida que pasaba el tiempo, estaba más seguro de que el Tigre que llegó a la isla no era otro que el Tigre de la balsa de ña Nicasia. Y de verdad de verdad, no era un tigre tan malvado. ¡Lo había esperado tanto! ¡Quién sabe qué apuros había pasado hasta encontrarlo! Posiblemente, hasta hambres, ahora que no le gustaban los animales. Él, cuando estuvo por *arriba,* oía decir en ocasiones que el Tigre andaba cerca. Que había matado a éste y a aquél, aquí y allá. Al escuchar tales noticias, siempre se marchaba hacia otro lado. Lo hacía sin darse cuenta y sin que tuviera un miedo tan directo. Claro que no simpatizaba con los tigres. Ni siquiera le gustaba que se los mentaran. Con todo, miedo, lo que se llama miedo, como ese que ahora estaba a punto de causarle diarrea incontenible, nunca había sentido. ¡Y el Mayordomo quería que él hiciese de carnada, que

en lugar de un animal, lo pusieran a él! ¿Llevaría la carabina? Lo que él manejaba mejor eran el hacha y el machete. No dormiría. Se quedaría al pie de un árbol. Y, por lo menos, vendería caro su pellejo. ¿Y si no podía? ¿Si ni siquiera intentaba defenderse? El miedo podría paralizarlo, como ya le había pasado. ¿O si era cierto lo que decía el Mayordomo, que existían dos tigres, el de afuera, que había venido desde el Fuerte-de-Punta-de-Piedra, allá por los rumbos del río Guayas, y el de adentro, que hacía de las suyas metido dentro de su cabeza? ¿Cómo podría defenderse y derrotarlos, sobre todo al último? ¿Tendría que cortarse la cabeza para así, también, cortarle la cabeza al Tigre? Tal vez no hubiera necesidad ni de cortársela. Simplemente, podría subir a uno de los árboles más altos. Desde su copa, se lanzaría, boca abajo, y asunto concluido: al despedazarse el cráneo contra el suelo, también se despedazaría el cráneo del Manchado. No. Ya que iba a morir, tenía que luchar por liquidar a los dos Tigres. Primero, al de afuera y, después, al de adentro. Debía hacerlo por los otros, especialmente por Domitila. Haría de tripas corazón. Y con su muerte —porque de todos modos tenía que morir— ayudaría a vivir a los demás, evitando que el Tigre los rondara y, tal vez, se los comiera. Dueño de la decisión, con un oscuro fatalismo, se enderezó. Parecía un resurrecto. Muriéndose de miedo, pero ya seguro de enfrentar lo que viniese, se sintió más dueño de sí mismo, más capaz de sobrellevar las cosas peores.

—Don Guayamabe.

—Dime, Zambo.

—Usted cree que el Manchado me anda buscando a mí, ¿verdad?

Lo miró de frente. A los ojos. De hombre a hombre.

—¿A quién otro, Zambo?

—Entonces. . .

—Continúa.

Se tocó el pecho.

—Aquí tiene la carnada, Don.

Al oscurecer, de regreso a sus casas, Aguayo le rogó a don Mite:

—No se lo vaya a contar a Domitila.

—Eso no puede ser, Zambo. Porque ella no me lo perdonaría jamás. Además, ni ella, ni Márgara ni yo nos ocultamos nada entre nosotros. ¡Imagínate si es algo en que te vas a jugar el número uno!

—Lo comprendo, don Mite. Nada más que no quería hacerla sufrir ni preocuparla, antes de tiempo.

—Más sufriría sabiendo que vos y yo hemos hecho algo a sus espaldas. Sobre todo, algo tan grave.

—Tiene razón, don Mite.

—Creo, además, que lo mejor será que se lo digas vos.

—Claro, Don.

Cuando se lo contó, ella no se inmutó en lo mínimo. Le pareció la cosa más natural del mundo.

—¿Y a qué hora nos vamos?

Él pareció no entender.

—¿A dónde?

—A servir de carnada para el Tigre.

—No lo has comprendido, Domitila. Sólo voy yo. Nadie debe acompañarme y menos tú.

Ella lo miró con fijeza. Su voz seguía siendo tranquila, sin altos ni bajos, pero se adivinaba en ella una voluntad difícil de vencer.

—¿Y crees que voy a permitir que enfrentes tú solo al Tigre? Estás engañado, mi hijito. Yo iré donde tú vayas. Sobre todo, si hay peligro.

—¿No lo comprendes? Tengo que ir yo solo, sin nadie más. Voy en lugar de cualquier animal o de cualquier otro cristiano. A quien el Tigre busca y sigue

es a mí. Es a mí a quien quiere. Ya me ha pisado el rastro y se ha meado en mis pisadas. A lo mejor, si va otro, el Manchado le recula. O, por lo menos, no se acerca. Y lo peor es que seguirá causando daños por aquí. Hasta ahora, sólo fueron animales. Pero, ¿y mañana? Lo más seguro es que ya comience con la gente. Por mi parte, ni yo mismo sé por qué voy a servirle de carnada. ¿Y si a la hora de la hora me da más miedo que antes?

—En tu lugar, yo no iría.

—Tengo que ir... ¡ahora o nunca!

—Si así lo has decidido, ¿quién soy yo para impedirlo? Tú mandas, yo obedezco. Pero, me perdonas si no te dejo ir solo. Solo, no vas. Eso sí que no. Yo te acompaño donde sea.

La miró, con ternura.

—Gracias, querida. Muchas gracias. Pero te ruego que lo entiendas.

—No quiero entender.

—Hazme caso. No insistas.

Meditó unos momentos.

—Está bien. Si no quieres que te acompañe... ¡te obedeceré! Pero nadie, ni tú, puede impedirme que vaya tras de ti. Que te mire de lejos, y que espere a ver qué pasa cuando el Manchado se te acerque. Nadie me impedirá pelear a tu lado, si me necesitas.

El Zambo movió la cabeza, angustiado.

—Escúchame, Domitila. Es imposible. ¿Qué pasaría si el Tigre te ataca a ti en lugar de a mí? ¿O si, al ventearte, ya no quiere ni acercarse? Lo echarías todo a perder. Además, no te preocupes. Llevaré la carabina, el hacha y el machete. Estoy en mi hora. Palabrita de Dios que estoy en mi hora. Tengo que mostrarles a los otros —y demostrármelo a mí mismo— que no soy tan flojo como creen. Y jugármelo todo, de una vez. Es mi oportunidad, Domitila, déjame tenerla.

Se le enronqueció la voz. Una extraña emoción sacudió sus palabras. Continuó:

—Claro que si vos no quieres, haré lo que tú digas. Ya me saqué todas las palabras. Preferiría no tener más vergüenza de mí mismo. Pero, ahora, cuanto tenemos y somos es de los dos y quisiera darte gusto siempre.

Ella —aunque había entendido todo desde el comienzo —no quiso luchar más. Viró la cara, para que él no la mirase. O quizá para tener más independencia en sus razones.

—Está bien, Zambo. Yo moriré muchas veces esta noche, pero tal vez tienes razón. Debes ser tú solo quien se las vea con el Manchado. Tú. Sólo tú. Nadie más que tú.

13

MIENTRAS Banchón navegaba, maldecía la hora en que tuvo que usar pata de palo. La verdad es que esta pata tenía la culpa de la mayoría de sus desgracias, inclusive que se hubiera vuelto un pobre aguanta-todo al que cualquiera basureaba. Cuando aún usaba pata buena —su bendita pata que se le llevó el tiburón cerca de La Puntilla, allá por mar abierto— todo era distinto. Él era un comerciante próspero. Tenía un puesto en el mercado y allí compraba y vendía a manos llenas. En la mañana tierna cerraba su negocio y sólo volvía a abrirlo al día siguiente. El resto de las horas, se las pasaba divirtiéndose, sobre todo en el agua. Nadaba más que un pez. Salía muy lejos de las playas a galopar sobre las olas. Bailaba, como el Diablo sobre el cuerpo de un difunto. Las mujeres lo seguían igual que moscas tras la miel. Y en todas partes —especialmente en las cantinas— hacía roncha. Bebía hasta que el mar de adentro le ganase al mar de afuera. Si era menester, se liaba a golpes con los machos más temidos del contorno. Y gozaba. Gozaba, ternero a plena leche, en todos los lugares y momentos. Desde que perdió la pata fue otra cosa. Lo recordaba como si estuviese ocurriendo en ese instante. Se hallaba en la cantina *No me olvides,* del mentado ricachón Jesús Ventoso. Habían bebido aquella tarde hasta convertirse en barriles de aguardiente. Don Jesús había perdido a su suegra y su mujer el mismo día. Comentaba compungido: «Una maligna tifoidea providencial me les jaló las patas a las dos. ¡Dios las tenga en su santa Gloria!» Por eso, estaba celebrando el doble

duelo. Para ello había reunido a su clientela más asidua. Entre otros, a don Banchón que, aparte de todo, siempre tenía plata de sobra. Gritaba, jubiloso por su doble luto:

—Trago gratis para todos. Ahora soy el hombre más feliz del mundo.

El Cojo, que por aquel entonces todavía no era cojo, comentó, burlonamente compungido:

—Pero Viejo. ¿Por qué no las mataste desde hace años? Lo que te hubieras ahorrado, además del aguardiente que hemos desperdiciado por tu culpa.

—Eso no importa. Recuperaremos el tiempo perdido. Por lo pronto, diviértanse conmigo y beban cuanto quieran. Va por mi cuenta. No lo olviden.

Como esa generosidad resultaba inusitada, seguían bebiendo sin descanso. De rato en rato, don Ventoso —que cuando se embriagaba exhibía ciertas debilidades no muy confesables— preguntaba, con cierta timidez:

—¿Ya es hora de bajarme los pantalones?

—¡Ah, qué Don!

Las opiniones estaban divididas. Unos sostenían que sí y otros que no. Pero como al Doble Enlutado le sobraban las ganas de bajárselos, fingió que aceptaba una hipotética decisión mayoritaria. Y, sin perder más tiempo, puso al aire su desvencijado caballete de huesos y pellejos. Banchón comentó:

—A ver quién le da gusto a don Ventoso.

Como siempre las esperanzas del caliente cantinero quedaron en veremos. No hubo nadie con estómago vitriólico capaz de hurgar el remolino de esos pliegues malolientes. Sobre todo ante la concurrencia que borracha y sin control, no dejaba de ser una concurrencia. El oferente los miraba desolado:

—¿De verdad nadie quiere hacerme ese favor?

Algunos de los más menesterosos le recorrían los ángulos óseos con los ojos turbios, turbios por los caudales de aguardiente consumidos. A pesar de todo, no se

atrevían a tal atrevimiento. Era algo superior a sus escrúpulos. Al fin, tal vez sólo por burla, alguno parecía decidido.

—Es un favor muy grande, Don.

—Pero está bien recompensado. Doy lo que quiera a quien me lo haga.

—¿Cuánto?

—Bastante.

—¿Cuánto?

—Lo que pidan.

—¿La cantina?

—No. La cantina no. Es lo único que tengo.

—La mitad de la cantina, entonces.

—Es demasiado.

—Lo que pide también es demasiado, Don.

El nalga al aire, en vista de sus infructuosas tentativas, se dirigió a Banchón.

—¿Y tú? ¿Tú no me harías el favor?

—¿Yo? ¿Por qué?

La voz del peticionario se hiza plañidera:

—Porque eres mi amigo. Mi mejor amigo.

—Por lo mismo. No trates de joderme.

—En el nombre de Dios, ¿me vas a dejar así muerto de ganas?

—¿Por qué no vamos a la orilla?

—¿Para qué?

—Dicen que el Diablo, como siempre, allí está haciendo de las suyas. Puede ser que él te haga el favor. El Coludo hace de todo. No lo olvides.

—Con *ése* no me meto.

—Si se presentara como Diablo, verde, con cuernos y cola, me lo explico. Pero él nunca se presenta como Diablo, Don. Toma apariencias diversas, de animal o de cristiano. A los hombres que les gustan las mujeres, pues se les aparece con un gran fundillo y todo lo demás. A

ti, a lo mejor se te arrima como un burro garañón, con una picha de tres cuartas.

Ante la dicha presentida, el cantinero se estremeció. Reaccionó:

—¿Y después? ¿Con qué le pago?

—A lo mejor, te lo hace gratis. Forma parte de su trabajo. Ayudar a pecar a los cristianos. Mientras éstos más pequen aumenta su número de clientes.

—Eso hay que pensarlo mucho, Banchón. No por un bate-bate de un momento, vamos a perder nuestro boleto para el cielo. Mejor sigamos refrescándonos el gañote.

No se volvió a poner los pantalones. Ni siquiera lo intentó. ¿Para qué? Tenía la impresión de una hembra en monokini, nada más que un monokini de los senos para arriba. Además, aunque hubiera intentado ponerse los pantalones no lo hubieran dejado. Les causaba una sensación ridícula y absurda, ver circular ese armazón de huesos desnudo de la barriga para abajo entre las sillas y las mesas.

En la alta noche —pues era ya la alta noche— el mar se reía a carcajadas, —¿o era que lo parecía?—. Estaban tan borrachos que habían perdido totalmente la noción de las cosas. Se dirían desdibujados, deshilachados ellos y cuanto los rodeaba, de tal modo que los perfiles humanos se integraban y desintegraban a los otros perfiles, como si fuera un carrusel girando a gran velocidad. Banchón volvió a insinuar que fueran a la orilla. A lo mejor el Cantinero esta vez sí le daba gusto al gusto. Hacía frío. Jesús Ventoso tuvo un estremecimiento. Quiso protestar:

—Mejor nos regresamos.

Banchón rió:

—Ya te calentará el Coludo.

No había ningún Coludo, ni nadie que se le pareciese. La playa estaba desierta. Apenas si a lo lejos

parpadeaban las luces de algunos barcos pescadores. El viento traía gotas de agua. En vista de ello el flamante Doble-Enlutado rezongó:

—Regresémonos, no más. Estaría de Dios que esta noche me quede con las ganas.

—Eso no, Don. Todavía nos falta lo más bueno: bucear en el agua. En el agua. En el agua también se mete el Diablo. A veces toma forma de pescado.

—¿Y qué voy a hacer yo con un pescado?

—Y a veces, también, la de un monstruo.

—¿Y que un monstruo me rastrille por atrás? Eso, nunca. ¿Acaso estoy loco? Me voy. Si ustedes quieren quedarse, ¡quédense! Yo me voy. Además, ya se me está pasando el cosquilleo. Me volveré a poner los pantalones.

Banchón sí estaba como loco. Se lamía de gozo ante el espectáculo presentido. Razonó:

—El gusto está apenas comenzando. ¿Por qué lo vamos a perder? A nadie se le mueren la mujer y la suegra en el mismo día y por la misma enfermedad. Es como sacarse dos premios gordos en la misma rifa. Piensa en el ahorro que esto significa: dos muertitas y un solo entierro, dos muertitas y un solo duelo, dos muertitas y un solo velorio, dos muertitas y un solo llanto. Eso tenemos que seguirlo celebrando, Ventosito. ¡Vamos al mar!

—No, Banchón. De verdad. Me quedo aquí.

—Te quedariolas. ¡Vamos o te llevamos!

El Cantinero se resignó.

—Como quieran, pues.

Banchón se lo echó al hombro. Quién sabe qué pensamientos le revoloteaban en la mente. Tenía una risa cruel. Los demás habían callado. Ni siquiera exhibían una sonrisa. Habían dejado de beber. Vieron cómo el futuro cojo se dirigía al encuentro de las olas. Estas le fueron llegando cada vez más alto: a las rodillas, a la cintura. Más arriba. Uno de ellos advirtió:

—Ten cuidado Banchón, El-de-varias-Sierras-en-la-Boca anda rondando por aquí.

El que pronto perdería una pierna lanzó una carcajada.

—Los tiburones me sirven de canoa, Don.

—Yo decía, no más.

—Gracias de todos modos.

Seguía avanzando. El agua le llegaba ya a los hombros. Jesús Ventoso suplicó en vano:

—Por Diosito lindo, ¡hasta aquí, Banchón!

—Está bien. Está bien.

—O, mejor, regresémonos. Vamos a seguir bebiendo. Aún tenemos mucho que beber, todavía. Vámonos. Cuidado te falsea una pata. Y si nos caemos, yo me ahogo. No sé nadar.

—No te preocupes: yo te ayudaré. Esperemos un momento. Quizá ya viene El-de-Color-de-Azufre a darte una manita.

El que disfrutaría sólo unos minutos más de su pata, se equivocaba. El que venía era el otro. El-de-varias-Sierras-en-la-Boca. Claro que en la noche no se divisaba su aleta triangular cortando el agua, como vértigo. El primero en advertirlo, fue el Cantinero. Gritó, con acento inenarrable:

—Cuidado, Banchón. ¡El tiburón!

Estaba casi encima de ellos. El inminente cojo no tuvo tiempo de mirarlo. El escualo se dio una zambullida. Y al instante Banchón sintió la serruchada múltiple al nivel de la rodilla.

—¡Maldición!

La pata postiza le cambió la vida. Fue otro por fuera y por dentro. Aunque el Cantinero quedó ileso, a partir de ese momento el Cojo se sintió culpable. No bebió más en su vida. Desapareció un tiempo de la costa. La justicia lo consideró inocente. Vendió el negocio por

lo que le dieron. Y, apenas pudo, se marchó para el corazón del archipiélago. Trató de esconderse, de que nadie oyera hablar más de él. Después de meses de tortura y sacrificio para curarse y adaptarse al apéndice de palo, se arrejuntó con Aminta. Ni siquiera se imaginaba la clase de paridora que era esa mujer. Cuando acordó, empezó la interminable cadena de los hijos. La hembra los tenía como sartas de chorizos, uno detrás de otro. Trabajó, para no perder la costumbre, en la compra y venta de productos. No le iba muy bien ni muy mal, pero allí iba pasando. Con todo vivía retorciéndose en sí mismo, como un caracol encadenado. Así transcurrieron varios años hasta que un día llegó a visitarlo don Parrales, de quien sabía que tocaba la guitarra, cantaba, criaba chivas y había integrado una orquesta con un mudo: el flautista Onofrito. . . Y don Parrales traía una idea sui géneris: ¿Por qué no formaba parte de «su» orquesta? Iría de baile en baile, ganaría muy poco, casi nada, pero en cambio pasaría buenos ratos y ayudaría a la alegría de los otros.

El Cojo arguyó:

—¿Y con qué? No tengo ni instrumento.

—Sí tiene, don Banchón.

Y al decirlo, miraba cariñosamente a la pata de palo. El otro parecía no entender.

—¿Cuál?

—Esa pata.

Se puso serio.

—No estoy para bromas, Don.

—No es ninguna broma, Don. Si quiere, damos una ensayadita.

Como siempre, llevaba su guitarra. Tocó los acordes de una pieza bien movida. Templó el guargüero y echó sus alaridos. Sin que su dueño se lo propusiera, la pata de palo empezó a dar unos golpecitos acompasados, al ritmo del guitarrista. Crecieron los pataleos cadenciosos. Y ya a media pieza, el nuevo componente de la

orquesta se había acoplado a la misma, cien por cien. Desde el primer baile, su participación —agregada a la guitarra y canto de Parrales y a la flauta de Onofrito— fue sensacional. A partir de esa experiencia, no hubo jolgorio en estas islas donde no tomaran parte los tres músicos. Y cosa rara, esto que debiera poner feliz al Cojo, antes bien lo amargaba. La comparación de cada uno de los hechos del presente con lo que había perdido al perder su querida extremidad, era un tormento renovado. Si hacía un negocio malo, si Aminta le anunciaba un nuevo vástago, si ella o los muchachos se enfermaban, si en algún pleito le tocaba la peor parte, o si, en fin, le ocurría cualquier adversidad, para él la pata de palo resultaba siempre la culpable. Ahora, por ejemplo, para rescatar a sus tres hijos, tuvo que volver a buscar esa falda, sin poder recibir al hijo nuevo, sin ayudar a Aminta en sus trances tan difíciles en que él actuaba de partero. ¿Y quién era culpable? ¿Quién si no ese apéndice maldito? A no ser por él, no asistiría a ningún baile. Y mucho menos actuaría de músico en esa orquesta inverosímil.

Don Críspulo Asunción y su mujer habían acoderado su canoa contra la suya.

—¿Yh, don Banchón? ¿Lleva la falda?

—La llevo.

—Mi Vieja y yo ¿podríamos ir con usted?

—¿Por qué no?

—Ella está desesperada por el muchacho. Le parece que no lo va a encontrar. Y que si lo encuentra ya no estará vivo.

—Lo comprendo.

—Entonces, gracias. Y vamos a buscarlo.

—Vamos.

Antes, cuando aún tenía la pata propia, le hubiera lanzado una cuchufleta. Ahora, no. Tenía que compor-

tarse como un cojo serio, solemne y respetable. Y ojalá que allí terminaran los encargos del Cuatrero. Si no, tendría que volver a los tiempos que se fueron. Buscaría cualquier arma y el Mala-Alma se encontraría por fin, con la horma de su zapato.

14

DOMITILA no permitió que el Zambo se fuera sin comer a su cita con el Tigre. Él arguyó:

—Es que no tengo hambre.

—Aunque sea un café caliente, con bolón de verde y chicharrón.

—Como quieras pues.

Cerca de la media noche ella, superándose, fue quien le recordó:

—Es hora, Zambo.

—Sí, Domitila. Ya me voy.

La estrechó contra su pecho. La besó.

—Vuelvo al amanecer.

—Cuídate mucho.

—Y vos, también.

Ni una vez regresó la cara para ver a quien le seguía ansiosamente con los ojos. Había caminado algunos pasos, cuando se le acercó una sombra. Instintivamente retrocedió, y echó mano al machete.

—Soy yo, Zambo. Buenas noches dé Dios.

—¡Ah, es usted! Buenas noches dé Dios, don Guayamabe.

—¿Ya te vas?

—Sí, Don.

—¿Estás seguro de que quieres ir?

—Sí, Don.

—¿No te arrepentirás después?

—No, Don.

—Porque si lo prefieres, yo puedo ir. Aquí tengo mi hamaca para colgarla de una rama. Traje, también,

la carabina, por si acaso. Y, sobre todo, me acompaña, asimismo, mi machete.

—Yo voy, Don.

—¿No quieres que vaya contigo? Puedo estar en una rama muy alta, en la hamaca. Tú quedarás abajo, en el suelo, de carnada. Cuando el Manchado se acerque, me lo plomeo, desde arriba.

—Gracias, Don. Voy solo. Si va usted, a lo mejor él ni se acerca. Además, usted lo entiende, «necesito» ir solo. Por el Tigre, por todos y por mí. Y ya no me diga más cosas. ¿Para qué? Es perder el tiempo. Y cada vez se hace más tarde.

—Está bien, Zambo. Como quieras. ¿No te llevas mi hamaca y la carabina?

—La carabina, sí. La hamaca, no. Es bueno que espere al Manchado de pie, como Dios manda.

—Es cierto, Zambo. Entonces, ¡que te vaya bien!

—Gracias, Don.

Cuando entró, solo, a la tupida selva, tuvo miedo, otra vez. ¿Es que había dejado de tenerlo algún momento? Se dominaba. Eso era todo. Los extraños olores y ruidos, tan diferentes a los diurnos, lo sobresaltaban a cada rato. ¿Y si mejor volvía sobre sus pasos? ¿Si iba donde el Mayordomo a decirle que aceptaba su oferta de compañía? ¿O si, finalmente, regresaba a su casa? ¿Por qué debía ser él la carnada para el Tigre? Tal vez el Mayordomo estaba equivocado y al Manchado le daba lo mismo cristiano que animal. Y si prefería a los cristianos, ¿por qué tenía que ser él, precisamente él, quien debiera ir a enfrentarlo? ¿No habría tantos otros que podrían darle hambre al Jode-Todo? Que no fuera el Mayordomo, era explicable. A éste no le daba cara el Maldecido. Pero, ¿y los demás? Sí. No tenía otra salida que recular. Se contuvo. ¿Daría la media vuelta? No. Eso, no. ¿Cómo lo mirarían todos, después?

Domitila, aunque siguiera queriéndolo, aunque estuviese dispuesta a morir en lugar de él, tendría vergüenza de sentirlo cerca. Y él andaría en la isla como un mico castrado, con el rabo entre las piernas. Se le burlarían en la cara. ¡Quién sabe si pasaran de las palabras a los hechos, y empezaran a golpearlo, a tocarle la nalga, o simplemente, a manosearlo! Sin embargo, todo eso sería lo de menos. Lo más grave, lo que le inundaría pecho y espalda, sería el asco y la pena de sí mismo. Tenerse lástima. Odiar su propia vida. Capaz de que terminaría arrojándose al Estero-de-las-Cinco-Bocas, allá donde se reunían los tiburones a planear sus fechorías ciertas tardes en que había más aletas triangulares que olas. O dejaría que cualquiera de los árboles que tumbaba le cayera encima. O sencillamente se daría con el filo del hacha en la cabeza. No. No podía recular. Esta vez, no. Tenía que jugársela entera. Apretándose los dientes, unos contra otros, para darse ánimo. Tratando de evitar el autobaño de sus propios orines y excrementos. No recularía. Esperaría al Manchado en la forma que fuese. Se lo imaginó como estaba aquella noche inolvidable en la balsa de ña Nicasia. ¿Sería el mismo tigre? Si era el mismo, estaban contados sus minutos. Así como cogió a la Vieja por la nuca, así lo cogería a él. Le daría vueltas en el aire. Le rompería el pescuezo. Después, lo descuartizaría y se daría una atracona a todo dar. ¿Y él, teniendo esa seguridad, iba a esperarlo? ¿Iba a entregarse, cruzado de pies y manos, sin poder defenderse? ¿Se iba a dejar batir por las fauces y garras del Maldecido? Ni que fuera tan pendejo. Aún era tiempo de retroceder. ¿Retrocedería?

Cuando Banchón y don Asunción llegaron en sendas canoas a la cita con Seborón Mite y los suyos, tuvieron una sorpresa. Ya don Parrales estaba sonando su guitarra y haciéndole morir en las canciones. Después de

los «buenos días», gritó al Pata de Palo:

—¡Apúrate! ¡Necesitamos completar la orquesta!

El Cojo mascculló, rabioso:

—¿Cuál orquesta?

—La nuestra. ¿O qué? ¿Ya lo habías olvidado?

Banchón frunció el entrecejo. ¿Don Parrales se había vuelto loco?

—Yo sólo vine a buscar a mis hijos. No estoy para orquestas.

Don Parrales asumió un tono burlón.

—¿Se puede saber por qué, don Banchón?

—La Aminta debe estar pariendo, si es que no ha parido ya.

Intervino Seborón:

—¿Y qué? Tú no estás pariendo sino ella.

—Es que... no tiene a nadie quien la ayude.

—¿Y los muchachos? ¿Dónde me dejas a los muchachos?

Iba a reaccionar y decir una pachotada. Se contuvo. Trató de seguir lo más tranquilo que le fue dable.

—De verdad, don Seborón. No puedo. No tengo ánimo, ni gusto, ni nada.

—Eso no importa. Yo te los doy. Y todo lo que te haga falta. ¿Verdad, Titilo?

El aludido, que no soltaba la oreja, aunque la tenía amarrada con un trapo, asintió:

—Y hasta más, si Diosito lindo lo permite.

Asunción, impaciente, avanzó. Su gesto era tan fiero y decidido que don Parrales suspendió sus actividades musicales.

—Bueno, don Sebo. Ya están cumplidos sus encargos.

El Cuatrero, sin mirarlo, continuó dirigiéndose al Cojo:

—¿Me trajiste la falda?

Se la extendió.

—Aquí está.

—¿Y qué te palabreó mi prima?

—Mejor no le digo. ¿Para qué?

—¡Oh, qué carajo! ¡Desembúchalo todo, de una vez!

—Bueno. Allá usted, Don. Ella me dijo que estaría rezando noche y día para que los Rurales o las víctimas de usted lo encuentren y lo hagan picadillo.

El Mala-Alma soltó una carcajada. Claro que la tuvo que estrangular por la hinchazón tremenda de la cara. Con todo, reaccionó:

—Ésa es Domitila. Bien jachuda. Bien difícil de montar. Es por eso que me gusta.

Sólo entonces, como si recién reparase en él, se volvió a don Asunción:

—¿Y usted qué quería, Don?

—Bueno. Como ya están cumplidos sus encargos, queremos que nos devuelva el muchacho. Para eso vino expresamente Epifanía.

Una sonrisa sarcástica medio entreabrió los labios del Bandido.

—¿Por qué tan pronto, don Asunción? Es mi última noche en estas islas. Estoy despidiéndome. Quédense un momento.

—Ya es muy tarde, don Sebo.

—Me aceptan un trago, sólo un trago. Y se van.

Don Asunción cruzó una mirada de entendimiento con su mujer. Había que resignarse, ¿no?

—Está bien, Don.

Las cuatro canoas se habían acoderado unas a otras al pie del Cerrito-de-los-Mangos. Éste sólo tenía un pequeño pedazo de tierra dulce cerca de la orilla. En la parte de atrás crecían dos árboles descomunales de la sabrosa fruta que le daba nombre. Provisionalmente, los bandidos se habían guarecido debajo de uno de esos árboles, cuyas ramas llegaban hasta encima del estero. Don Seborón pasó la botella a cada uno de los circunstantes. Todos bebieron, excepto Banchón, aun-

que simuló que también lo estaba haciendo. El Cuatrero, más por nervioso que por otra cosa, propuso:

—¿Nos echamos una bailada?

Nadie le respondió. El tono se le agrió:

—Bueno, carajo, ¿qué pasa? Si lo que quieren es un velorio, ¡yo pongo el difunto! Por última vez, ¿vamos a bailar o no?

Asintieron. Con todo, Titilo insinuó:

—Que sólo sea una pieza, Sebo. Los Rurales nos siguen muy de cerca. Y ahora no tenemos ni escopeta ni carabina. Recuérdalo.

—Tienes razón, Titilo.

Se volvió a los músicos:

—Bueno, ¿tocan o están tocando?

Sin decir palabra, don Parrales volvió a charrasquear la guitarra y elevó la voz. A ese ritmo, primero muy bajito y después subiendo el tono, el Cojo tamborileó el plan de su canoa con su pata de palo. El Mala-Alma se volvió a su segundo:

—Tú baila con ña Juanita y yo, con ña Epifanía.

Titilo intentó protestar:

—Pero, Sebo. Ya ves como estoy.

—Ningún «pero», Tuerto.

—Está bien, Don.

Se acercaron a las mujeres, que, sumisas, obedecieron. Fuere porque el miedo las dominaba o porque el ritmo empezaba a contagiarlas, lo cierto es que movieron cuanto podían sus músculos desvencijados. En los Cuatreros, en cambio, se notaba una especie de burla. Burla de los músicos que por las circunstancias, el sueño y el desgano parecían caricaturas de tales. Y burla de las mujeres que —ellas lo sabían muy bien— ya casi no podían con sus cuerpos. Se notaba que, a pesar de su deseo de obediencia, debían hacer grandes esfuerzos no sólo para llevar el ritmo sino, también, para seguir de pie. La que no estaba muy convencida de que debía obedecer tranquilamente era Florita. Sin dormir tan-

tas horas, intranquila por la música, los gritos, los olores alcohólicos, el movimiento y el espectáculo, daba muestras de creciente rabia e impaciencia. Además, había algo que la estaba poniendo en un estado incontrolable. Y ese algo era la herida maloliente de Titilo. En una de ésas, el Desorejado, al dar un giro, rozó con ella al exacerbado animalejo. Éste, rápido como una víbora, le clavó las garras en la herida. El lastimado dio un rugido de dolor y rabia. Tomó a la iguana por la cola. Y ante la estupefacción general, le dio vueltas y vueltas. Después, como un loco, despedazó la mínima cabeza, estrellándola contra las ramas a su alcance.

Aguayo, para no ser sentido, contenía la respiración cuanto podía. Al pie de un árbol, con mil miedos estriándole los nervios, esperaba. El tiempo parecía pasar a través de una laminadora que multiplicaba los segundos. Los mosquitos lo asediaban en oleadas. Le cubrían el rostro, las manos y las piernas. No los espantaba por temor a causar ruido. El menor movimiento de las hojas o el deslizarse de algún ofidio trasnochado lo ponía en una tensión desesperante. Y el Tigre no venía. La ansiedad de enfrentárselo estaba venciendo a su pánico anterior. Si tuviera, como don Guayamabe, la facultad de ventear desde lejos, ya sabría si el Manchado andaba merodeando por allí. No la tenía, desgraciadamente. Casi nadie la tenía, por tanto, debía conformarse con la espera. ¡Hasta que el Jode-Todo asomara sus garras y sus fauces cerca de él! De pronto, escuchó pequeños ruidos. Eran de yerbajos o arbustos remecidos, pisoteados o arrancados. ¿Sería el Tigre? ¿Se prepararía a disparar? Levantó la carabina. ¿Hacia dónde tenía que apuntar? No podía divisar entre las sombras la silueta elástica del félido. ¿Y entonces? Tenía que esperar, esperar, esperar, aunque los nervios le estallaran. Hubo un rasgar de troncos. Crugió una rama.

Casi enseguida, un animal saltó en el suelo, al lado de él. Apenas tuvo tiempo de cambiar la carabina por el hacha. La levantó dispuesto a vender cara su vida. El animal había quedado quieto. Sin duda, estaba preparándose para el ataque. ¡Ah! No le daría la oportunidad. Se adelantaría. Con el hacha en alto, dio varios saltos. Descargó el hachazo, con todas sus fuerzas, en la propia cabeza de la fiera. Sonó, como un enorme coco abierto en dos.

—¡Te jodí, por fin, desgraciado.!

Se inclinó sobre el Tigre. Se le torcieron las tripas de coraje. No se trataba del Tigre, ni se trataba de un vivo. Era un venado. Un venado muerto. Claro que recién muerto, apenas enfriándose, con el cuello destrozado por las garras y colmillos del Manchado. Levantó la cabeza tratando de descubrirlo, de saber siquiera desde donde le había arrojado aquella víctima. Ni sombra del Jode-Todo. Fuera de sí, desesperado, gritó:

—¡Dame la cara, Hijo de Puta!

No había acabado de gritar, cuando oyó otra caída detrás de él. Dio medio vuelta. Un nuevo animal yacía en el suelo. ¿Sería esta vez el Tigre? ¿Estaba agazapado para atacarlo? Lo más probable era que no. De todos modos, se acercó, blandiendo el hacha. Por lo que pudiera ocurrir, tiró el hachazo. Igual que la vez anterior, este animal estaba muerto. Con la misma marca en el pescuezo, dejada por las garras y colmillos de la fiera. Angustiado, a punto de llorar, perdió el control. Cara arriba, miró hacia todos lados. Rogó:

—Por lo que más quieras, Tigre: ¡Asómate! Ya no me jodas tanto. ¡Déjame matarte! ¡O mátame de una vez!

Se oyó un bramido casi coloquial. El Zambo miró en aquella dirección. En una rama del árbol a cuyo pie se hallaba, descubrió al Manchado. Por un momento, se desconcertó. Quedó paralizado. Curiosamente, el miedo se le evaporó. Su enemigo —¿su enemigo?— estaba

sentado con la majestad de un Rey. En la noche, sus ojos se encendían como dos linternas. Tenía una mirada profundamente extraña. Igual que si quisiera comunicarse con él. Decirle que entre los dos existían vínculos profundos más allá de la vida y de la muerte. Abrió las fauces. Mostró —¡qué absurdo!— sin ferocidad, sus agudos colmillos. ¿Se estaría riendo? Levantó la garra derecha. Hizo una leve señal de despedida. No de un adiós sino de un hasta luego. Y lanzó otro bramido menos fuerte aún. Esto hizo que el Zambo reaccionara. Dejando el hacha, se echó la carabina a la cara. Hizo varios disparos. Demasiado tarde. ¿O era que debía dispararse en su propia cabeza, para terminar con la fiera? Entonces, ¿de verdad de verdad, tenía razón don Guayamabe? ¿Ese Tigre que le huía estaba dentro de él? En tanto, el Manchado daba grandes saltos, de una rama a otra de los árboles copudos, alejándose. El Negro se hacía cruces. ¿Por qué el Jode-Todo no se le había echado encima, cuando ni siquiera lo sintió? ¿Por qué no lo atacó cuando sus ojos se encontraron y él había quedado sin moverse? ¿Por qué le había arrojado los dos venados muertos, enteritos? ¿Por qué? ¿Sería que el marido tísico de ña Nicasia quería llevárselo con él, quién sabe hacia dónde, para que le hiciera compañía?

Doña Juanita se lanzó sobre Titilo. Le arrebató el rabo de la iguana. Lanzó un rugido que le salió de las entrañas.

—¡Está muerta!

Don Parrales —un Parrales desconocido, diferente de como era siempre— masculló, sombrío:

—No debió hacer eso, Don.

Juanita se abalanzó contra el Desorejado. Con el cuerpo de la iguana empezó a golpearle la cara. El agredido

trató de defenderse con las manos, protegiendo su herida:

—Vea, Doña. ¡No se meta!

—Maldito. ¡Maldito!

El Mala-Alma se iba enfureciendo.

—Ya no joda, ¡vieja estúpida!

—¡Maldito! ¡Me las pagarás!

—¡Oh, qué carajo! ¡Por más Viuda-sin-Calzones que seas, conmigo vas a comer mierda!

Al decirlo, le dio un empujón que la hizo caer. Como si fuera pelota, rebotó de pie. Don Parrales soltó la guitarra y avanzó hasta el Cuatrero. Lo tuteó:

—Y menos debiste hacer esto.

Titilo retrocedió, furioso.

—Hasta que tengo alguien para desquitarme.

Mirando fijamente al Cantor:

—Bueno. ¿Y a vos qué te pica? ¿O no sabías lo de la Viuda-sin-Calzones?

Como un autómata, sin darse cuenta bien de por qué lo hacía, don Parrales continuó avanzando. Volvió a dejar de tutearlo:

—Hacer o decir ciertas cosas cuestan la vida: la suya o la mía, Don.

Temblaba. Era como si una fuerza extraña lo estuviera impeliendo. Avanzaba muy lento, pero seguía avanzando. Su rostro no parecía de una persona que estuviera en sus cabales. Tal vez no lo estaba. O, tal vez, era otro quien actuaba dentro de él. El Tuerto-Desorejado comentó:

—Tanta alharaca por una triste iguana.

Doña Juanita que, como todos los demás, advertía la incontenible furia de Parrales, rugió:

—¡Iguana y triste sería la grandísima puta de tu madre!

Otra vez le dio vueltas al cadáver de Florita, que aún no había soltado. Con él trató de agredir al Ban-

dido. Su marido, sin mirarla, pero con gran cariño la apartó.

—No te metas, Juanita. ¡Déjamelo a mí!

Intervino Seborón:

—Mejor, ya lárguense.

Se volvió a los suyos:

—Entréguenle la chiva y los muchachos, para que se vayan enseguida.

Parrales, ciego, sordo, fuera de sí, expresó:

—Yo no me iré sin la otra oreja del Desorejado.

Titilo enarboló el machete.

—Y tú no quieres perder un huevo sino los dos, Huevón.

Su Jefe, preocupado, aconsejó:

—Ya no le echen más candela al fuego.

Hubo una brevísima pausa, mientras embarcaban a los muchachos y la chiva en las canoas respectivas. Seborón insistió:

—¿Por qué no se larga, don Parrales? La deuda se la cobran cuando vuelvan a encontrarse.

El Cantor pareció no escucharlo.

—Conmigo no será como con Onofrito.

—¿Tú sabes lo del Mudo?

—Todos aquí lo sabemos, Don. Lo que pasa es que somos como somos. Nos comemos las palabras. Nunca le echamos mal ni mierda a nadie. Y eso que sentimos mucho lo del finadito. Lo que le hicieron es como para rellenarles el culo con candela. ¡Pobre Onofrito! Empaparlo en miel y tirarlo a un hormiguero de hormigas feroces. ¡Y todo porque se opuso a que ustedes mataran a un muchacho!

Titilo que, a pesar de todo, lo estaba esquivando, ya no reculó. Antes bien, se le echó encima con el machete en alto.

—Tú te lo buscas, cabrón. Reza, para que no te vayas al Infierno.

Don Banchón, por su parte, también aconsejó:

—Es verdad, don Parrales. Mejor, ya vámonos.

—Yo me quedo.

El Tuerto-Desorejado se le abalanzó. Le dio un corte en el brazo.

—Para que se te quiten las bravatas.

Seborón, a su vez, enarboló su arma, dispuesto a liquidar a la parte principal de la orquesta. No tuvo tiempo. La segunda parte de la misma principió a mover su apéndice de palo, como si fuera un remolino. Fue tan inusitado que la pelea se detuvo unos segundos, y todos siguieron observando aquella pata. Cuando menos lo acordaron, el primo de Domitila y el Desorejado habían recibido sendos golpes en la espinilla, que los hicieron tambalear. En tanto, don Asunción y Epifanía, con machete y canalete, respectivamente, avanzaron. Lo mismo hizo doña Juanita, que cambió la iguana por el canalete, disponiéndose a intervenir también en la contienda. Igual los subalternos del Roba-Vaca, éste soltó una carcajada:

—Lo que son las cosas. Las palomas quieren palomear a las escopetas. A darles, Titilo.

Varios disparos rasgaron el aire. Eran disparos de rifle. Seborón gritó a los suyos:

—¡Los Rurales! ¡Vámonos!

En un santiamén saltaron a su canoa. Los otros no pudieron ni intentaron detenerlos. Los disparos proseguían. La embarcación de los Cuatreros cobraba más impulso. Los disparos se hacían más nutridos. Empezaron a verse sus impactos en las aguas del estero, que saltaban y saltaban. Cada vez se acercaban más y más a la canoa. El Desorejado masculló:

—Ahora sí nos agarró la de malas, sin carabina ni escopeta. ¿Por qué no las pediste en lugar de esa falda?

—¿Vos crees que el Mayordomo nos las iba a devolver? Primero dejaría que los matáramos a todos.

—Ni siquiera lo intentamos.

—Ya ni llorar es bueno. ¡Cállate, y no jodas!

15

Clareaba el día cuando Aguayo regresó. El primero a quien encontró fue al Hombre-del-Cigarro.

—¿Te dio la cara, Zambo?

—Sí.

—Hasta acá oímos los disparos. ¿Lo mataste?

—No. Ni siquiera lo herí. Desapareció enseguida.

El Mayordomo masculló:

—Tenía que ser. Pero, por lo menos, le dio la cara. Y tú, también, se la diste.

—Sí, Don.

—Eso está bien, Zambo.

Éste lo miró. Se estremeció. Seguía con el cigarro encendido en la boca, como siempre. Echaba chiflones de humo. Pero, no era don Guayamabe. Era ¡el Tigre! ¿Y si arrancaba a correr? ¿Si dejaba al Mayordomo convertido en el Jode-Todo y se acercaba lo más pronto a la casa de Domitila? Sería difícil escapar. El otro no lo soltaría. Continuaría a su lado, relamiéndose, como ante una comilona presentida. Sin agregar palabra, hizo la prueba de alejarse. Pudo. El Mayordomo-Tigre no lo acompañó. Ni siquiera hizo ademán de detenerlo. Respiró, aliviado. Un poco más adelante lo esperaba Domitila. Se abrazaron y besaron.

—¿Cómo te fue, Zambo?

—Regular.

—¿Lo mataste?

—No. Escapó.

—Pero, lo viste.

—Sí.

Ella se esforzó en sonreír.

—Ya ves, Zambo. Tampoco quiere enfrentársete.

—Tampoco

Lo miró intensamente, estudiándolo:

—Es raro. No estás muy contento.

—No.

A su vez, él la miró intensamente. La muchacha seguía tratando de sonreír. Era como si quisiera contagiarlo. Al fin, logró que él, también, tuviera una sonrisa. La sonrisa se le heló. Ella se estaba transformando, como antes se transformara el Mayordomo. Rápidamente, iba dejando de ser ella, para ser... ¡el Tigre! Como una ráfaga, le vino un pensamiento. ¿Y si escapaba? ¿Si, por lo menos, regresaba a la selva? Ese Tigre que dejó allá, ¿sería más de confiar que estos otros nuevos tigres? Resultaría inútil. Más atrás estaba el Tigre-Mayordomo, esperándolo. Y tenía la seguridad de que el Tigre-Domitila no lo soltaría. Por decir algo, murmuró:

—Bueno. Vamos a la casa.

El Tigre-Domitila asintió:

—¡Vamos!

Ella le pasó el brazo por el hombro. Lo sintió afelpado, de una piel distinta. Quiso retirárselo. No pudo. Además, ¡sería tan triste! Era el Tigre, sí. Pero también era Domitila.

—Te hice un bocadito, Zambo.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para que comas.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer, sea lo que sea.

Al llegar al caserío, todos lo esperaban. Medio tartamudeó:

—Buenos días dé Dios.

—Buenos días dé Dios.

No eran ellos. O, más bien, eran ellos, pero se habían transformado súbitamente en su presencia.

Todos —sin faltar uno solo— se habían convertido en Tigres.

Poco después, ya la peonada estaba en el desmonte. Principiaron a dar hacha, cuando Aguayo apareció. El Mayordomo le reprochó:

—Hiciste mal en venir, Zambo.

—No puedo estar sin trabajar, Don.

—Has de estar cansado, muriéndote de sueño.

—No tengo sueño.

—Además, es peligroso que trabajes así. Te puedes falsear un pie y hacerte resbalar. O una mano, y darte con el gavilán del hacha en cualquier parte.

—No lo creo.

Los miró uno por uno. Ya todos habían vuelto a su figura cotidiana. No tenían ni rastros de los tigres en que cuando llegó, se convirtieron. Se dispuso a trabajar. Eligió el más corpulento de los árboles. Lo estudió, para calcular de que lado caería. El Mayordomo se aproximó.

—Si estuviera en tu lugar, me largaría de aquí.

—¿Del desmonte?

—No. De estos lados.

—Eso dice Domitila.

—Pues, yo me largaría con ella.

—El Patrón cree que todavía le debo. Si me voy, ¿cómo le pago?

—Es más fácil que le pagues si estás vivo. Muerto no podrás pagarle y no le servirás a él, ni a nadie. Ni siquiera a Domitila.

—También ella piensa así.

—Y yo me largaría lo más pronto.

—Usted cree que me va a matar el Tigre, ¿verdad, Don?

—No, Zambo.

—¿Y si me mata?

—A ti no te va a matar el Tigre. Te va a matar el miedo.

—Tal vez sea lo mejor.

—Esta mañana, después que saliste de la selva, yo entré a ella. Fui al pie del árbol donde tú estuviste.

—¿Yh, Don?

—No había ningún venado muerto, ni rastros, ni nada.

—¿Regresaría el Manchado a llevárselos?

—¡Uhm! ¡Quién sabe! Tampoco hallé más rastros. A lo mejor todo sigue estando en tu cabeza. O, como creen los otros, todo es cosa del Diablo. Yo que tú, me largaría. Palabrita de Dios. Y me llevaría a Domitila. Esa muchacha es buena. Te va a ayudar en todo. Tú puedes trabajar en cualquier parte. Aunque creo que, para ustedes, lo mejor es Guayaquil. Allá ningún Manchado irá a fregarlos. Y los dos podrán dedicarse a muchas cosas.

—Claro, Don.

Trató de trabajar igual que siempre. Fue difícil. Tenía razón, don Guayamabe. Todo le daba vueltas. Cada vez sentía más pesada el hacha. Hacía los cortes con poca precisión, el sueño parecía invadirlo. ¿O ya estaba dormido? Se diría que todo cuanto hacía era otro quien lo hacía. Él apenas prestaba el cuerpo, los movimientos, los esfuerzos que, por otra parte, ya se estaban acabando. El Mayordomo se le acercó, de nuevo.

—Ve, Zambo. Hazme caso. Si quieres, prepara todo para largarte. Si no, por lo menos, ahora vete a descansar.

—Pero, don Guayamabe. . .

—Así no puedes trabajar. Ya no sólo por ti sino, también, por los demás. Imagínate que calculas mal la caída de un árbol y éste se le viene encima a algún cristiano. Puede hasta reventarlo.

—Está bien, Don. Entonces, ya me voy.

—Y no te preocupes por el Tigre. Ya tú fuiste a

verlo, y él huyó. Esta noche, yo saldré en su busca. Voy a rastrear toda la isla, palmo a palmo, hasta encontrarlo.

—Él nunca le dará la cara.

—Y eso, ¿qué importa? Algún día lo tendré en mis manos.

—¿Y si él se va de aquí?

—Veremos si puede. Ahora, quienes deben irse son ustedes: Domitila y tú.

—Sí, Don.

Tras los Cuatreros, menudearon los disparos. Con todo, los impactos se iban alejando. Su veloz canoa ponía, sin duda, a cada instante, una mayor distancia entre perseguidores y perseguidos. Seborón creyó que era tiempo de cantar victoria.

—Ya no nos alcanzarán esos pendejos.

Lo contradijo uno de los suyos.

—Claro que nos van a alcanzar, don Sebo.

—¿Cómo?

—La canoa está haciendo agua.

Miró el plan de la embarcación. Efectivamente, se estaban inundando. Y el nivel del agua subía minuto a minuto.

—¡Carajo! ¡Es cierto!

¿En qué momento las balas habían abierto tantos orificios? ¿Por qué no habían sentido esos impactos? ¿Por qué no los habían tocado a ellos? Era cosa de milagro.

—¡Achíquenla!

Con dos mates y una lata de kerosene vacía principiaron, lo más rápidamente que podían, a recoger el agua y echarla por la borda. Inútil. Siempre era mayor la cantidad de líquido que entraba. En vista de ello, el propio Seborón trató de tapar los huecos, rasgando su cotona y retorciéndola. No consiguió mayor cosa. Y, en cambio, por la falta de remeros —ocupados en achi-

car la embarcación— y por el mayor calado de la misma, debido al peso del agua que seguía aumentando, su velocidad se hacía cada vez menor. Nuevamente, los impactos de los disparos incesantes volvieron a acercarse. Y se acercó, asimismo, la voz del Capitán de los Rurales, gritando:

—¡Desgraciados! ¡No huyan! ¡Entréguense! ¡Si no, los hundo! ¡Deténganse y entréguense!

Por fin, Seborón divisó la canoa de los Rurales. Salió de un recoveco en una de las vueltas del estero. Al principio, era un punto. Después fue creciendo, creciendo. Rápidamente, se volvió a los suyos.

—Bueno, muchachos. Los dejo.

—Está bien, Don.

Titilo que estaba tirado en el plan de la canoa, hecho sopa, cada vez peor, sin darse cuenta muy exacta de lo que pasaba, medio se incorporó.

—Voy contigo, Sebo.

—No, Titilo. No puedes ni menearte. Menos, andar.

—No me dejes, Sebo. Los Rurales me harán pedazos.

—Ellos te van a curar. Necesitas un médico.

Los impactos estaban alcanzando la canoa, otra vez. La voz del Capitán se oyó más nítida.

—Si no paran, los hundo. ¡Párenle!

Seborón ordenó:

—¡Párenle!

Sus compañeros dejaron de remar,

—¡Los carrizos!

Le entregaron unas varas huecas, semejantes a pequeñas cerbatanas. Suerte, muchachos. No se preocupen. De donde estén, los sacaré.

Titilo musitó:

—Suerte, a vos, también, Sebo. Vas a necesitarla.

El Jefe de los Cuatreros se arrojó al agua. Se metió en la boca uno de los carrizos y empezó a respirar por él, al propio tiempo que nadaba sumergido, alejándose. Sólo el extremo del carrizo se vio

algunos segundos. Después, éste se perdió en la lejanía.

A los pocos instantes, fueron abordados por la canoa de los Rurales. El Capitán los miró a todos. El rostro se le desencajó.

—¿Dónde está Seborón?

Se incorporó Titilo.

—Se fue temprano, para *abajo*. Ya debe andar muy lejos.

—Mentira, desgraciado. Andaba con ustedes. ¿Dónde está?

—Le digo la verdad, Capitán.

—¡Carajo! Me lo vas a decir o no te dejo un hueso sano.

Se abalanzó a patearlo. Sólo alcanzó a darle un golpe. Uno de los suyos lo detuvo.

—Capitán: ese hombre está más muerto que vivo, ¡Mírelo!

Lo miró. Efectivamente el aspecto del Desorejado iba siendo cada vez más lamentable. Ya casi totalmente sumergido en el agua, se esforzaba en levantar la cabeza, cuya parte herida se había puesto tumefacta. El Capitán masculló, rabioso:

—Otra vez, me hizo cojudo el Roba-Vaca.

Reaccionó.

—Pero no debe de andar lejos. No tenían otra canoa. Sin duda, se fue a nado. ¡Busquémoslo!

Se dirigió a los Cuatreros:

—Ustedes cambien de canoa. Ésta se irá a pique enseguida.

Y a los suyos:

—Al menor movimiento los bañan de plomo.

A seguir, recorrieron todo el estero a la redonda. Nada. Ni sombra del Mala-Alma. El Capitán razonó:

—Tal vez no fue muy lejos. Se ahogó. O se lo co-

mió algún tiburón. Los tiburones están que tetean por estos lados.

Aguayo estaba recogiendo sus cosas para regresar al caserío, cuando se le acercó don Mite. Después de un acceso de tos, le aconsejó:

—Debes largarte, Zambo. Si puedes, ahora mismo.

¿También él lo creía así? ¿Es que estaban todos de acuerdo?

—¿Y cómo, don Mite? No tengo ni canoa.

—Llévate la mía. Y llévate a Domitila.

—¿Usted quiere que yo . . . me la lleve?

—No. No es que yo quiera. Pero, ¿por qué la vas a dejar aquí, muriéndose a gotas? Ella ve por tus ojos. Y yo veo por los ojos de ella y Márgara.

—Pero, ¿y usted?

—¿Qué importo yo? Estoy más de la otra que de ésta. Además ¿quién soy para impedir que ellas hagan su vida?

—Gracias, Don. Y perdóneme que le diga algo que un macho no le dice a otro. Pero, usted es el mejor hombre que he conocido.

—Sólo soy un padre que quiere hacer todo por sus hijas. Y ahora ya no pierdas más tiempo. La Domitila ha de tenerlo todo listo.

Lo miró, asombrado.

—Entonces . . . ¿ella?

—Ella está en todo. Y todo está arreglado. Ustedes van al Cerrito de los Morreños. La balandra *Catita* sale a Guayaquil, con la próxima vaciante. Mi compadre Quinde los llevará. Domitila es su ahijada y se lo explicará todo. Él me devolverá la canoa. ¡Ahora, apúrense, para que lleguen a tiempo!

16

Al poco rato, el Zambo y Domitila bogaban incansables. Ella, sentada en el banco del centro. Él, en la popa. Habían embarcado lo indispensable, ayudados por Márgara. No se despidieron de nadie, ni siquiera de don Mite. Según dijo la menor de las hermanas, esa era la voluntad del Viejo. Ahora, mientras se alejaban de la isla, no volvieron la cabeza ni una vez. Tampoco miraron los manglares monótonos que iban atravesando, ni los peces que en ocasiones saltaban entre ellos, ni las canoas que divisaban a lo lejos, en ningún cruce de esteros. Sus miradas estaban puestas más lejos, mucho más lejos, en Guayaquil, la gran ciudad, ante cuyos muelles danzaban sin cesar canoas, vapores, lanchas y balandras.

—Vos estuviste allá mucho tiempo, ¿verdad, Zambo?

—Algo.

—¿Conseguiremos trabajo?

—Las otras veces siempre lo encontré.

—En los aserríos, ¿no?

—Sí. Y también haciendo casas de madera, de caña brava o de madera con cemento, de eso no falta.

—¡Y yo! ¿Tú crees que podré trabajar?

—Tú encontrarás trabajo enseguidita, primero que yo. Capaz de que vas a tener que mantenerme.

—¿Y qué de menos tiene eso? Sólo será hasta que tú ganes algo. Después, haremos una casita, aunque sea en las afueras. La haremos entre los dos. Como se hacen acá, en las islas. Y entonces nos llevaremos al Viejo.

Y lo haremos curar. Un doctor puede curarlo.

—¿Y también traeremos a Márgara?

—Si ella quiere... Eso depende de ella y el Tejón. ¡Quién sabe cuáles sean sus planes!

A medida que ponían mayor distancia entre ellos y la isla, la presencia del Tigre se iba desvaneciendo. Ya ni siquiera lo pensaban. Al propio Zambo empezaba a parecerle que todo era imaginación o que lo había soñado y que sólo había servido como pretexto para que ellos se marcharan más pronto a la ciudad, a esa ciudad que parecía tenderse interminablemente sobre el Guayas. Domitila, por su parte se moría de impaciencia.

—¿Llegaremos a tiempo, Zambo?

—Segurísimo. Todavía falta mucho para que cambie la marea.

—¿Y si la *Catita* se va antes?

—Ni lo pienses, con las corrientes tan fuertes, ninguna balandra puede andar en contra, llegaremos a tiempo. Ya lo verás.

Poco a poco, Seborón fue sacando la cabeza. Le dolía todo el cuerpo, aunque, claro, más le dolía la cara y las posaderas donde recibiera los impactos del Zambo. Miró a su derredor. Como un punto en el horizonte, divisó una canoa. ¿Sería la de los Rurales? ¿Cuál otra? La quedó mirando hasta que desapareció. De ellos, pues, se había salvado. ¿Y de todo lo demás que lo rodeaba? Miró los manglares monótonos, los esteros correntosos. Lo sacudió un estremecimiento. ¿Y si algún tiburón lo atacaba? Sabía que por allí merodeaban esas fieras. Claro que donde más se juntaban era en el Estero-de-las-Cinco-Bocas. Pero con frecuencia algún maldito de ésos iba desperdigado en busca de comida. Angustiado, trató de descubrir aletas triangulares, acercándose. Felizmente, no. No había ninguna. Por lo pronto, lo mejor que podía hacer era nadar muy próximo a la orilla. Al menor síntoma que descubriese de esos devoradores in-

saciables, se subiría a un tronco o una rama. O se quedaría en tierra salada, hasta que alguien lo recogiese o pudiera avanzar —nadando o arrastrándose sobre las ñangas —a cualquier lado. Para su mal, no estaba armado. Sin duda, al saltar de la canoa, en un movimiento sin control, había arrojado su machete en ella. ¿O se le había zafado mientras estaba nadando bajo el agua? ¡Vaya a saberlo Dios! No lo recordaba en lo absoluto. Y sin arma, era como andar castrado, a merced de los animales o los hombres que quisieran agredirlo. Dio unas cuantas brazadas y se acercó a la orilla. Descubrió que tenía hambre. Se subió a una ñanga. Arrancó una penca de ostiones. La golpeó contra los troncos. Algunos se desprendieron. Del más grande de ellos hizo una especie de puñal calcáreo y con éste empezó a abrir las bivalvas. Satisfecha su hambre se sintió mucho mejor. Haciendo un esfuerzo, subió por las ramas hasta llegar a la parte más alta. Allí sentóse y esperó. El cansancio, las emociones, los golpes y la angustia lo vencieron. Por más que trató de mantener ojos abiertos, el sueño fue invadiéndolo. Al darse cuenta de esto, se quitó los pantalones y con ellos se amarró a la rama lo más fuerte que pudo. Al poco rato, a pesar de las picadas de los gegenes que lo envolvían como nubes, se quedó dormido. ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Minutos? ¿Horas? Lo cierto es que el eco multiplicado de unos remos y el rumor confuso de unas voces lo volvieron a la vigilia. Se despabiló completamente. Se desamarró. Se puso los pantalones. Se paró, como pudo, agarrándose a las ramazones, y miró. A la distancia, divisó una canoa con dos bogas.

Eran, naturalmente, el Zambo y Domitila. Parecía que se habían dicho cuanto tenían que decirse. De pronto, ella suspiró:

—Ojalá que lleguemos pronto.

—¿Estás cansada?

—Sí. Pero no es eso.

—¿Y entonces?

—Quisiera llegar. Que estuviéramos ya con mi padrino don Quinde en la *Catita.* Que viajáramos rumbo a Guayaquil. Que estuviéramos ya en Guayaquil. Que no saliéramos jamás de Guayaquil. Que...

—Hay que tener paciencia.

—Tengo paciencia. De todos modos, yo he dicho lo que quisiera.

—Ya mismito llegamos. Al dar la vuelta en esa punta, ya veremos el Cerrito de los Morreños.

—Ojalá. Ojalá que sea pronto.

Como presa de una ansiedad creciente, clavaba con más fuerza el canalete. Aguayo lo acompañaba con el mismo ritmo y, por eso, la pequeña embarcación iba volando. De pronto, Domitila dejó de bogar.

—¡Mira, Zambo!

—¿Dónde?

Señaló con la diestra.

—Allá, al frente cerca de la orilla.

—¡Ah, ya veo!

—¿Qué será?

—Parece un hombre, y viene nadando hacia nosotros.

—¿Quién puede ser?

—¡Quién sabe!

El nadador estaba cada vez más cerca. Parecía que nadara desesperadamente, con sus últimas fuerzas. A veces, éstas lo abandonaban. Se hundía en el agua. Después de un instante, volvía a flotar. Ya se podía distinguir su voz:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ayúdenme!

Ella se volvió a Aguayo. Expresó, con odio y rabia:

—¡Es Seborón!

El Zambo masculló, sombrío:

—Sí. ¡Es él!

—¿Qué hacemos? ¿Lo salvamos?

—Claro, Domitila. Aunque perdamos tiempo al desviarnos, ¡se trata de un cristiano!

Ella habló como para sí misma:

—Suponte que nos hiciera daño a nosotros, lo que dudo. Es capaz de darnos con cualquier cosa. O de voltearnos la canoa, para que nos ahoguemos todos. Pero, suponte que no nos haga daño. ¿Y a los demás? Si ese hombre sigue viviendo, continuará robando y matando. . . Claro que tú tienes razón. ¡Es un cristiano!

Desviaron el rumbo y volvieron a bogar rápidamente. Domitila agregó:

—Si Dios lo perdona y quiere que siga viviendo, para que haga más daño, ¡allá él! ¡Él sabe lo que hace!

—Así es, Domitila. Pero, fíjate. Ya el Cuatrero dio vuelta y se está alejando. Tal vez nos reconoció.

Recobraron el rumbo y la velocidad anteriores. Iban callados, tristes. El optimismo y las ilusiones parecían desvanecérseles. Con todo, cada vez más, tenían verdadera desesperación por escapar. Súbitamente, escucharon un impetuoso remolino, dominado por un quejido estremecedor:

—¡Ayyyy!

Por sus mentes cruzó la imagen de la fiera más fiera de esas aguas: El-de-varias-Sierras-en-la-Boca. ¿Sería el tiburón? Un largo bramido los sacó de su error. No era el Tiburón. Era el Tigre. Bogaron más rápido aún. ¿Alcanzarían a defenderlo? ¿Podrían defenderlo? A pesar de que la noche se les estaba viniendo encima, ya divisaban claramente la punta a cuya vuelta estaba el Cerrito de los Morreños. Un ruido apenas perceptible se les fue aproximando, como si los persiguiera. Iba creciendo, creciendo. Ya se podía distinguir a qué correspondía. Era un nado vigoroso, incesante, que no se detenía ni un segundo. Desde luego, no se trataba del nado de un cristiano ni del tiburón, sino más bien de un cuadrúpedo de gran tamaño. ¿Sería el Manchado? ¿Venía en busca de ellos? La respuesta la tuvieron en-

seguida. Sí. Era el Manchado. Pasó a su lado, veloz. Nadó hasta adelantarse de la proa y sólo entonces dio media vuelta para esperarlos. Ellos, a pesar suyo, se vieron obligados a detener la embarcación. El Tigre levantó la cabeza, dejando sus fauces completamente al descubierto. Lo que vieron los paralizó de horror. Entre sus colmillos, estaba el cuello destrozado de Seborón. Tenía los ojos expresando un terror inaudito. ¿Aún estaba vivo? Se dijera que no. Con la cabeza y los brazos caídos, parecía un costal de carne y huesos. La visión fue de segundos. Sin duda, el Manchado sólo ansiaba mostrarles la presa. ¿Querría que sintieran una prueba de amistad solidaria? ¿O de justicia definitiva con el Mala-Alma? Fue cuestión de segundos. Soltó al Cuatrero. El difunto flotó arrastrado por la corriente. Y poco a poco se fue hundiendo, mientras se alejaba. Al propio tiempo, el Tigre abrió los brazos, como formando una cruz. Y con ellos en tal forma trató de obstaculizar el avance de la canoa. El Zambo y Domitila hicieron un esfuerzo y reaccionaron. Nuevamente, movieron los canaletes, con ímpetu creciente. El Tigre, como enloquecido, les echó chiflones de agua con sus garras. Ellos no se amilanaron. Siguieron en su lucha por llegar cuanto antes. El Manchado, entonces, se aproximó a la proa. Clavó los colmillos en la madera de ésta. Y empezó a nadar con furia tratando de obligarlos a retroceder. El Zambo, de pronto, pareció escaparse de sí mismo. Como en otras ocasiones otro Zambo Aguayo volvió a ocupar el cuerpo del Zambo cotidiano.

—Ya lo estás viendo, Domitila.

—¿Qué?

—Aunque estemos frente a la *Catita,* aunque nos esperasen todas las mareas, ¡jamás llegaremos a Guayaquil!

Había dejado de bogar. Tenía la voz cambiada. Era una voz de hielo, cavernosa, como salida de una tumba. También todo él era distinto. Lo miraba sin ver. Miraba

sin ver todas las cosas. Igual que si ya no fuera de este mundo.

—¿Y ahora qué, Zambo?

—Vayamos por donde vayamos, ¡nos tropezaremos con el Tigre?

—¿Y eso qué?

—Él no quiere que vayamos a Guayaquil.

—Ya falta poco. Bogaremos con más fuerza. ¡Quién sabe si hasta podamos gritar pidiendo auxilio!

—Él nos tiene acorralados. No quiere soltarnos.

La muchacha lo tomó por los brazos. Lo sacudió.

—Déjate de cosas, Zambo. Boguemos. Aprovechemos el tiempo que nos queda. Ya es muy poco.

—No te lo había contado, Domitila. Es una vieja deuda que tengo con el Tigre. Él viene a cobrármela.

—Tú haz lo que quieras. Yo voy a intentarlo. Tenemos que alcanzar a la *Catita*. Tenemos que ir a Guayaquil.

—No iremos nunca. Desengáñate.

—Yo seguiré tratando de ir.

—Mira cómo el Tigre clava sus colmillos en la proa. Ya rompió un pedazo. Nos va a hundir. ¿No sientes cómo nos sacude?

—Llegaremos a la *Catita* antes de que nos hunda.

—Eso crees vos, Domitila. Te engañas. Ya casi no avanzamos.

—Boga tú, también, Zambo.

—Creo que, mejor, ya debiéramos regresar.

—Yo seguiré tratando de alcanzar a la *Catita*.

—El Manchado nada en contra de nosotros, y nos está empujando.

—Por lo que más quieras, hijito, ¡boga! Como ves, ya pronto cambiará la marea. ¡Boga!

—¿Para qué? ¡No llegaremos nunca a Guayaquil!

La canoa dio una gran sacudida, el Tigre, con sus colmillos, había arrancado otro pedazo de la proa.

—Hazlo por mí, Zambo. ¡Boga! ¡Ayúdame! Juntos

podremos alcanzar a la *Catita.* Casi no nos queda tiempo. Está repuntando la vaciante, si nos demoramos, si no doblamos la punta del Cerrito de los Morreños, no alcanzaremos nunca a la balandra. Ya pronto será tarde.

—Ya es tarde. La corriente está empezando a jalar para *abajo.*

El Tigre tenía aún los colmillos clavados en la proa. seguía nadando en contra de la embarcación, con más ímpetu. ¿Estaban retrocediendo? La muchacha, así al llano, protestó:

—¡Ay, Zambo, Zambo! ¡Cómo serás vos, Zambo!

—Ya no podré escaparme. Tendré que hacer lo que me mande el Manchado. Debo pagarle mi deuda como él quiera.

Vencida, destrozada, desconcertada, también detuvo el canalete.

—Está bien, Zambo. Todo se acabó.

Al mirar hacia el fondo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Doblando la punta del Cerrito de los Morreños, con las velas desplegadas reflejándose en el agua, se alejaba la *Catita*. En su casco rojo y verde se llevaba todas las esperanzas que los dos habían puesto en Guayaquil.

17

—YA DEBEN estar viajando a Guayaquil, ¿verdad, don Guayamabe?

—Ojalá, Tejón.

—Salían con esta marea, ¿no?

—La *Catita*, sí. Ellos, ¡quién sabe!

Estaba impenetrable como siempre, en medio de las guirnaldas de humo de su cigarro. ¿Qué estaría pensando, en realidad?

—Usted no cree que se vayan, ¿verdad?

—No es cuestión de creer, Tejón.

—Si no se hubieran ido, ya estarían aquí. A lo mejor, ya están saliendo por los Chupadores, al mismísimo río Guayas.

—Ojalá, Tejón.

Se oyó la voz de don Mite. A poco, estuvo al lado de ellos. Intercambiaron saludos. Don Guayamabe invitó:

—¿Un cafecito?

—Gracias. Me va a caer muy bien. Aunque ya Márgara me dio uno.

—El café no le hace daño a nadie.

—A mí hasta me entona.

Miró al estero. La voz se le enronqueció:

—¿Por dónde irán Aguayo y Domitila? ¿Habrán llegado al Río Grande?

El Tejón comentó:

—Claro, don Mite. La *Catita* es bien andadora. A veces, llega al río Guayas y hasta le sobra un poco de vaciante.

El Viejo expresó pensativamente:

—Van a estar tranquilos por primera vez en Guayaquil. Allí hay muchas cosas para hacer. Y el Zambo sabe de todo. Es la-uña-del-Diablo para lo que sea. Apenas lleguen encontrará trabajo.

—Y buen trabajo, Don.

El Mayordomo dejó de fumar. Intranquilo, movió la cabeza a todos lados. Al final, quedó orientado hacia el estero. Empezó a ventear con ansiedad.

—¡Qué raro!

—¿Qué, don Guayamabe?

—Otra vez me huele a Tigre.

—¿No? ¿A Tigre?

—Sí. Y lo curioso... es que el olor me viene de abajo, del estero.

Sin agregar palabra, machete en mano, dio varios saltos, alejándose. Casi enseguida estuvo en la orilla. Le llamó la atención ver la canoa de don Mite, acoderada. Y, mucho más aún, advertir que le faltaba buena parte de la proa. Con súbita zozobra, observó las huellas frescas. Claramente, se advertían las del Zambo y Domitila. Después, otras que iban y venían. Eran, sin duda, las de Márgara. Sin embargo, lo más extraño de todo era que tras esas huellas aparecían las del Tigre. El conjunto de rastros iba directamente a la casa de don Mite. Al llegar a ésta, tuvo un sobresalto. Abajo de la casa, entre los puntales de la misma, se veía a las dos muchachas, tiradas en el suelo. ¿Estarían difuntas? Se aproximó, corriendo. Se inclinó sobre ellas. Lo aclaró enseguida. No. No estaban muertas. Sólo habían perdido el conocimiento. Sacudió un poco a Domitila. Ésta, por fin, abrió los ojos. Miró angustiada al Mayordomo.

—¿Y el Zambo?

—Eso te pregunto. ¿Qué pasó?

—El Tigre. El Tigre que nos estuvo siguiendo.

—Lo sé. Ahí están sus huellas. ¿Y después?

—Cuando llegamos aquí, el Zambo quiso pelear.

—¿Yhhh?

—El Manchado se le fue encima. Con una garra le dio en la cabeza. Lo soñó. Sin darnos tiempo ni para pensarlo, hizo lo mismo con Márgara y conmigo. Desde ese momento, no sé nada. Usted es lo primero que me encuentro.

Sin averiguar más, el Hombre-del-Cigarro salió de la casa. Se veían los rastros de el Manchado. Sólo los de él. ¿Y los del Zambo? ¿Lo habría cogido con las fauces y lo llevaría guindando? ¿Lo habría arrojado lejos? ¿O se lo habría comido?

La muchacha parecía leer en su mente.

—¿Se lo habrá comido?

—No lo creo. Es mucha comida para un momento. Además, no hay sangre, ni señales de pelea. A lo mejor, se lo llevó quién sabe para dónde.

—¿Y usted no lo va a buscar?

—Todos lo vamos a buscar.

—Yo también quiero ir.

—Sí, Domitila. Y trae a Márgara. Preferible es no dejarla sola.

—Gracias, Don. Felizmente, ya despertó. Aquí viene.

El Mayordomo y las muchachas, casi corriendo, siguieron las huellas de la fiera. No iban hacia la montaña. Se dirigían, más bien, hacia la orilla. Llegaban hasta el manglar, y allí desaparecían.

—Maldecido. Y ahora, ¿quién lo encuentra?

—¿No lo vamos a seguir?

—Seguro que lo vamos a seguir. Pero los mangles, como ves, son un verdadero tejido de ramazones, troncos y ñangas. Lo dificultan todo. El Manchado va a caminar por ellos, él sí, como por una trocha bien abierta. ¿Tras qué huellas vamos a seguirlo? ¿Hacia dónde va? ¿Se quedará en la isla? ¿Se largará a otra? Además, en la orilla siempre hay mucha brisa que se llevará los olores. Hasta ventearlo me será difícil.

—Algo encontraremos.
—Ojalá, Domitila.
—Un cristiano no puede desaparecer así no más porque sí.
—Lo buscaremos día y noche, hasta encontrarlo. Puede que al Tigre en alguna hora se le duerma el Diablo, y entonces lo agarramos. Ahora, vamos a avisarle a la peonada.
A marchas forzadas, después de unos momentos, llegaron al desmonte. Al mirar a Domitila, todos sospechaban cuanto había ocurrido. Sin embargo, ella dio los pormenores: El viaje al Cerrito de los Morreños, la presencia del Tigre, la muerte de Seborón, la lucha de la fiera para impedir que avanzaran, el querer hundirles la canoa, el obligarlos a regresar, los golpes a ella, Márgara y el Zambo, la desaparición de éste entre sus fauces. . .
Don Mite la abrazó:
—Cálmate, hijita. Ya lo encontraremos.
—Sí, Viejo.
Guayamabe alzó la voz:
—Bueno. Ahora, vamos a buscarlos. Nos dividiremos en dos grupos. Recorreremos palmo a palmo la isla, si es preciso. El primero que lo encuentre nos avisará con un disparo.
Al Tejón:
—Tú llévate la escopeta y ve con ellos. Yo me llevo la carabina.
Los dos grupos principiaron, de inmediato, la búsqueda afanosa. Los árboles, los esteros, los arbustos y el pasto: todo fue revisado minuciosamente. En vano. No se veían ni las sombras, ni los rostros del victimario y de su víctima. Guayamabe, a cada instante se detenía y aspiraba fuertemente:
—¡Carajo! No se ventea nada, es como si se los hubiera tragado el estero.
Las horas y las horas pasaban. La búsqueda seguía

sin descanso. «Peinaban» esos lados, totalmente. Ya casi a la oscurecida, el Mayordomo expresó:

—Creo que va a ser inútil.

Domitila, que seguía a su lado, se llenó de inquietud.

—¿Por qué, don Guayamabe?

—Porque el Manchado se las trae. Tal vez, ya se largó a otra isla. O, quizá, cuando nos siente, echa una nadada con su presa. Se aleja un poco y espera que nos vayamos para entonces regresar.

Era como lo pensaba el Mayordomo. El Manchado cogía al Zambo por la nuca. Lo levantaba con delicadeza, como tratando de no sumir los colmillos, para no lastimarlo. Se arrojaba al agua. Nadaba sin soltarlo. Se alejaba un poco. Y esperaba que se fueran quienes andaban en pos de él. Entonces, regresaba, depositaba cuidadosamente al Zambo en una rama. Y se sentaba al frente, a contemplarlo. El Zambo ya estaba completamente lúcido, después de recuperarse del zarpazo en la cabeza. Además, había perdido totalmente el miedo. O ya no le importaba nada de esta vida. Cuando le hablaba, lo hacía tranquilamente.

—¿Por qué no me comes, de una vez, Manchado? ¿Qué te sacas con seguirme jodiendo?

El Tigre abría las fauces y lo miraba fijamente.

—¿Por qué quieres alargarme la agonía durante tanto tiempo?

En la noche. Domitila, ansiosa, interrogó al Mayordomo:

—¿Lo vamos a seguir buscando?

—No, Domitila. Mañana continuaremos las andadas.

—Usted dijo que lo buscaríamos día y noche.

—Es verdad. Domitila. Pero estoy viendo que no va a ser posible. Los muchachos están cansados. Y de

noche es más difícil todo. Si prenden unos leños para alumbrarse, eso no sólo anunciará al Tigre su presencia, sino que, también, lo espantará. A él no le gusta la luz. Le basta y sobra con sus ojos.

Ella ahogó un sollozo.

—¡Pobre Zambo! Ahora sí que se lo come el Jode-Todo. ¡Y eso si es que ya no se lo está comiendo!

—Le va a ser difícil, teniéndome cerca.

—¿Cómo? ¿Usted va a seguir buscándolo, don Guayamabe?

—Yo sí. Siempre. Día y noche. Hasta que lo encuentre.

Ese amanecer lo esperaban todos. Tenía, ¡por fin! el cigarro infallable. Lo aspiraba con desesperada rapidez. Cuando lo divisaron, corrieron a su encuentro.

—¿Lo encontró, don Guayamabe?

Negó con la cabeza.

—Ni sus rastros, ni su vaho, ni nada.

Domitila quedó desolada.

—Y entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Dejar que el Tigre se lo coma y después venga por otro?

—No, Domitila. Te equivocas. Seguiremos buscando a toda hora. Los muchachos harán turnos desde que salga el sol. Y cuando éste se ponga, iré yo, solo.

—Dios se lo pague, Don. Yo no tendré como pagarle nunca.

En tanto, el Zambo había decidido ya no soportar. Estaba como borracho. Empezaba a ver las cosas desdibujadas y moviéndose constantemente. Parecía que el Tigre se integrara a un mundo gelatinoso que se le distorsionaba todo el tiempo. Sí. Ya no es posible soportar. Me estoy muriendo de morirme. De hambre, sed, sueño y cansancio. Voy a tratar de huir, de regresar a casa de don Mite o de obligar al Jode-Todo a que me mate y me coma. Y de verdad, ¿por qué no

me ha comido, todavía? Y eso que él también debe tener hambre, sed, cansancio y sueño. No se ha movido ni un instante de mi lado. ¿Por qué, por lo menos, no me ha arrancado un brazo o una pierna, para ir calmando su apetito? Se levantó haciendo un gran esfuerzo. El Tigre, que parecía dormido frente a él, medio entreabrió los ojos. Sin volver la cabeza, lo miró. Aguayo trató de avanzar algunos pasos. En cuatro, sosteniéndose con pies y manos entre las ramazones, caminó unos segundos. Una absurda alegría lo invadió. ¿El otro iba a dejarlo que se fuera? ¿Se había satisfecho con tenerlo a su merced esos dos días? ¿O sería que estaba muerto de fatiga y no lo había sentido? Sí lo había sentido. Lo estaba cazando, como les gusta hacer a los félidos. Por eso, apenas Aguayo pisó tierra firme, dio dos saltos, cayéndole encima. El Zambo intentó defenderse. ¿Cómo podía hacerlo si carecía de fuerzas para todo? El Tigre lo cogió por la nuca y le dio dos o tres vueltas en el aire. Al final, lo estrelló contra el suelo. El Zambo quedó inmóvil. El Manchado se acercó. Trató de moverlo con las garras. El Zambo seguía inmóvil. ¿Es que ya no podía moverse o es que ya no lo quería?

Después de varios días de búsqueda —turnos durante el día y don Guayamabe por las noches— una tarde Domitila decidió:

—Mejor ya no lo busquemos más, Don.

—Como tú digas, Domitila. Lo hacíamos principalmente por ti.

—Lo sé, don Guayamabe. Y les agradezco a todos. Pero, ¿para qué hacernos tontos tanto tiempo? No hemos vuelto a saber nada del Tigre... ni del Zambo. De éste seguramente ya sólo queda el ánima. Y creo que, más bien, debemos rezarle unas novenas. El Manchado seguramente se fue para otros lados.

—Puede ser.

Sin embargo, esa misma tarde, desde el desmonte,

se divisó una gallinazada. A todos los sacudió un escalofrío de terror y un nombre les bailó en la boca.

—¡El Zambo!

Corrieron hacia el sitio donde revoloteaban las aves necrófagas. Daban vueltas y vueltas, subiendo y bajando hasta el manglar. Los isleños divisaron pronto el objeto de sus insaciables apetitos de carroña. En la orilla estaba el cadáver del Zambo, descompuesto pero sin que le faltara un pelo. Ante él, como velándolo, muriéndose de hambre, en puros huesos y pellejos, se veía sentado al Tigre. Cuando advirtió a don Guayamabe, lanzó un bramido apenas perceptible. Con todo, no retrocedió ni se movió. El Mayordomo avanzó. El Manchado puso sus patas delanteras encima de Aguayo, en un gesto de defensa y posesión. El Hombre-del-Cigarro sacó el machete. El Félido lo atacó en un máximo esfuerzo, tratando de utilizar sus garras y colmillos. No pudo hacerlo. El machete vengador no le dio tiempo: lo había dejado ya inmóvil para siempre.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN 1976